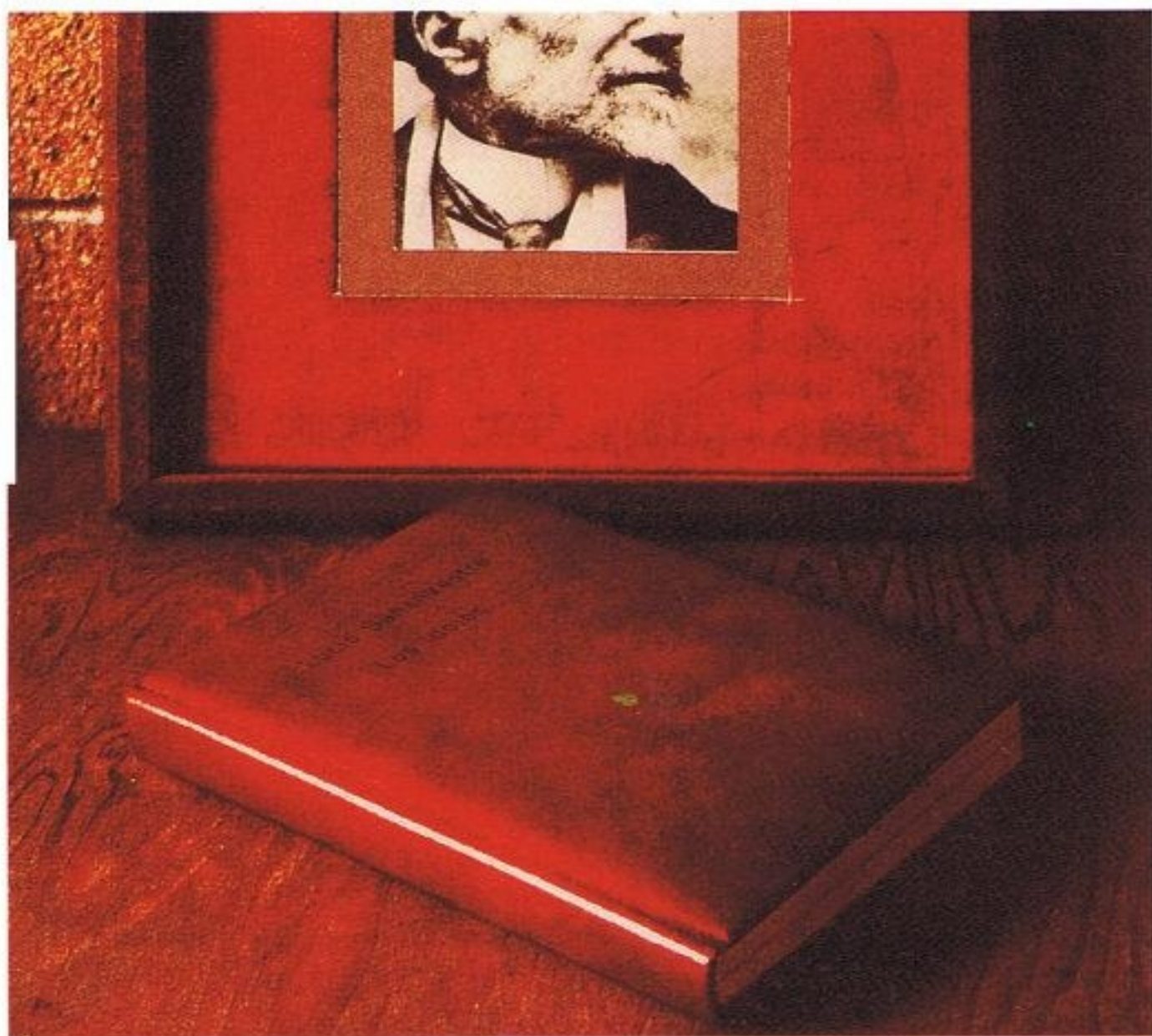


Manuel Mujica Lainez

Los Ídolos

Novela



Por el autor de «Bomarzo»

Lectulandia

Los Ídolos es una de las muestras más personales, refinadas y sutiles del arte narrativo de Manuel Mujica Lainez. Externamente podría describirse como la historia de una falsa indagación detectivesca en torno al enigma de la personalidad de un poeta decadente, en la atmósfera irreal y remotísima de una aristocracia crepuscular. Pero, como en ciertos relatos de Henry James o de Borges, el enigma literario es aquí proyección y metáfora del enigma humano esencial. En pocas ocasiones la prosa de Mujica Lainez ha extremado tanto la perfección y en pocas ocasiones ha rayado a tal altura su capacidad de sugerir y evocar, en un mundo extinguido, el envés de fantasmagorías que forma la trama oculta de lo cotidiano.

Lectulandia

Manuel Mujica Lainez

Los Ídolos

ePub r1.0

Titivillus 29.07.17

Título original: *Los Ídolos*
Manuel Mujica Lainez, 1953
Cubierta: Ripoll Arias

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«And I can listen to thee yet;
Can lie upon the plain
And listen, till I do beget
That golden time again.»

WORDSWORTH

I

LUCIO SANSILVESTRE

Gustavo y yo éramos inseparables en la época en que le regalaron *Los Ídolos*. Teníamos diecisiete años. Duma, su admirable tía vieja, le envió el libro de Lucio Sansilvestre porque se sabía que Gustavo hacía versos aunque no los mostraba, y en la librería recomendaron esa obra excepcional, cuando la señora pidió algo que pudiera interesar a «un muchacho sensible, medio poeta», surgido como una bendición en una familia en la que todos se jactaban de poseer «una chispa del fuego artístico», desde las bordadoras y el eterno preparador de novelones históricos, jamás terminados, hasta la prima que pintaba miniaturas.

No pudimos sospechar entonces la extraordinaria influencia que ejercería sobre la vida de Gustavo el volumen de tapas rojas que me prestó en el colegio, deslizándolo bajo el banco compartido. A la tía Duma le correspondió representar el involuntario papel de Destino, de Parca acechante; pero aunque no le hubiera dado *Los Ídolos*, Gustavo no hubiera tardado en llegar al libro que fue su veneno, en dejarse hechizar por él, porque estaba dispuesto secretamente que su existencia enredaría su trama con el hilo de los poemas deslumbrantes. Por otra parte, si bien la rareza de la edición y el alto precio de los escasos ejemplares en venta tornaban casi imposible la lectura completa de *Los Ídolos* y los alejaban como una ciudad o un país mágico, sus versos —y sobre todo el célebre soneto a la Noche— se incorporaban a las antologías continuamente y eran citados en los ensayos sobre Sansilvestre que acogían las publicaciones literarias, de modo que ya antes de ser dueños de aquel tesoro Gustavo y yo sentíamos su atracción misteriosa, como la de una cara muy extraña y muy bella apenas entrevista.

Álzase nítida en mi memoria la imagen de Gustavo cuando, al entrar esa tarde en el colegio, me dijo:

—Tengo algo maravilloso.

Entonces vi *Los Ídolos* por primera vez, en un ejemplar de la edición que los bibliófilos buscan tanto ahora y que es la única autorizada, pues las dos posteriores son clandestinas, piratescas, y están tan llenas de erratas y omisiones que su lectura obliga a una permanente reposición de vocablos, de letras y de comas.

¡*Los Ídolos*! No ha habido en nuestra literatura poética un libro más revolucionario, más obsesionante, más discutido, más capaz de suscitar discípulos y polémicas, que el de Lucio Sansilvestre. Cuando Gustavo lo recibió, habían transcurrido veintinueve años desde su publicación, o sea que contaba doce más que nosotros. En ese lapso había afirmado su jerarquía y, lo que es más singular, había conservado intacta la frescura con que desconcertaba a las generaciones y excitaba, a lo largo del tiempo, a partidarios y enemigos. Quienes lean lo que voy escribiendo, recordarán que al comienzo *Los Ídolos* fueron casi ignorados; luego su fama creció,

asombrosa para nuestro país, donde se mira con una mezcla de recelo e indulgencia a los trabajos de la imaginación. Los artículos se sucedieron, sorprendidos, elogiosos, consagratorios, aquí y luego en las cercanas repúblicas y después más lejos, señalando la presencia de un espíritu nuevo, distinto, y, como es natural, la palabra «mensaje» se repitió bajo las plumas de los comentaristas. Pero ¿para qué anotaré lo que sabe todo el mundo? ¿Para qué hablar de algo que no sea mi propia emoción de aquella tarde de 1937 y en especial de la emoción de Gustavo?

—No he dormido anoche —me dijo—, estuve leyendo, leyendo...

Mientras copio su frase, esa frase pronunciada en voz muy baja porque el profesor de italiano paseaba entre las filas, vuelvo a ver, con una claridad tan intensa que los menores detalles se recortan en mi mente, la cara de Gustavo. Y no es sólo su cara sino todo lo que Gustavo significaba entonces para nosotros, sus amigos, para mí, que tanto lo quería y que, más lento que él, más «rumiador», me dejaba arrastrar repentinamente por su entusiasmo, que era como un gran viento vertiginoso al que no se podía resistir. Ese entusiasmo, en sí mismo, era tan hermoso, tan rico, que más de una vez lo acompañé en admiraciones extravagantes que probablemente no me conmovían en el fondo, sin sentir en realidad más que mi admiración por su entusiasmo, más entusiasmo que el provocado en mi carácter medido por su propio entusiasmo pleno, derramado generosamente. Pero en esa oportunidad mi fervor debió poco al contagio, y si no pudo ser tan lujoso como el de mi compañero fue porque todo lo suyo alcanzaba niveles a los cuales ni aspiraba yo.

Vuelvo a verlo, en la clase de italiano, y lo veo después, cuando fuimos a su casa. Dijérase que algo muy sutil se le había metido en las venas, colorándolo. Ni yo, que creía conocerlo bien, lo había visto nunca tan fascinado, tan fascinador.

Leímos hasta la hora de comer; el soneto a la Noche, tres, cuatro veces; la elegía en la que el poeta se despide de la juventud; el «Canto a la Muerte»; «La hiedra»; los ocho sonetos de amor que evocan a Shakespeare sin dejar de ser algo inseparable de *Los Ídolos*, de su original arquitectura.

Gustavo tenía el pelo negro, renegro, y la piel casi dorada; negros también los ojos. Ninguno de sus rasgos era puro y, sin embargo, surgía de él, como un aura, algo que no era solamente ni el encanto de la juventud ni el de la hermosura y que envolvía su largo cuerpo desgachado que no se sentaba sino se derrumbaba, se volcaba en los muebles. Pero acaso su mayor atractivo residiera en su voz, en un período en que los que lo rodeábamos aflautábamos desesperadamente las nuestras. Era una voz baja, a la que el entusiasmo enriquecía de súbito.

¡Gustavo, amigo mío, muerto ya, en verdad se requería la magnífica exaltación tuya, con la que suplías la vaguedad de quienes andábamos alrededor, para que toleraras a aquellos que, como yo, iban rezagados detrás de ti, y de repente nos transformaras en algo que se te parecía!

Aquella lectura tuvo la trascendencia de una revelación que llegó a mí a través de Gustavo, de la voz de Gustavo. Muchos, muchísimos han sentido la seducción de

Sansilvestre, de esa música de ideas que son sus versos, muchísimos también lo han plagiado, imitado, interpretado y han hallado en él un guía no sólo literario sino un guía para la propia existencia, y sin embargo creo que la calidad de nuestro deslumbramiento, del deslumbramiento que Gustavo me transmitió aquel atardecer de 1937, fue, a pesar de nuestros cortos años, algo aislado del resto, como si tuviera un matiz distinto (pero esto, como es natural, lo habrán pensado con razón muchos lectores de Sansilvestre).

Lo cierto es que leímos y leímos, transportados. Volví a casa, caminando entre los paraísos de la calle, con la cabeza colmada de imágenes, de ritmos, de colores. Hubiera querido sentarme a escribir enseguida, para despedirme yo también de la juventud, a pesar de mis diecisiete años. Pero no sabía, nunca he sabido, hacer versos, y no he comenzado a escribir hasta bastante más tarde, con hartas penas.

* * *

La semana siguiente fue el cumpleaños de Gustavo. Yo deseaba regalarle alguna cosa que se vinculara con Sansilvestre, mas como mi amigo tenía ya su libro único, inalcanzable de todos modos para mi bolsillo, no se me ocurría qué buscar, hasta que tropecé en la escalera de casa con un primo mayor que yo, periodista, y me brindó una solución aceptable. Le pregunté si conocía alguno de los trabajos publicados acerca de la obra del autor de *Los Ídolos* y, tras mencionar algunos, al confiarle yo mi propósito me dijo:

—¿Por qué no le regalas un retrato de Lucio Sansilvestre? Sé que es un hombre que detesta la fotografía y los fotógrafos, pero en el archivo del diario debe haber alguno que sirva. Estará seguramente el retrato con el que siempre se ilustran los artículos sobre él. Lo hacemos reproducir, tú le pones un marco, y listo.

La idea me pareció espléndida. Al otro día pasé dos horas en el periódico, donde me facilitaron tres abultados sobres llenos de recortes, entre los cuales se encontraba el retrato de Sansilvestre que hice encuadrar después para Gustavo.

Es, creo yo, la única efigie conocida de este autor de un solo libro, y fue obtenida en la época en que *Los Ídolos* se dieron a la estampa, en 1908. Lucio Sansilvestre está de medio cuerpo. Tenía a la sazón algo menos de treinta años. La cartulina nos muestra un hombre anguloso, de ojos claros, de barba rubia, con el pelo luminoso, revuelto. Una chalina le rodea el cuello sobre el saco inesperadamente deportivo. Lo estuve observando largamente, en medio del desorden de recortes viejos y nuevos que repetían esa imagen un poco melancólica, a la que envolvía, como a Gustavo, el aura de la sugestión, pero que era totalmente distinta de la de mi amigo, porque aquello que se caracterizaba en éste por la espontaneidad, por la «entrega», por la ineludible comunicación, era en el autor de *Los Ídolos*, al contrario, una reserva, un misterio que sólo valoré mucho más tarde cuando lo conocí, ya que entonces no vi más que lo externo, la máscara nórdica, cincelada. Leí los recortes principales. Había, junto a los

nuestros, varios de diarios y revistas de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos. Por ellos ayudado, reconstruí la breve biografía de Lucio Sansilvestre.

Sus orígenes son modestos. Nació cerca de la capital, en 1879. Hasta la publicación de *Los Ídolos*, en 1908, es decir, cuando el poeta andaba por los veintinueve años, lo escaso que se sabe de él es que desempeñó funciones en nuestros consulados de Nápoles, de Barcelona y de Liverpool. En esa última ciudad casó con una inglesa. Allí vivía cuando *Los Ídolos* vieron la luz en nuestro país. Presentí —la palabra es justa porque nada me lo aseguró— que su situación económica no fue brillante en ningún momento. Tal vez lo deduje, inconscientemente, del hecho de que los periodistas no hayan explotado, como suele hacerse en el caso inverso, el «marco» del personaje. Todo el resto —los tres gruesos sobres— se integraba con comentarios acerca de su libro y de su personalidad, pero los que a ésta se referían eran muy flacos, muy endebles, y al recorrerlos se transparentaba el esfuerzo fantasioso desarrollado por los redactores para decir algo inédito sobre un escritor que rehuyó por sistema los reportajes y que parecía moverse dentro de una poética bruma, cosa que, pensé entonces, puede derivar de una actitud sincera o ser (¿por qué descartarlo?) un artificio sagaz de la propaganda. Pero no; era fuerza hacer de lado la idea de artificio, porque si algo se echaba de ver, a través del cuadro que trazaban los recortes, es el desdén de Sansilvestre por una difusión que en apariencia se logró a pesar suyo.

Según las informaciones escuetas, desde la aparición de *Los Ídolos* no había venido a su patria más que en cuatro ocasiones fugaces, por trámites vinculados con la Cancillería, para luego regresar a Europa. Después se jubiló y vivió primero en Italia y luego en Inglaterra.

Durante una de esas visitas a nuestro país, un periodista consiguió hablar con él unos minutos. Lo «descubrió» en un tren suburbano y lo interrogó ávidamente. Lucio Sansilvestre no rehuyó la entrevista como otras veces, pero el reportero no sacó nada en limpio. A la pregunta candente, la que asomaba a los labios de todos si se aludía al gran poeta: —¿Ha escrito usted algo más fuera de *Los Ídolos*?, respondió: —Sí, casi nada.

—Pero —insistió el hombre de prensa— ¿cómo lo explica usted, maestro? *Los Ídolos* es una obra nutrida, que hace pensar en un creador fecundo. Debe comprender más de noventa poemas...

—Noventa y seis.

—Es extraño que usted nos haya dado un libro tan denso, tan rico, y que luego hayan transcurrido años sin nada nuevo.

—¿Le parece?

—Sí...

—Tengo varios trabajos en preparación, entre ellos un estudio sobre Milton.

—¿Y versos?

—También.

—¿Se publicarán pronto?

—No sé.

Allí concluía el parco *interview*. Lucio Sansilvestre había llegado a destino, y el reportero «rellenó» su nota con una descripción honorablemente lírica del perfil de su interlocutor, de su barba rubia, dorada por el sol que entraba por la ventanilla, «la ventanilla en la cual el suburbio reiteraba sus paisajes». Algo había, asimismo, acerca de sus manos delgadas y nerviosas.

«Lucio Sansilvestre —terminaba la crónica— dará en breve a la imprenta (esperémoslo así) un libro en el que se encenderán las metáforas que confieren a *Los Ídolos* un lugar de solitaria grandeza en nuestra literatura. Sus lectores lo aguardan con ansia. Lo imaginamos (y aquí, en verdad, el periodista echaba a volar su imaginación) en el pueblo donde reside transitoriamente, cerca de la metrópoli, añadiéndole los toques definitivos. Camina por su jardín, entre las rosas amarillas que ensalzó en *Los Ídolos*, y de tanto en tanto escapan de sus labios los versos que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos repetirán para gloria del país.»

Nunca, ni antes ni después de *Los Ídolos*, Lucio Sansilvestre publicó nada, ni libro, ni «plaquette», ni siquiera un artículo corto, ni un soneto, ni una estrofa, ni nada, ni nada. *Los Ídolos* bastan, rotundamente, para asentar la nombradía de su autor. «Son como un diamante aislado (subrayaba el periodista) que fulge en la oscuridad.» Ahora mismo, mientras borronéo estos apuntes, la música de «La Noche» y de los poemas de amor (del quinto, el dedicado a una mujer desconocida) canta en mis oídos y en mi alma como si una sirena se hubiera ocultado en la fuente, bajo la arboleda que circunda mi casa y, erguida hacia la ventana abierta, susurrara dulcemente para mí.

* * *

Gustavo me abrazó cuando le entregué el retrato. Lo puso en su pequeña biblioteca, entre los libros, en aquel cuarto soleado, ancho, que hubiéramos envidiado si hubiera sido de otro —porque, de todos sus compañeros, Gustavo era el que había heredado una fortuna considerable, como había heredado un nombre histórico— pero que, por tratarse de Gustavo, provocaba sólo nuestra desinteresada admiración.

De esa manera, después de la tía Duma, fui yo, su amigo más cercano, quien contribuyó a representar ante Gustavo el papel de agente del Destino, de anunciador, al ir creando la propicia atmósfera para lo que luego vendría, como si el Destino insistiera, mezclando la ironía con el refinamiento, en servirse para sus fines crueles de quienes lo queríamos más, haciendo que nosotros fuéramos los mensajeros oscuros, los que pasábamos por la vida de Gustavo portadores de alusiones y de símbolos que se descifrarían después.

El retrato quedó en la biblioteca, rigiéndola, atestiguando su crecimiento a medida que el tiempo transcurría. Poco a poco, Gustavo reunió en ella cuanto se había

publicado sobre Lucio Sansilvestre, hasta las piezas más raras, como el texto de la conferencia del profesor de la universidad norteamericana de Princeton. Su madre lo adoraba y no vaciló en tomar un amanuense para que le copiara, en la Biblioteca Nacional y en los archivos de los diarios, los artículos interesantes, las monografías de los filólogos y de los escudriñadores de la literatura. Pero esto tuvo lugar dos años después, cuando Gustavo y yo, bachilleres ya, seguíamos nuestras carreras respectivas: yo, en la Facultad de Medicina y él, en la de Derecho.

Mi devoción por el amigo de la infancia y de la adolescencia a punto estuvo de torcer el curso de mi propia vida, pues en el momento en que la Universidad nos llamaba, casi lo acompañé en los azares de una carrera hacia la cual él no sentía inclinación alguna y que había escogido por pereza. No lo hice y eso me alejó de Gustavo. Mi madre, que hasta entonces había hecho cuanto dependía de ella para estimular nuestra amistad, parecía ahora tercamente empeñada en separarnos. Ya no me hablaba de él y de las ventajas de ser su amigo, como en la época en que nos conocimos en el colegio. En cambio no cesaba de subrayar ante mí las excelencias del estudio de la medicina, que me presentaba como una carrera seria, sólida, de porvenir, frente a la abogacía, a la que acusaba, con su espontaneidad de mujer sencilla, de ser «un dolor de cabeza y un perdedero de tiempo en el que los únicos que salen ganando son los pillos».

—Además —me decía observándome por encima de los anteojos y haciendo una pausa en el zurcido de mi ropa—, no te conviene una carrera en la que seguirás inventando y soñando y fabricando novelas. Ya eres demasiado fantasioso sin necesidad de más literatura. Lo que te conviene es la medicina. Lo otro déjalo para Gustavo, que es rico. Tú necesitas algo que no te distraiga, que te lleve siempre por el mismo camino sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda.

No tuve más remedio que acceder a los deseos de quien hasta entonces me había sostenido a costa de mil sacrificios y me consagré por entero a estudios que me confinaron más y más en hospitales y laboratorios, mientras Gustavo quemó su entusiasmo en empresas de toda laya, fundando revistas (una de las cuales publicó mi primera tentativa literaria, un ensayo sobre Rabelais y la ciencia), organizando una efímera compañía teatral, yendo a Europa, escribiendo.

Sus versos recordaban mucho —hoy pienso que tal vez demasiado— a los de Lucio Sansilvestre, pero eso es lógico si se tiene en cuenta no sólo su pasión por aquel que proclamaba su maestro, sino la influencia que *Los Ídolos* han ejercido sobre mi generación, la cual, si no ha recogido su «forma» por razones de «moda», pues el tiempo transcurrido desde su aparición es ya largo, ha permanecido fiel a una estética, la estética de Sansilvestre, cuya novedad trasunta un vigor que los años no debilitan. Gustavo lo asimiló todo, materia y espíritu. En alguna oportunidad una revista editó —he guardado el recorte— sus «Notas para un libro sobre Lucio Sansilvestre», que son el germen de la obra madura que nunca llegó a escribir y que, a pesar de su carácter fragmentario, quedarán a mi entender como uno de los

enfoques más lúcidos del autor de *Los Ídolos*.

Al principio seguí viendo a Gustavo como antes, pero poco a poco el rigor de los horarios y los constantes viajes de mi amigo pusieron entre nosotros una distancia que se fue ensanchando. No sé cómo accedí al plan de mi madre (cómo me dejé arrastrar por mi madre), cuyo propósito era, evidentemente —ahora lo advierto con más claridad que entonces—, desunirnos, abolir la intimidad extraordinaria que había existido entre nosotros. Nunca he sido muy fuerte, y luego las circunstancias, el ambiente distinto, se sumaron a la influencia de mi madre, y mi profesión me absorbió.

Gustavo, como era de esperarse, abandonó los códigos y se dio por entero a las letras. Pero el alejamiento obligado no apagó mi cariño; lo que nos vinculaba —el haber despertado juntos a la vida, el habernos asomado juntos a su prodigio y a su miedo cuando empezó a entreabrir delante de nosotros sus grandes puertas— era demasiado profundo para esfumarse así, para siempre. Gustavo —la imagen de Gustavo— volvía a mí en los intervalos de mi estudio y de mi labor, de repente, y si bien me prometía a mí mismo buscarlo, rara vez pude hacerlo, pues mi madre y mis compañeros de laboratorio establecieron entre él y yo, como si se completaran, una lejanía poblada por otros intereses, por otras inquietudes, por otra vida. Cada vez que cayó en mis manos un trabajo suyo, le mandé unas líneas, estimulándolo, y en varias ocasiones salimos juntos a exposiciones y conciertos, sintiéndonos, curiosamente, muy próximos y muy distantes el uno del otro, como si nos miráramos desde las dos márgenes opuestas de un río; más aún: como si lo que divisábamos fueran nuestros reflejos ondulantes en el agua. En una de esas oportunidades me confió que estaba preparando un libro esencial sobre Sansilvestre, algo que, según esperaba, vincularía su nombre para siempre al del autor de *Los Ídolos*.

Empecé a colaborar por entonces con el Dr. Herzberg en sus investigaciones sobre la tuberculosis, y esa nueva etapa de mi vida, al exigir mi atención total, modificó definitivamente el carácter de mi antigua relación con Gustavo. Seguí siendo su amigo, por supuesto, pero ya no lo vi casi nunca.

* * *

En 1948 acompañé al Dr. Herzberg a Gran Bretaña, a un congreso médico. Terminadas las sesiones, el profesor se trasladó a París, donde nos aguardaban otras jornadas científicas y donde yo debía reunirme con él días más tarde. Quedé solo en Londres, a la espera de una maleta de documentos que llevaría conmigo a Francia.

En Londres puede hacer bastante calor durante el mes de junio. Nuestros colegas escaparon hacia la hospitalidad del *week-end* en los hoteles y en las casas de campo, y yo me distraje el primer día vagando por los parques y entrando en el Museo Victoria and Albert a ver una vez más las miniaturas isabelinas.

Creo que fueron los personajes diminutos de Nicholas Hillyarde y de Isaac

Oliver, que desde las vitrinas me contemplaban, gentiles, aristocráticos, alzándose con sus terciopelos y sus gorgueras sobre fondos de esmaltado azul, quienes me sugirieron la idea de ir a Stratford-on-Avon. Si es así, el Destino puso en marcha, en esa coyuntura, ruedecillas muy sutiles, al complicar en su juego a damas y señores que murieron hace cuatro siglos y que, empenachados fastuosamente como caballos de guerra, o reclinados con gracia entre flores y encinas, me indicaron el rumbo del teatro de Shakespeare; aunque es cierto que en esa ocasión yo ya no obré como delegado de la Fatalidad sino como un mero testigo, quizás —porque todo se ensambla en la vida delicadamente— para que algún día escribiera las páginas que ahora estoy escribiendo.

Se me ocurrió, pues, matar las horas y eludir a Londres asistiendo a una representación en el pueblo natal de Shakespeare, y a pesar de las dificultades obtuve una platea para «El Mercader de Venecia», gracias a los buenos oficios del secretario del congreso. De modo que partí para Stratford, resuelto a permanecer allí dos días y a alternar el teatro con las excursiones. Me instalé en un hotel de turistas, el «Swan's Nest», de nombre hermoso, y esa noche, después de comer temprano, me ubiqué en mi butaca a gozar de la historia del amor de Bassanio y de la crueldad de Shylock, la historia que nos enseña que las mujeres, si el amor las azuza, pueden ser más ingeniosas que los hombres.

Concluida la segunda parte salí, durante el intervalo, a beber un vaso de cerveza. Entonces oí a mis espaldas, por encima de las voces de los estudiantes y de los curiosos, la voz baja que emergía de la niebla de los años y que resonaba con cadencia extraña y familiar en ese ambiente, introduciendo algo mío, muy mío, en la trágica fiesta de los venecianos cuyos ecos vibraban en mi interior. Era Gustavo. Lo reconocí enseguida, aun antes de volverme hacia él y de abrirle los brazos y de admirarme de su presencia. Pero ya nos llamaban, imperiosamente, para que viéramos con qué sabiduría desata Shakespeare los nudos de la trama por él urdida, así que sólo pudimos concertar que nos encontraríamos al finalizar la representación.

¡Ay, esa tercera parte de «El Mercader» ha sido para mí algo singularísimo, pues a la emoción nacida de las réplicas y del espectáculo que se desenvolvía en el proscenio, con el ir y venir de las esbeltas figuras enmascaradas por escalinatas y puentes, entre farolas y abanicos de plumas, se mezclaba la noción de que ahí, ahí mismo, en esa misma sala, estaba Gustavo, un Gustavo más hecho, más burilado por el tiempo, pero que no dejaba por eso de ser mi Gustavo, mi amigo, simultáneamente tan real y tan irreal que no me hubiera asombrado verlo incorporarse a la ronda de enamorados y correr también él, alto y delgado, como el Príncipe de Marruecos, como el Príncipe de Aragón, hacia Diana Wynyard, que andaba por la escena con la burlona sonrisa de Porcia!

Juntos abandonamos el teatro, y juntos nos dirigimos, costeanado el Avon que la luna irisaba de fantasmas, hacia el «Swan's Nest Hotel». Gustavo paraba allí como yo. Recuerdo que nuestra conversación se inició a los tropezones, mechada de

preguntas y de noticias. Naturalmente, Gustavo no había oído ni mencionar el congreso del cual yo tanto me ufanaba, pero me escuchó con gravedad, inclinando la cabeza. Me habló de la muerte de su madre, y por mi mente pasó, fugaz, la silueta de aquella mujer bonita que siempre recibía los últimos libros franceses. Se amontonaban sobre una mesa Imperio en su salón. Sólo excepcionalmente los leía. Tenía el don de reconstruirlos a través de las conversaciones de los demás y sobre esa base se formaba su opinión propia. Rara vez se equivocaba. Yo no había llegado a quererla como a otros miembros de la familia de Gustavo —como a su tía Duma, como a su tío Sebastián—, pero me conmovió la idea de que ya no existía ese ser elegante, delicado, frívolo, tan movedizo, tan viviente, tan deseoso de vivir que parecía merecer una inmortalidad mundana, un eterno ir y venir por salones, sonriendo, arreglando flores, presentando gente. Hablamos de ella y hablamos de Shakespeare y del calor de Londres y de la maravilla y la incomodidad de que en Inglaterra no hubiera mercado negro, y de nuevo de Shakespeare, quien colmaba el aire, sobre nosotros, con su música, con su risa y con su dolor.

—Yo me quedaré aquí mañana —le dije—; pienso hacer una excursión por los alrededores. Podrías acompañarme.

Habíamos avistado ya el puente de Clopton y estábamos frente al hotel. La luz le dio de lleno sobre la cara, sobre la piel lisa, sobre el pelo negro. Casi no había cambiado, y sentí una gran alegría porque era como si en ese instante reconquistara mi adolescencia perdida, a través de ese muchacho largo de afilada flacura, que había afirmado una mano sobre mi hombro. Sus dedos acentuaron su presión.

—Entonces —me contestó— iremos juntos a ver a Lucio Sansilvestre.

¡Lucio Sansilvestre! No se me había ocurrido nombrarlo, inquirir por el libro de mi amigo, metido como estaba en el mundo del «Mercader de Venecia» en el que Gustavo había entrado de repente, y del cual esa lentitud con que me desprendo de las sensaciones, cuando me arropan, no me permitía alejarme sino muy despacio.

—¿Lucio Sansilvestre vive por aquí?

Por toda respuesta, Gustavo se llevó a los labios el índice (de chico le encantaba inventar «misterios»), y subimos hasta su habitación. Allí se acercó a la mesa en la que había desparramado el contenido de su neceser de viaje. Entre la confusión de frascos y cepillos, reconocí el libro de tapas rojas de la tía Duma y el retrato de Sansilvestre que le había regalado yo, y esos testigos de nuestra pasada intimidad obraron en seguida sobre mí, recreando el clima de la biblioteca de nuestros encuentros juveniles, suprimiendo años de distancia, porque Gustavo se presentaba con los atributos de siempre, incólume, entre *Los Ídolos* y su autor. Y me di cuenta de que si el tiempo había transcurrido para mí, muy diverso, en la multiplicidad de los laboratorios y de los hospitales, variándome, metamorfoseándome, para él no se había movido, y que a eso, a esa permanencia en la atmósfera de una época en la que todo eran esperanzas impulsivas, se debía el milagro de su físico incommovible.

Gustavo abrió el volumen y sacó de él una carta escrita a máquina. Era de un

agregado a nuestra embajada en Londres, quien le comunicaba que, accediendo a su solicitud, se había puesto en campaña para buscar al autor de *Los Ídolos*, cuya residencia en Gran Bretaña se sabía aunque nadie había llegado hasta su casa aún, pues el poeta no había modificado la huraña actitud conocida, la cual, por otra parte, se había reforzado con los años, a medida que Sansilvestre, que estaría cerca ya de los setenta, avanzaba hacia la vejez. A través del banco encargado del pago de su jubilación, el funcionario consiguió, por fin, hallarlo. Lucio Sansilvestre vivía en Warwick, junto al Avon, al pie de la roca que sustenta al castillo medieval.

—Por eso he venido a Stratford —agregó Gustavo—: estamos aquí a cuarenta minutos de automóvil de Warwick. Aproveché, para detenerme una noche en este hotel e impregnarme de Shakespeare. Shakespeare me hará bien antes de alcanzar al sanctasanctórum de Lucio Sansilvestre. Debo prepararme. Será una sacudida.

Mientras me hablaba con su voz profunda, miraba yo el retrato del creador de *Los Ídolos*, quien desde la mesa me observaba a su vez, secreto, perturbándome con la transparencia de sus ojos, con la nórdica llamarada de su pelo.

—Yo suponía que Sansilvestre había muerto —dije por decir algo—; en todo caso, estará muy viejo.

—Tiene sesenta y nueve años.

—¿Nada más? Habrá cambiado mucho... Ese retrato es de la época de la publicación de *Los Ídolos*...

—De mil novecientos ocho.

—Hace cuarenta años. ¡Cuarenta años, Gustavo! Y en tanto tiempo, ¿no ha publicado nada?

—Nada.

—¿Crees que te recibirá? Será difícil.

—Nada se pierde con ensayarlo. Y me recibirá. Estoy seguro. Debo hablar con él para mi libro. Hay cosas qué sólo él puede explicar.

Era el Gustavo de siempre, el que se daba por entero a las empresas que perseguía. Y ésta era, en verdad, la aventura de su existencia, esta comunicación con Lucio Sansilvestre que procedía del fondo de su mocedad, esta urgencia por ser su gran vocero, su gran exegeta, por obtener que todos lo quisieran y comprendieran como él, por lograr que el alimento poético que a él lo había nutrido, nutriera a otros y prolongara en ellos su estupenda emoción. Como en nuestra adolescencia, sentí el contagio de su fervor entusiasta. Mi amigo, transportado por la perspectiva de su próximo encuentro con el poeta, se puso a caminar de arriba abajo, apartando las sillas y desordenando la mesa abarrotada de objetos y papeles.

—¿A qué hora saldremos?

—Por la tarde. Podemos hacer parte del viaje en automóvil y parte a pie.

De nuevo en mi habitación, me fue imposible conciliar el sueño. Flotaban alrededor, como algo tangible, las presencias que habían iluminado mi noche de Stratford-on-Avon. Encendí un cigarrillo y, por la calle de Henley, me interné en el

pueblo. La luna lo bruñía. A su resplandor, las casitas bonachonas, de expresión humana, muy blancas bajo el geométrico dibujo de las vigas negras, adquirirían una condición mágica, como si el pueblo estuviera embrujado. Me aproximé al pintoresco edificio reproducido tantas veces, donde quiere la fama que William Shakespeare haya visto la luz, y empinándome ante los vidrios en forma de rombos de una ventana, espíe hacia el interior oscuro. Nada se divisaba en la sombra prieta, a menos que esa indecisa claridad que un instante brilló adentro fuera un espectro, el de un hombre de alta frente y barba en punta, parecido al poeta de «Hamlet» y parecido también al poeta de *Los Ídolos*. Pero ya he dicho que Gustavo, cuando éramos chicos, podía subyugarme, y cuando me arrastraba en el viento feliz de su entusiasmo, me hacía ver cosas que no existen.

* * *

De acuerdo con el plan de Gustavo, fuimos en automóvil hasta Charlecote y de allí continuamos a pie, precedidos por nuestros breves equipajes. Nunca olvidaré ese trayecto hacia Lucio Sansilvestre, que fue también un peregrinaje por el corazón de Shakespeare. Hablábamos de nuestro poeta, y el otro poeta, el inmenso poeta inmortal, nos solicitaba de continuo a lo largo de la ruta, de suerte que mezclábamos sus nombres y teníamos la sensación de que la poesía de ayer y de hoy iba con nosotros por la carretera fantástica, entre los olmos y los fresnos venerables, sobrevivientes de la floresta de Arden que habitaron las hadas y los genios, entre los sauces destrenzados sobre los cisnes del Avon, entre las colinas y los arroyos y la verde ondulación de los bosques y los campos cubiertos de botones de oro, donde a veces se elevaba la flecha de un campamento gótico y a veces se destacaba, como en un grabado de cacería, una residencia señorial suspendida del aire diáfano por el humo de sus chimeneas.

Entramos en Warwick, a las cinco de la tarde, por la extraña puerta del Hospital del Conde de Leycester, y fue como si entráramos en el siglo XIV. Habíamos andado una cuadra por la calle principal, cuando Gustavo me oprimió el brazo con fuerza:

—Ése —me dijo con voz ahogada— es Lucio Sansilvestre.

Miré por encima de su hombro, hacia la izquierda, a pocos pasos de nosotros, y vi a una pareja detenida ante la vidriera de un anticuario. El cristal reflejaba al hombre y la mujer que la componían, sobre un fondo de *bric-à-brac* en el que se confundían las ruelas con las estampas y los cofres con los arcabuces.

—¿Cómo puedes reconocerlo? —le pregunté en el mismo tono.

—Estoy seguro. Es él.

Lo que a mis ojos se ofrecía eran las espaldas del presunto Sansilvestre, porque el reflejo se distinguía apenas, absorbido por los objetos disparatados. El personaje era magro, menudo, y tenía el pelo blanco, echado hacia atrás. Llevaba una especie de capa corta, una esclavina verde oscura, y se apoyaba en un nudoso bastón. En ese

instante giró sobre los talones, cruzó a la acera opuesta cojeando ligeramente y se metió con la mujer en la panadería. Divisé su cara durante unos segundos. Sí, podía ser Lucio Sansilvestre. La claridad de sus ojos era la misma del retrato y también el diseño de la barba, ahora blanquísima, y el alborotado pelo.

Reparé entonces en Gustavo, en su gran palidez.

—¡Gustavo! —murmuré—. Creo que no te equivocas.

—Sí; es él, es él.

Aguardamos tensos de emoción. A mí, más que la idea de la cercanía del escritor ilustre que tan pocos habían visto en nuestro país, del hombre cuya obra había inspirado muchas obras y dado origen a una escuela, lo que me conmovía hasta lo más hondo era —como otras veces— la emoción de Gustavo. Lo sentía junto a mí, vibrante, y con eso también avancé en la reconquista de mi adolescencia, iniciada con su hallazgo en el teatro de Stratford-on-Avon, porque lo mejor mío, lo más puro de la época en que me había formado, de los años en que mis ojos se habían abierto al espectáculo de la vida, se vinculaba ineludiblemente con Gustavo y con sus impulsos pródigos. Ese momento, en la calle principal de Warwick, señalaba en la existencia de mi amigo el alcance de una meta fundamental, la materialización de un sueño. Todo él había tendido hacia ese encuentro, desde los diecisiete años; todo él estaba preparado, maduro, para que el encuentro se cumpliera. Y se cumplía en un lugar que se dijera armado ex profeso, como una decoración teatral, para circunstancia tan solemne; sólo que aquí las casitas arcaicas eran auténticas; auténticas las callejas tortuosas que subían y bajaban y se revolvían alrededor de la masa augusta del castillo; auténticas las enormes torres —auténticas y a la par tan ilusorias que, mientras esperábamos de espaldas a la vidriera del anticuario la reaparición del anciano de barba blanca, no hubiera sido absurdo ver desembocar, por la curva del camino, un séquito de aquellos Beauchamps y Dudleys que fueron señores de Warwick y que yacen ahora bajo bronce fúnebres o velan, multicolores, en los vidrios de las capillas.

En el aire tibio del verano se oía zumbear a las abejas venidas de los campos vecinos. Gustavo se impacientaba.

—Vamos allá —me propuso.

Abrióse entonces la puerta de la panadería, y la pareja surgió a la luz del sol. Poco agregué a lo anotado respecto al caballero. Un tic le obligaba a cerrar de tanto en tanto los ojos. Cuando el sol dio en ellos, se llevó una mano a la cara y en la mejilla se dibujó la perfección de los dedos largos, sin anillos. Me detuve a examinar a la señora, que era más alta que su acompañante y, como él, iba descubierta. Tendría más o menos la edad del hombre, unos setenta años. Quizás había sido hermosa, pero lo que marcaba sus rasgos era el rictus singular de su boca, que se me antojó apretada deliberadamente, de modo que la línea angosta de los labios casi desaparecía. Vestía con sencillez uno de esos trajes de anciana inglesa, con flores o diseños azules, multiplicados en series infinitas en todas las ciudades británicas, y de su brazo

colgaba una red en la que el pan recién comprado se mecía.

Echaron a andar, sin percatarse de nuestra presencia; él, arrastrando una pierna; ella, erguida; iguales en su falta de aliño las cabelleras blancas de los dos.

—Fíjate —me dijo Gustavo— qué bien quedan aquí.

Y comprobé que una enigmática afinidad enlazaba con el sitio extraordinario a las figuras que caminaban cuesta arriba, y las ubicadas en él tan sutilmente que a medida que se alejaban parecía que se iban fundiendo con las casucas del tiempo de Lord Dudley, el que fue favorito de la Reina Elizabeth, como si Warwick y ellas formaran un solo tapiz.

En dos saltos estuve en el negocio y pregunté el nombre de sus clientes a la panadera.

—Son Mr. y Mrs. Silvester —me respondió—. Viven en Mills Street, al lado del castillo.

Alcancé a Gustavo y se lo dije. Él ni se inmutó. Desde el primer momento estaba seguro.

—¿Qué vas a hacer? —interrogué—. ¿Le hablarás ahora?

—Lo mejor será seguirlos.

Y seguimos despacio a los Sansilvestre, que habían torcido a la derecha y avanzaban bordeando las murallas severas plantadas en la roca. La Torre del César se empinó ante nosotros, gloriosa, y atravesamos la explanada del castillo. Delante, el Avon fluía con sus cisnes. Yo iba tironeado por la curiosidad que en mí aguijaba la feudal arquitectura y el saber que allí dentro los Holbein, los Rubens y los Van Dyck alineaban su galería de efigies genealógicas, y por la curiosidad que encendía el reservado matrimonio; y como siempre, en el curso de los viajes, verificaba que la atracción humana ejerce sobre mí un poder mucho más eficaz que el que deriva de los paisajes y los monumentos. Escapábanseme los ojos hacia el esplendor almenado y las hoscas enredaderas, y luego tornaban a posarse en la pareja que nos precedía, sobre todo en Lucio Sansilvestre, que tenía un aire inmemorial de sacerdote y de pastor, con su barba, su bastón y su esclavina.

Mills Street comprende muy pocas casas, apretujadas las unas con las otras desde el siglo xv. Sus jardincillos, desarrollados en la parte posterior y separados por tenues cercos, llegan hasta el río. En una de esas casas, la última, entraron los Sansilvestre.

—Ven —me dijo Gustavo—, desde el puente veremos mejor.

Nos acodamos en su parapeto y buscamos el jardín del poeta. Fácil fue ubicarlo. Sus flores rojas, azules y amarillas se encrespaban bajo una nube de abejas sobre el raso tranquilo del agua. Segundos más tarde, la señora apareció allí. Nada especial la llevaba, porque se limitó a mirar los canteros. De repente alzó la vista y nos descubrió a la distancia. Nuestra actitud había sido, sin duda, muy sospechosa, pero no la intimidó. Tosió dos veces, echó la cabeza hacia atrás y regresó a la casita cuyas ventanas recogían la luz de la tarde.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Ahora iremos allá.

Sin embargo, yo sentía que mi amigo titubeaba, como si el entusiasmo que lo movía flaqueara ante la perspectiva de enfrentarse con el autor de *Los Ídolos*. O no, quizá me exprese mal: no era su entusiasmo el que flaqueaba, puesto que se había conservado indemne a lo largo de tantos años y había probado ser sincero, de raíz, a diferencia de veleidades como la del teatro o la de las revistas literarias; no iba a ceder en momentos en que su aspiración vislumbraba la meta; era como si en él se abriera un paréntesis, mientras Gustavo se concentraba para el paso supremo hacia lo que significaba, después de todo, el alcance de un ideal. Pensé, en tanto arrojaba piedritas a la mansa corriente, en los discípulos de antaño y en lo que para ellos importaba la presencia del maestro, la comunicación directa. Pensé que después de convivir espiritualmente con Lucio Sansilvestre desde la adolescencia, de haber elaborado una imagen suya con el auxilio de cuantos documentos halló, y de adorar esa imagen, este muchacho mimado y sensible, cuya existencia se había concretado, hasta ahora, a la persecución de un objetivo obsesionante que era el mundo poético creado por Sansilvestre, pues dentro de él respiraba como en una atmósfera exaltante, se aprestaba por fin a ingresar en la ermita resplandeciente, y comprendí que, unos minutos, tuviera miedo; no el miedo de la decepción sino ese, reverencial, que nos sobrecoge en las contadas ocasiones en que debemos encarnarnos con alguien que puede trocar, con un gesto, con una palabra, el derrotero de nuestra vida. Yo también, desde mi situación de hombre encauzado hacia problemas que nada tenían que ver con el que allí se plantearía, experimenté en ese trance, por solidaridad con Gustavo y conmigo mismo, con el que fui cuando Sansilvestre me fue revelado, una imprecisable angustia. Pero al punto me levantó el ánimo la brusca reacción de Gustavo, el ademán juvenil con que Gustavo me palmeó la cabeza y me despeinó un poco. Me volví hacia él y lo vi, radiante.

—¡Esto parece un cuento, después de tantos años —exclamó— Sansilvestre está ahí, ahí!

Señalaba al jardín solitario y yo, estimulado por él, valoré el privilegio de nuestra posición si se nos comparaba con tantos y tantos, mayores y menores que nosotros, que hubieran dado cualquier cosa por estar en nuestro sitio: porque la verdad es que a treinta metros de nosotros se encontraba la casa de Lucio Sansilvestre y, en ella, el poeta ya legendario de *Los Ídolos*.

Gustavo empezó a recitar el soneto a la Noche y yo, al compás de su voz viril, apasionada, fui diciéndolo también. Lograba aquello, que podía haber sido bastante ridículo, una jerarquía litúrgica, pues todo contribuía a enaltecer la calidad del momento, desde el linaje de los versos escritos en una lengua extraña, desconcertante para el lugar, hasta nuestras propias juventudes y esas peñas y torres románticas y esos shakespearianos cisnes que se deslizaban bajo el puente de piedra sin un rumor. En el parque del castillo gritaron los pavos reales. Nos tomamos del brazo, como cuando éramos casi niños, y nos adelantamos por Mills Street, rozando los fresnos.

Quisiera que el recuerdo de la única vez en que oí la voz de Lucio Sansilvestre (no puedo decir sinceramente que haya «conversado» con él) hubiera permanecido en mi memoria como algo perfecto, para consignarlo aquí, pero si lo hiciera faltaría a la verdad. Me limitaré, pues, a narrar el lance sin ningún adorno, añadiendo sólo las imprescindibles observaciones que se me ocurrieron a la sazón. Es muy posible que el primer encuentro de Gustavo con Sansilvestre no haya sido lo que debió ser, lo que yo hubiera deseado que fuera, porque a la timidez y a las rarezas del carácter del maestro se sumó en esta ocasión el azoramiento del discípulo, acentuado por el mío propio y por la presencia de la señora Sansilvestre, que hizo cuanto dependió de ella (eso fue evidente) para que la entrevista no «resultara». Tanto es así que a través de esa experiencia inicial, tan vacía, nadie hubiera previsto que entre Sansilvestre y Gustavo se establecería la amistad que a poco anudaron. Si las cosas no hubieran pasado de ahí, otra hubiera sido la suerte de los dos; pero el Destino no cedió ni una de las jugadas que preparaba con minucia de artífice, hacía años, con la faz oculta detrás de las tapas rojas de *Los Ídolos*.

Golpeamos las manos frente a la casa, después de buscar una campana o un timbre. La señora entreabrió la puerta, al cabo de un rato; nos miró sin sorpresa, como si nos aguardara, y nos preguntó en inglés qué queríamos.

—Somos compatriotas del señor Sansilvestre —dijo Gustavo— y deseábamos hablar con él.

La respuesta cayó, perentoria:

—El señor Sansilvestre no recibe a nadie.

—Pero... —insistió Gustavo— venimos de muy lejos y lo admiramos profundamente. ¿No podría usted actuar ante él como embajadora y ayudarnos?

Mi amigo acompañó la última frase con su mejor sonrisa. Advertí que echaba mano de todas sus armas para seducir, y sentí también, aunque nada me lo indicara, que ellas no obrarían sobre esa mujer alta, de boca acerba. Pero Gustavo no estaba dispuesto a dejarse derrotar sencillamente, así que redobló el «encanto» mientras aludía a sus trabajos sobre Sansilvestre, al libro que proyectaba. El inglés era uno de sus lujos de muchacho rico. Lo echó a rodar magníficamente.

En ese instante, a mi izquierda, se descorrió un visillo, y la mano descarnada del poeta se posó en un ángulo de la ventana. Gustavo la notó enseguida y, como un militar que distribuye sus baterías, continuó hablando hacia la puerta, mientras sus ojos y sus gestos y su seducción toda se dirigían a la ventana y su invisible ocupante.

—Y no sólo es la distancia de Londres —argüía— sino la distancia de mi país, al que pronto deberé volver y de donde he venido expresamente. ¡Calcule usted! ¡Días y días por mar!

El visillo onduló en la ventana. Yo pensaba que los esfuerzos de Gustavo eran

inútiles, cuando Lucio Sansilvestre asomó detrás de su mujer. Pero no pronunció palabra.

—¡Oh, señor —exclamó Gustavo en castellano—, concédanos unos momentos de conversación y se lo agradeceré toda la vida! No me haga regresar sin haber hablado con usted...

La señora fue seca, terminante:

—Es imposible.

—Señor... señor... —rogó Gustavo.

—Déjalos pasar —dijo Sansilvestre.

Era una voz ligeramente atiplada, pero a su dueño casi no le distinguíamos en la penumbra. Entonces se entabló entre él y la señora un rápido diálogo cuchicheante, que no alcanzamos a entender. Gustavo, nervioso, me apretó el brazo. Con el rabillo del ojo lo vi, encendido por la emoción. Tan feliz se sentía de haber estado frente al propio Sansilvestre, que pienso que se hubiera ido sin protestar, llevándose su brumosa imagen como un tesoro, como un prodigioso dibujo del Renacimiento, como uno de los señoriales retratos del Museo Victoria and Albert, para gozarlo a solas. Ojalá lo hubiera hecho.

La señora se hizo a un lado de mala gana, y desde la sombra se oyó al poeta:

—Entren ustedes.

Tardé un rato en adaptarme a la oscuridad y en reconocer muebles y objetos. Estábamos en un cuarto rectangular, cuyo piso era de maderas tan negras como las vigas que cruzaban con caprichoso diseño su techo y sus paredes. Dos ventanas llenas de vidrios verdes sostenidos por telarañas de plomo dejaban filtrar una luz opaca. En un extremo, abría su boca una apagada chimenea entre dos bibliotecas fantasmales. Los muebles eran grandes y entorpecían el espacio.

—Un momento —volvió a decir Sansilvestre.

Dio un tirón a un cortinaje que yo no había descubierto aún y que tapaba el ventanal del jardín, y el sol iluminó la habitación, deslumbrándonos. Estalló afuera la algarabía de las primulas, de las madreselvas, de las pimpinelas amarillas. En el fondo, amasáronse sobre el río los árboles que los castellanos de Warwick contemplaron desde sus galerías durante centurias. Los libros, las flores colocadas sobre una mesa antigua, los sillones de gastado terciopelo, el clavecímalo, revivieron en el cuarto. El poeta avanzó hacia nosotros, como si viniera del paisaje medieval en el que cada hoja y cada piedra se recortaba con prolijidad de miniatura, y nos tendió su mano. Creí que Gustavo iba a desfallecer cuando la tuvo entre las suyas, porque su voz sonó áspera, extraña: —Maestro... maestro...

Los años habían trabajado como escultores refinados sobre el rostro de Lucio Sansilvestre, macerándolo, despojándolo de cuanto no fuera imprescindible para mantener su piel delicada sobre la fina arquitectura de los huesos; pero esto, que en otros casos puede ser hasta macabro, no incidía sobre la hermosura de esa cara anciana, en la que los ojos claros, cerrados repentinamente por el tic, parecían

inmensos, y a la que el airón de pelo blanco todavía rebelde daba expresiones insólitas de pájaro alerta.

En un ángulo, sentada junto a uno de los ventanucos, muy rígida, la señora simulaba desentenderse de nosotros. Tomó un tejido, una boa violeta, y lo reanudó. Se había calado los anteojos de plata.

—Es mi mujer —dijo el autor de *Los Ídolos*.

Vacilamos, sin saber si debíamos aproximarnos, pero ella nos detuvo a la distancia con una breve inclinación de cabeza, y volvió a sus agujas.

—Sentémonos —indicó el poeta.

Nos ubicamos alrededor de la chimenea. Sobre ella, un grabado del siglo XIX representaba a Milton dictando su «Paraíso Perdido».

—Es Milton. Milton me interesa mucho.

Quedamos en silencio. Una flor comenzó a deshojarse sobre el teclado del clavecímalo. Súbitamente me di cuenta de algo que hasta entonces no había tenido tiempo de notar: nada, en ese cuarto, recordaba la patria del poeta que allí vivía. Debajo del grabado, en la repisa de la chimenea, alineábanse varios de esos que llamo «objetos tontos» (y de los cuales tengo algunos en mi casa): un par de pequeños zuecos de madera, «Souvenir de Suisse», un molinito holandés de plata, una reproducción en cerámica del Puente de los Suspiros. Me disgustó que estuvieran allí. De la patria, nada, pero tan absolutamente nada que no pude menos que cavilar si ello respondería a una deliberada intención. Y no obstante la patria no lo había defraudado a Sansilvestre. *Los Ídolos* habían conquistado la estabilidad oficial de las obras clásicas. Se encumbraban más allá del bien y del mal, más allá de los juicios, y habían ganado posición tan envidiable sin perder lozanía. ¿Cómo no agradecerle a un país generalmente apático, que mostraba así su agradecimiento, que retribuía así? Sin embargo, no había allí nada que evocara los escenarios del triunfo: no lo evocaban los «objetos tontos» distribuidos sobre la chimenea, el frágil clavecímalo alemán, Milton, los sillones Victorianos, esa mujer inglesa, hostil, que tejía una boa con los labios apretados... nada... ni un retrato nuestro, de un escritor, de un artista, de alguien, en casa de este poeta célebre cuyo retrato, en cambio, presidía las bibliotecas de quienes no lo conocían personalmente, allende el mar, pero conocían su obra. ¿Sería desdén? ¿Nos desdeñaría ese hombre que había vivido siempre en el extranjero? Me rebelé ante la idea: ¿por qué?

Gustavo no tenía ojos más que para Sansilvestre. Comenzó a hablar atropelladamente, explicando el móvil de su visita, pero a cada instante las palabras le ahogaban, o se perdía en referencias que enredaban su exposición. Dijo lo que para él había significado, doce años atrás, el primer contacto con *Los Ídolos*, en una época en que su sensibilidad recibía las impresiones con la ductilidad de la cera blanda; dijo sus investigaciones alrededor de la obra del maestro... De vez en cuando se detenía, esperando una palabra de Sansilvestre, pero éste se limitaba a menear la cabeza y a musitar: —Sí... sí... en un tono tan incoloro, tan distante, que era imposible

determinar si aquello tenía un valor afirmativo, si lo invitaba a seguir hablando, o si era la expresión de un desasosiego. La inquietud del poeta se traslucía en el tamborileo de sus manos sobre las rodillas; en el desconcertante escrúpulo con que enderezó unas acuarelas que pendían sobre el clavecímalo; en sus furtivas miradas hacia el jardín. ¿Inquietud? Yo no hubiera podido precisarlo, si bien no me encontraba cómodo en ese salón donde, de cuatro personas, sólo una hablaba, y con tal vehemencia que eso mismo subrayaba, por contraste, la callada turbación de los demás.

Pero no era fácil, ya lo he dicho, escapar al arretrato de Gustavo, a su fervoroso impulso, a su voz. Mi amigo poseía una firmeza robustecida por la convicción, que doblegaba las voluntades. En esas ocasiones —lo había advertido yo muchas veces, desde la época del colegio— Gustavo se transfiguraba. Hubo un instante en que el anciano pareció ceder ante su vibrante influjo. Y después de todo, por esquivo que su carácter fuera, ¿cómo no ceder a un muchacho que le hablaba así de él mismo, de los lazos que los habían unido durante toda su vida? Ese momento de culminación (en alguna forma tengo que designarlo) fue lo mejor de la desequilibrada entrevista. Yo estaba sentado entre ambos, entre el hermoso viejo de barba blanca que había dejado quietas las manos huesudas, y el hombre joven, hermoso también a su manera, trémulo como un arco.

Ahondóse una pausa en la que se oyó, remoto, el grito de los pavos reales.

—Hábleme de usted, maestro —imploró Gustavo—; quisiera preguntarle muchas cosas, saber...

Lucio Sansilvestre se puso de pie y fue cojeando hasta la ventana del jardín. El crepúsculo bañaba las flores y los arbustos en una luz engañosa, de acuario. Se oprimió las sienes con las yemas y murmuró:

—No... ahora no... otra vez... ahora no puedo...

Se alzó, junto a la lámpara que acababa de encender, la voz de la inglesa:

—Estás cansado, Lucio. Será mejor que te acuestes.

—Sí... sí...

El anciano levantó el cuello verdoso de la esclavina, como si de repente tuviera frío, y nos estiró la diestra con una sonrisa convencional. Luego, obediente, se alejó hacia la puerta que conducía a las habitaciones interiores. Se volvió desde allí, espectral, en medio de las formas que velaba el primer humo de la noche, y dijo:

—Vuelvan a verme... otra vez... perdonenme...

La señora nos acompañó hasta la calle. Suavizó el tono mientras nos despedía:

—*He is not well*. No está bien. Es algo... —y dudó—... algo en la mente... en el espíritu... La emoción más leve lo fatiga.

Contorneamos los bastiones dramáticos que competían a esa hora con la erizada truculencia de los grabados de Doré. Íbamos mudos.

—¿Qué te pareció? —articulé más adelante.

—¡Qué extraño! ¡Qué extraño todo! Esa casa, esa mujer... y él... él... Debo verlo

de nuevo... tiene que hablarme... es preciso que me hable...

Las estrellas se habían prendido ya, en la tibieza de la noche de junio, cuando llegamos al «Warwick Arms». Comimos cualquier cosa, y entonces me tocó hablar a mí, porque sabía a Gustavo distraído, ausente, y adivinaba que su imaginación seguía rondando en torno a la casita vecina del Avon y sus moradores.

Lo oí más tarde revolverse en su cama.

—¿Duermes? —le pregunté.

No me contestó.

A la mañana siguiente regresé a Londres, sin haber admirado el famoso Vaso de Warwick, procedente de las excavaciones de la Villa Adriana, en Tívoli, y que perteneció a Lady Hamilton. Urgía que tomara el aeroplano de París, donde me aguardaba el doctor Herzberg. Le propuse a Gustavo que retornara conmigo a la capital, sin conseguirlo.

—Es un hombre notable —me dijo— y creo que le haré bien, que me necesita como yo lo necesito a él. Me quedaré aquí todo el tiempo que haga falta. Mi libro lo exige... y aunque no se tratara de mi libro... es por él... por él.

Lo abracé en la estación. Me dolía irme y dejarlo.

—Ten cuidado —le pedí como si bromeara—; te lo aconseja tu amigo y tu médico. No conviene que dos nerviosos estén mucho juntos, y tú estás hecho una pila de nervios. En cuanto a Sansilvestre, no sería malo que se hiciera examinar. Creo que su mujer exagera, pero con todo... A mí la mujer me da escalofríos.

Rió, prometiéndome que me escribiría. Desde la ventanilla lo vi esfumarse entre nubes de vapor, fino, desgarrado, el mechón negro sobre la frente, dorada la arista de los pómulos.

Lo más importante de mi adolescencia, lo que más había significado en mi vida durante años —tan hondo, tan esencial que había contribuido a modelarme más que nada—, permanecía en Warwick, indefenso, entre personas cuya verdad se hurtaba en un juego de luces y de sombras, de modo que sentí que el pecho se me oprimía. Y aunque me empeñé en descartar su imagen para no entristecerme, y en pensar en Bassanio y en Antonio y en Lorenzo y en la chispeante comitiva del «Mercader de Venecia», agitándose bajo fanales y quitasoles, el rostro de Gustavo no se separó de mí, y junto a él estuvo siempre, superpuesta en el paisaje inglés de verdes mojados, la cara del autor de *Los Ídolos*, inopinadamente transformada por el tic que le cerraba los ojos y que le hacía parecer más vieja aún de lo que era, cuando se apagaba la claridad celeste que en ellos nacía.

* * *

Hacía una semana que estaba en París, cuando recibí la primera carta de Gustavo. Poco tiempo había tenido para su recuerdo —cómodamente, sentándome a recordar, dando vuelta los recuerdos del derecho y del revés, como a mí me gusta—, pues me

absorbieron las tareas. El doctor Herzberg es muy minucioso y reclama el máximo de dedicación. Pero con todo, mientras resumía para él los informes y preparaba las fichas que requerirían sus conferencias de Roma, a donde iríamos más adelante, y también de noche, al salir de alguna comida oficial y regresar sin premura al «Claridge», surgía bruscamente ante mí la silueta de mi amigo. Y siempre su imagen venía acompañada por una pasajera zozobra, porque me preocupaba lo que sería de él, sabiendo que esa excitación, esa ilimitada «entrega» que lo caracterizaba y que tanto poder le infundía, llevaba consigo, inseparables, los elementos de su debilidad, ya que su propio impulso era capaz de arrastrarlo más lejos de donde quería y debía ir, y de derribar las construcciones por él levantadas con amorosa solicitud.

Copio aquí los párrafos principales de su carta, escrita con la letra empinada, dominadora, de Gustavo:

«En el curso de cuatro días, he visto en tres ocasiones a Lucio Sansilvestre, pero sólo le he hablado una vez. La primera, la tarde misma de tu partida, me crucé con él y su señora en la explanada del castillo. Los saludé y me devolvieron el saludo, sin que su actitud me invitara a acercarme, de modo que yo, que en realidad me dirigía a su casa, o por lo menos al puente romano, para tratar de verlos en el jardín, cambié de rumbo y entré en el castillo de Warwick.

No te lo describiré. Creo que no conseguiría hacerlo, porque ya sabes que cuando una idea me acosa me doy a ella sin compartirla, así que todo el tiempo, mientras anduve por las salas llenas de armaduras y de cuadros, la obsesión de Sansilvestre me dominó. Me asomé a una de las ventanas góticas que vigilan el Avon, y allá abajo, pequeñita entre los árboles, como una pintura del reinado de los Tudor, divisé su casa, y entonces, en lugar de ese paisaje ilustre, lo que en verdad tuve ante mis ojos fue la casa que él canta en Los Ídolos, recoleta, simple, tan perfecta que la supongo imaginaria, esa casa que, cuando yo era muy muchacho, hasta llegué a dibujar, apoyándome en los versos de su elegía.

Ardía en deseos de volver a Mills Street, pero me sobrecogía pensar que un paso en falso podía echarlo todo a perder, y decidí aguardar a que los acontecimientos organizaran por sí mismos mi retorno. Te darás cuenta, conociéndome, cuánto me costó tomar una determinación así.

Al otro día, aunque recorrí el pueblo mañana y tarde, no tuve la suerte de encontrar a los Sansilvestre en mi camino.

Me intrigaba averiguar lo que de ellos se sabe en Warwick, así que, disfrazando mi interés discretamente, formulé preguntas en la posada, en el negocio de antigüedades, en la panadería, y hasta hablé al respecto con el guía de St. Mary's, la iglesia donde yacen los señores del lugar. Las noticias fueron escuetas. Los Sansilvestre residen aquí hace cinco años. Como se establecieron durante la guerra, al principio provocaron muchos recelos, por ser extranjero él, pero su amabilidad y su reserva, la distancia que imponen y que habrás observado y la fácil sencillez de sus costumbres, hicieron que la gente los aceptara. El jefe de los jardineros del

castillo los había tratado en Liverpool, y eso ayudó.

—Pagan sus cuentas y no se meten con nadie —me ha dicho la dueña de la panadería—. Es un estudioso —apoyó el guía de St. Mary's—, conoce a Milton como un profesor. Pero unos y otros le otorgan nacionalidades distintas (español, brasileño, mexicano) y nadie sospecha que en Warwick vive, hace un lustro, un escritor de tal renombre, aunque se sabe que escribe porque muchos lo han visto en el jardín de su casa, con sus cuadernos. Cuando se lo insinué al portero del “Warwick Arms”, me respondió escépticamente: —Es posible; sin embargo, no reciben a nadie. Los escritores necesitan que los visiten. Tiempo atrás pasó por aquí una misión de periodistas de América, pero antes de que llegaran Mr. Silvestre se fue a Londres. Después vino un corresponsal de por ahí... (esbozó un ademán que abarcaba a nuestra patria y su distancia inaudita en la indeterminación del horizonte)... y me pidió su dirección, pero sé que no pudo verlo. (Presumo que el portero cree que yo también soy un periodista.)

Los avisté al mediodía siguiente delante del Hospital del Conde de Leycester. ¿Recuerdas? Es la puerta por donde entramos a la ciudad. Ella fingió no verme, pero Sansilvestre me saludó con la mano. Se retiraron hacia su casa.

Ya empezaba a inquietarme, calculando que en esa forma no progresarían nuestras relaciones, cuando hoy, después del almuerzo, el poeta se presentó imprevistamente en el hotel. Yo estaba en el hall, corrigiendo las notas de mi capítulo sobre las metáforas de Los Ídolos, donde señalo la reaparición de los elementos que las componen en muchas obras de los últimos tiempos, y de repente una sombra cayó sobre los papeles. Me incorporé, sobresaltado. Era él. Me puso una mano en el hombro, sin permitir que me levantara, y me dijo: —Venga a verme mañana a las dos de la tarde, ni antes ni después. —Y se fue, indicándome con un ademán que no lo siguiera.

Mañana iré, pues. Ahora es él quien me ha invitado. ¡Ay, no he escuchado su voz más que un instante y, sin embargo, he podido comprobar nuevamente qué recio es el imperio que sobre mí ejerce este hombre viejo, de traza tan frágil! Lo que sucede es que después de haber analizado y desmenuzado su obra durante tanto tiempo, en verdad durante mi vida entera, ya es imposible, para mí, separarlo a él, a su personalidad, de toda la contextura de Los Ídolos, de manera que me basta verlo pasar un segundo cerca de las murallas o del río, para que de inmediato sus versos le tejan un fondo de incomparable lujo, y entonces su endeble figura se exalta, pues es como si fuera caminando entre grandes tapices o entre antorchas.

Te escribiré pronto. La sola idea de que mañana estaré con él, en su casa, en su intimidad, me turba y me obliga a cerrar esta carta aquí.»

* * *

Hasta entonces no había recapacitado en la posibilidad de que Gustavo fuera un

enfermo. Encandilado por él en mi adolescencia, transportado por su dinamismo, no se me había ocurrido que la anormalidad de su conducta podía derivar no sólo de su carácter singular sino de un extravío de su mente. Leyendo su carta lo pensé por vez primera, acaso porque Gustavo no estaba ahí para desorientarme, para aturdirme con su torbellino. Al no ser transmitidas por su voz, que otorgaba a cuanto decía una inflexión tal que eso bastaba para conferirle la robustez de lo cierto, sus palabras llegaron como desarmadas, como indefensas. Y luego, repito, Gustavo no estaba junto a mí: Gustavo y su cara que iluminaba la pasión; Gustavo y la atmósfera mágica que lo envolvía.

En el «Hotel Claridge», con el estruendo de los automóviles de los Champs-Élysées en los oídos, inmunizado también por una semana de resúmenes científicos y de fichas, los conceptos de Gustavo sonaban, peligrosamente, a algo vecino de lo morboso. Su investigación alrededor de Lucio Sansilvestre (el hecho de que hubiera sometido su vida al ámbito de la obra de un autor de un solo libro, por revolucionario que éste fuera) se presentaba con los caracteres de una manía. Hasta las tres precarias revistas que fundó y el teatrillo donde se montaron dos piezas, desarrollaron su acción bajo el tiránico signo de Sansilvestre, y estuvieron tan estrechamente ligados con él y con su talento que debemos incorporarlos al desatinado plan de Gustavo, que tenía por fin consagrarse totalmente al poeta, pues pronto los abandonó y se vio que habían sido pretextos, *divertissements*, que jalonaban su camino sin apartarlo ni un paso de su exacto rumbo tenaz.

Un muchacho inteligente, rico, de gran familia, estaba quemando su existencia de ese modo (porque es la palabra: «quemando»), ¿y eso no era anormal, loco, absurdo?

Así pensaba yo en ese momento y probablemente tuviera razón. Los acontecimientos parecieron confirmarlo. Aunque, quién sabe... Es muy difícil pronunciarse terminantemente al juzgar una vida, y declarar: hasta aquí, sí; desde aquí, no; en esta zona comienza lo que empaña al resto; porque luego puede encargarse el tiempo de desmentirnos. ¿Cuándo? ¿En qué deslinde? Para saberlo habría que poseer todas las claves, poder mirar el cuadro desde todas las perspectivas, aun desde aquellas, impracticables, que se sitúan en la lejanía del porvenir. Lo importante es que las vidas se cumplan, que se «realicen», y ahora, al abarcar la de Gustavo, encuentro que la suya tuvo un sentido, una unidad, un ritmo, a pesar de su anomalía sospechosa. Habría que considerarlo quizá como a ciertos inspirados, a ciertos iluminados; habría que pensar en él como una mezcla de místico y de arqueólogo. Lo que otros hacen fanáticamente por su fe o por revelar toda una cultura, lo hizo él por Sansilvestre, que fue su fe y su cultura. Y no olvidemos que Gustavo era un voluntarioso y un mimado. El afán de conocer a Sansilvestre y de ser quien lo conociera mejor, levantó en su vida la primera valla, y no cejó hasta saltar la valla y entrar en el jardín secreto, sin percatarse de que sacrificaba su vida a algo muy bello, muy digno, pero que no debería bastar para colmarla.

Con su carta entre las manos, reflexioné largamente, y ni un instante dejé de tener

en cuenta lo incapacitado que estaba yo para juzgarlo, ya que los límites de mi sensibilidad no toleraban que yo gozara como él, con su refinamiento, del mundo ficticio en el que se movía y del cual Sansilvestre era soberano precisamente por eso, por un acorde de las sensibilidades de raro ajuste. Cabía la posibilidad de que Gustavo fuera un obseso, de que lo que empezó como una atracción estética se hubiera transformado monstruosamente, invadiendo el campo de su conciencia. Tal vez, cosa que hasta ese instante no había concebido yo, aquel de mis compañeros que aparentaba más empuje, más lucidez, fuera en realidad el más débil, y su impulso no procediera, paradójicamente, más que de una exacerbación enfermiza. Pero ¿era justo pensar así? ¿Era equitativo despojar de su alta jerarquía a una actitud de solitaria nobleza, a un fervor desinteresado, puro, ejemplar, si se lo compara con la indiferencia y la voracidad que suelen determinar a nuestros contemporáneos?

De esa suerte, vacilando entre una y otra posición, miraba yo desde París hacia Warwick, hacia Gustavo, a quien tanto quería. Y de tanto en tanto, para agravar el cuadro oscuro, volvía a mí, en el recuerdo, la sibilina frase de la señora de Sansilvestre refiriéndose a su marido:

—No está bien. Es algo... algo en la mente... en el espíritu...

¡Cuánto deploré entonces que mi situación de dependencia me obligara a permanecer en Francia, lejos de mi amigo! Y cómo me acuso hoy de haber narcotizado mis inquietudes repitiéndome: ¡qué tontera!... si no es para tanto... son fantasmas... alucinaciones... Gustavo ha encontrado por fin a su Lucio Sansilvestre... ¿qué puede pasar?... ¡Gustavo es feliz!

Pero esa noche tardé, tardé en dormirme, y al día siguiente fue necesaria la atención perspicaz que el congreso exigía, si no para tranquilizarme por lo menos para distraerme, para ubicarme de nuevo en el riguroso mecanismo de la vida que había elegido.

* * *

La segunda carta de Gustavo me alcanzó en Roma, la noche misma en que el doctor Herzberg fue aplaudido por los estudiantes en la calle, cuando salíamos del anfiteatro donde había pronunciado su conferencia. Es larga. Hela aquí:

«Desde que te escribí, mi relación con Lucio Sansilvestre ha ganado terreno considerablemente. Ya empieza, me parece, a tener confianza en mí, aunque su modo de ser es tan extraño que no se puede abrigar ninguna seguridad respecto a sus reacciones. Sea lo que fuere, lo único que hay que tener en cuenta, por ahora, es este hecho maravilloso: he llegado a Lucio Sansilvestre, a su casa, a su vida; lo he visto y probablemente seguiré viéndolo. Me inquieta, eso sí, me perturba mucho, por eso que tiene de esquivo, de inasible, de estar y no estar; pero me basta sentirlo cerca, en su jardín o en su biblioteca, para comprender que mi vida se va ordenando, puesto que todo lo que yo soy tiende, como impelido por una fuerza indescifrable, hacia la

presencia del autor de Los Ídolos. He hallado a mi maestro, mi guía. Es lo que necesitaba para producir yo, a mi turno, aquello de que sea capaz.

Pero deja que te refiera cómo se desarrollan los acontecimientos.

Me parece que en mi carta te conté la breve aparición del poeta en el “Warwick Arms” y su invitación para el día siguiente. Concurrí, como es natural, a la hora exacta. No bien me detuve ante su puerta, ésta se abrió. Me acogió con una sonrisa cordial.

—Hoy —me dijo— podremos conversar cómodamente. Mi mujer tuvo que irse a Londres, a ver a una hermana suya, y no regresará hasta el anochecer. Nadie nos importunará.

Yo no cabía en mí de alegría, pero resolví, a diferencia de la vez pasada, hablar poco y dejar que hablara él si se decidía a hacerlo. Diez minutos después, me convencí de que si aplicaba ese procedimiento no obtendría nada. Sansilvestre se mete dentro de sí mismo como un caracol, y espera. Y yo no sé estar quieto. Enseguida me alarma el escrúpulo de que estoy perdiendo un tiempo precioso y de que hay que recuperarlo, “salvarlo”, en cualquier forma.

Empezó por conducirme al jardín. Era una tarde inmóvil. Arrojó unas migas de pan a los cisnes, y comentó con su voz atiplada, inolvidable:

—Son mis amigos... los cisnes... los cisnes de Shakespeare...

—También usted habla de cisnes en Los Ídolos, en el Canto a la Muerte.

—Sí... es cierto... también pasan los cisnes por Los Ídolos...

Volvimos a la casa y me estuvo mostrando la biblioteca. Hay en ella muchos libros italianos y una vasta bibliografía sobre Milton. Tiene un ejemplar de la tercera edición del “Paradise Lost”, la de 1678, y otra del “Paradise Regained”, de 1680, en la que está incluido el “Samson Agonistes”.

—En Los Ídolos —observé— no he advertido ni una vez su devoción por Milton. Quizás se me haya escapado.

—Milton no tiene nada que ver con Los Ídolos —me replicó vivamente—. Mi interés por él es posterior a la publicación de esos poemas. Es lo más importante de mi vida, lo más serio.

Su actitud me dejó confundido.

—De todos modos —le respondí—, usted no puede negar que hasta ahora lo más trascendente suyo, su gloria, son Los Ídolos. Yo no creo —proseguí con audacia— que sus trabajos sobre Milton, por valiosos que sean, sobrepasen nunca la influencia de Los Ídolos. En Los Ídolos hay una creación, una creación magnífica...

Me arrepentí inmediatamente de mi atrevimiento, porque Sansilvestre se puso muy pálido y el tic le mantuvo cerrados los ojos, como si los apretara. Se dominó y me dijo con una voz alterada, distinta:

—Algún día sabrá usted... algún día sabrán ustedes... lo que representa mi estudio sobre Milton... Los Ídolos... eso no es nada... es un juego...

Te imaginarás que me apresuré a calmarlo, si bien me sublevaba íntimamente

que alguien (¡y tan luego él, el propio Sansilvestre!) clasificara a Los Ídolos de “juego”, acaso por hacer una boutade. Para desvanecer la mala impresión, le rogué que me hablara de Milton, de quien sé tan poco, pues no se me ocurrió que debería conocerlo en especial, cuando preparaba mis notas de correlaciones clásicas, para profundizar el conocimiento de Sansilvestre. Pero el anciano se había encerrado en su mutismo casi rencoroso. ¡Ay, cómo sufrí entonces! ¿Qué sucedía allí? ¿A qué atribuirlo? ¿Los años habrían minado el espíritu de Lucio Sansilvestre de tal manera que las ideas fijas lo cegaban? ¿Y quién soy yo para sorprenderme ante las ideas fijas, cuando Sansilvestre es mi idea fija, mi desvelo?

Realicé verdaderas proezas buscando, como si anduviera extraviado en un laberinto, los temas que no le molestaran, y comprenderás, pues me sabes espontáneo y atropellado y entusiasta, lo que me costó no caer en las trampas que mi entusiasmo me tendía. Eludí el tema candente de Los Ídolos, dejándolo para una vez más propicia, y hablé al azar de cómo progresa la literatura en nuestra patria, pero a cada instante debía desandar el camino y meterme en nuevos corredores, para que la ineludible alusión a él mismo y a su obra no reviviera los angustiosos momentos de “choque” (sólo puedo llamarlos así) que habíamos pasado.

¿Te das cuenta de la rareza de mi posición: estar con el autor de Los Ídolos y no poder hablarle de ellos, e inflar la conversación, aceleradamente, con referencias que no me importan? Pero a él tampoco le importaban:

—La literatura... —dijo, e hizo un gesto vago, como si la despidiera de nuestra sociedad—. Hábleme de usted.

Le hablé, pues, de mí; de mí y de ti y de mi madre y de tía Duma y de nuestra casa... ¡qué sé yo!... de cuanto pasó por mi mente... Era difícilísimo hacerlo sin mencionar a Los Ídolos y a él mismo. Lo conseguí (¿cómo explicártelo?) “dosificando” las menciones, y (esto es lo más asombroso) procurando quitar trascendencia a lo más trascendente, a lo que en verdad hubiera debido atraerlo más; porque ahí estaba yo, frente a él con mi pasión por su obra, debiendo disimularla, pues sentía que esa pasión, en lugar de agradarle, le causaba una irritación que no ocultaba.

Después pensé que, como a otros autores, lo que a Sansilvestre le importaba, colmando su escenario totalmente, era lo que tenía entre manos, lo que en ese momento estaba componiendo. Los Ídolos han sido publicados hace cuarenta años; en cambio su estudio sobre Milton es algo actual. ¿Actual? Recuerdo que en un reportaje muy viejo, por lo menos de tres décadas, se cita su preparación. Lo inconcebible es que ni un fragmento de este trabajo, que debe ser muy extenso, se haya publicado ya. Mi rebeldía me insinuaba también que Sansilvestre no podía aspirar tampoco a que yo excluyera a Los Ídolos, al milagro de Los Ídolos, en beneficio de una obra que no podía conocer. ¡Oh, y de todos modos, aunque lo hubiera leído, su trabajo sobre John Milton, por admirable que sea, jamás hubiera suplantado en mi ánimo a Los Ídolos, como parecía querer él, Sansilvestre!

Comenzó a pasearse por el cuarto, mientras yo permanecía en el gran sofá frente a la chimenea. Súbitamente me cortó en mitad de una frase y me dijo:

—Usted va a tener que perdonarme. Yo soy ante todo un solitario. En la carrera consular limité mi relación con la gente a la impuesta por mis funciones. Si la elegí es porque... porque prefería vivir lejos de mi país. Desde que me retiré, cada vez me he aislado más, y he ido perdiendo el hábito del mundo y de sus convencionalismos. La felicidad está en nosotros. Dudo que pueda proceder de los demás. Por eso quizás usted me juzgue excéntrico. Hay quienes lo han pensado antes. Yo vivo aquí entre mis libros, sin ver a nadie. Mi gran compañero es el Avon y si con alguien dialogo es con Milton, aquí, en esta mesa. Por eso tendrá que disculparme si nota en mí una... una inadaptabilidad para el trato. Usted me ha sido simpático desde el primer día, desde que lo vi delante de la puerta... y he querido volver a verlo... excepcionalmente... Hay en usted... es como si usted irradiara... eso es... irradiara... ¿me entiende? Yo creo que mientras usted habla, aunque uno, por cualquier razón, no lo escuche, esa irradiación opera, está ahí, y es más poderosa que el discurso...

Me contemplaba con sus ojos clarísimos, entrecerrados. En el silencio cantó uno de los ruiseñores que pueblan esta región, como nacidos de los versos de Shakespeare. La emoción del momento era tan aguda que temblé.

—Y además —continuó— usted se parece extraordinariamente... extraordinariamente... a un muchacho que fue mi inseparable amigo cuando teníamos más o menos su misma edad... ¿o será que para un viejo todos los jóvenes se parecen, porque lo que en realidad representan para él es su propia juventud perdida?...

Calló, avergonzado de ese arresto, de esa audacia de tímido, y, para encubrir su confusión, se sentó de espaldas a la luz. Para mí fue como si pasara sin transición de una ducha helada a otra hirviente. Sansilvestre es así, imprevisto. Cuando menos lo esperas, sé planta delante de ti, como si hubiera dado un salto, y te atrae hacia él y entonces imaginas que por fin no sé té escapará, que ya lo tienes, pero un segundo después su disposición ha cambiado y estás a mil leguas de él. Pero esa tarde, la primera en que aludió a mí directamente, sintió una especie de ahogo, porque eso que me decía que hay en mí, esa irradiación, es precisamente lo que yo, desde que leí sus versos, a los diecisiete años, he captado en Los Ídolos, una irradiación, y aunque las esencias sean disparatadamente distintas, la comunidad de sensaciones creaba de improviso un parentesco con el libro que admiro tanto.

Todo esto es muy difícil, acaso imposible, de explicar; espero que lo comprendas, que me comprendas si te digo que en ese instante olvidé nuestra conversación penosa y el malestar de una atmósfera en la que lo más insoportable era la ignorancia acerca del origen del malestar. Tuve la impresión de que el poeta había alzado un cortinaje, y que detrás estaba él, solo, arisco, divorciado de todo y de todos, pero capaz de repentinas ternuras, y que ese ser imprecisable que ha escrito algunas de las páginas más hermosas de nuestra lengua, sentía de pronto mi fervor ardiente, un

fervor que se nutre de mi agradecimiento por lo que le debo.

—Maestro —le dije—, si existe esa irradiación ella emana de Los Ídolos.

Alzó una mano para protestar, y la vi delinear delicadamente a contraluz. Pareció cambiar de idea, porque me respondió:

—Sí... probablemente de Los Ídolos también... pero hay en usted una claridad propia.

Se corrió hasta el clavecímalo y deslizó los dedos sobre el teclado. El cuarto se llenó de voces gráciles que armonizaban con las ventanitas discretas, con las maderas vetustas, con el jardín, con el río, con el señor que compuso Los Ídolos mucho antes de que yo naciera. Sansilvestre no sabe música. Me lo dijo entonces. Se complace inventando sobre las teclas cualquier cosa; y es siempre un tema muy simple, que vuelve y vuelve y gira entre triste y burlón.

—Tal vez —añadió, mirándome por encima de las rosas puestas al lado del atril — lo que en usted me recuerda a aquel muchacho amigo mío, a Juan Romano, es su irradiación, su luz... él, cuando algo lo conmovía, era como un fanal encendido... ¡pero hace tantos años, tantos años!

Detuvo las manos sobre el clave, irresoluto, y luego fue hasta una de las bibliotecas, balanceándose sobre el apoyo del bastón. Debajo de los estantes hay una alacena que forma parte del mismo mueble. Sacó una llave del bolsillo, abrió el pequeño armario, y distinguí algo que me pareció una pila de carpetas o de cuadernos. Estuvo registrando papeles y vino hacia mi sofá con una fotografía.

—Éste es Juan Romano.

Desde el retrato desvaído, una instantánea tomada en un parque, se sumó a nosotros un muchacho delgado, cuyo traje se había vuelto gris. El tiempo había esfumado sus rasgos casi por completo. Sólo conservaba su nitidez el pelo negro, lacio, que volcaba hacia la izquierda sobre la insinuación de un rostro fino.

—Ya no se lo ve —murmuró Sansilvestre como si para sí mismo hablase—; se diría que el retrato ha muerto también.

En ese instante se abrió la puerta y la señora de Sansilvestre entró en la habitación. Traía el sombrero puesto. Me advirtió enseguida, pero fingió que no notaba mi presencia y fue a dejar la sombrilla en el cántaro que llenaban los bastones.

—Matilde —dijo el poeta—, ¿te has quedado?

Ella giró la cabeza y afectó percatarse entonces de que yo estaba en el cuarto.

—¡Ah! —profirió desabridamente—. No sabía que vendría a visitarnos.

Y luego, dirigiéndose a su marido:

—Olvidé los encargos de Rosalind. Postergaré el viaje hasta mañana.

Yo aguardaba de pie, indeciso. Me di cuenta de que Sansilvestre había ocultado el retrato debajo de un libro, en la mesa vecina, porque su extremo amarillento asomaba bajo una punta de la cubierta. El anciano puso fin a la situación incomprensiblemente desagradable:

—Ya se iba. Hablábamos de Milton.

Ella me observó, mordaz, con sus ojos un poco almendrados, y desapareció hacia los aposentos interiores. Aproveché para irme también. Sansilvestre me acompañó y me dijo:

—Discúlpela, es su carácter; pero es una buena mujer, leal e inteligente. En casa hay que disculparnos a los dos. No servimos para la amistad, para afuera.

—Yo nunca osé aspirar —le respondí— a que Lucio Sansilvestre y yo fuéramos amigos. Me basta que me permita verlo y hablarle.

—Sí —continuó bajando la voz—, con usted quisiera que fuera distinto. En cuanto a vernos... ya me comunicaré con usted más adelante.

Regresé al “Warwick Arms” en el estado que imaginarás. Episodios como el que he tratado de describirte, reproduciendo fielmente los diálogos, no son lo más aconsejable, por cierto, para un temperamento tan impresionable como el mío. Mil dudas me asaltaban, como te asaltarán a ti mientras me lees. ¿Qué sucede dentro de Lucio Sansilvestre? ¿Cómo es Lucio Sansilvestre en verdad? ¿Acaso sé yo algo de él en concreto? ¿Sabemos a un hombre, a un escritor, porque sabemos su obra? Y ¿qué pasa en Mills Street, entre esos dos personajes contradictorios? Adivino que en este momento estarás pensando: Gustavo siempre ha propendido a adornarlo y complicarlo todo; eso es propio de los imaginativos que carecen de profesión definida. Pero no, te aseguro que aquí no hay “bordado”. No exagero nada.

Dediqué la mañana siguiente a organizar mis ideas, aunque sin éxito. La particular actitud de Sansilvestre frente a Los Ídolos, por una parte (una actitud que no puedo tachar de hostil pero sí de “prescindente”, como si esta obra, su gran obra, no existiera), y por otra parte la actitud de su señora, que ya comentamos después de nuestra primera visita y que, ésa sí, parece concentrarse en una agresiva oposición hacia lo que venga de afuera, invadiendo su reducto, me aturdían.

Anoté las conversaciones y cuanto la tarde anterior me había sugerido, para una carta que te enviaría alguna vez —esta carta—. Y ahora te ruego que excuses su extensión y la guardes por si más tarde necesito consultarla, porque para mí tiene el valor de un documento.»

* * *

En la Villa Adriana, cerca de Tívoli, entre ruinas y cipreses, releí la carta de Gustavo. La llevé allí porque el hecho de que el gran Vaso de Warwick hubiera sido transportado desde ese mismo suelo imperial hasta el castillo inglés a cuya sombra se acurruca la casita de Sansilvestre, me aproximaba a mi amigo, me hacía menos extraño a su paisaje y a su vida inmediata, y con ello establecía un lazo más entre nosotros.

Sentado en un capitel, volví nuevamente las páginas de las cuales se alzaba hasta mi rostro, como un perfume familiar, la sensación de la perplejidad de Gustavo,

confusamente expresada por los altibajos de su escritura. Traté de ir aclarándola y, mientras lo hacía, me dije que yo he sido en la adolescencia como una segunda voz de Gustavo y que en el fondo nunca he dejado de serlo, cuando los mismos problemas nos preocupaban, o, para ser más fiel a mi pensamiento, cuando me preocupaban los suyos, cuando en mí repercutían los suyos. Creo haber escrito más arriba que sólo durante sus ausencias, al escapar el ascendiente de su atmósfera, he podido vislumbrar con cierta nitidez aspectos que, él presente, se diluían en la oscuridad donde los confinaba el resplandor de su entusiasmo. Si es así, lo repito. Hay cosas sobre las cuales no insistiré bastante, para que se comprenda bien el proceso que voy exponiendo: ésta es una; la otra es que *Los Ídolos* y su autor, al apoderarse enteramente de la personalidad de Gustavo, acentuaron, definieron en él un desequilibrio; pero en mi amigo debía latir, subyacente, ingénita, una tendencia al desequilibrio que tuvo en ese libro y en Sansilvestre su «fijación».

Observé que Gustavo me manifestaba en su carta, una vez más, que todo él iba, como empujado por una fuerza indescifrable, hacia el poeta de *Los Ídolos*, y mi voz agregó quedamente que él se había empeñado, desde muy joven, en contribuir a esa fuerza en lugar de combatirla, en dejarse devorar por ella, dándole así desembocadura a su innata vocación de «entrega», a su necesidad de «someterse» sin perder impulso, a su afán de imprimirle a su vida un sello.

Prosiguiendo la lectura y entrando ya en el «caso» propiamente dicho, me detuve a considerar la incógnita de Matilde Sansilvestre, que Gustavo planteaba también, al finalizar su carta, preguntándose qué pasaría entre esos personajes contradictorios. Destaqué la circunstancia de que su partida permitiera al poeta recibir a Gustavo para hablar con él cómodamente, según le dijo, y que su inopinado regreso pusiera brusco fin a la entrevista. Indudablemente, Matilde ejercía sobre él una especie de coacción, pero ¿de dónde procedía ésta?, ¿sólo del poder mayor de su temperamento?, ¿sería ella más fuerte que el autor de *Los Ídolos*? Costaba creerlo. Y ese evidente designio de sustraerlo a lo de afuera, ¿se habría expresado siempre o sería cosa de los últimos tiempos? En una palabra, el famoso aislamiento de Sansilvestre, ¿habría sido provocado por su mujer, impuesto por ella, o tendría otro motivo?

Correlacioné este orden de ideas con la alteración exagerada del poeta, cuando Gustavo opuso *Los Ídolos* a su estudio sobre Milton, no buscando con ello más que conservarles su lugar de primacía dentro de la obra de su autor. Reacción tan rara por lo arbitraria y lo violenta, no se defendía livianamente. En la raíz de su estallido había una sinrazón misteriosa. ¿Se vincularía ésta, acaso, con la enfermedad del espíritu de Lucio Sansilvestre, a la que su mujer había aludido más que mencionado en concreto, al despedirnos después de nuestra primera visita, y cuyo recuerdo estaba sin duda presente en el ánimo de Gustavo cuando me hablaba de la posibilidad de ideas fijas que cegaran a su maestro? Y esa enfermedad —fuese lo que fuese— ¿sería muy antigua?, ¿se debería a ella su retraimiento?, ¿sería por eso que prolongó una carrera que le permitió residir fuera de su patria, al amparo de cotidianos testigos, de tal

manera que si en alguna ocasión llegaban a su país rumores con ella relacionados, la distancia los apagara, quitándoles crédito? ¿La autoridad de Matilde se afirmaría en esa flaqueza?

La tesis era seductora. La examiné mientras el sol que agonizaba teñía los mármoles del Augusto, poblados de turistas que leían los Baedekers como devocionarios. Sí, lo más probable era que Sansilvestre fuera un enfermo; que hubiera enfermado después de la publicación de *Los Ídolos*. Por eso no publicó nada más. Por eso arrastró una vida mediocre de Nápoles a Barcelona y de Liverpool a Warwick, él, llamado a posiciones de otra jerarquía, en tanto que su obra anterior a ese mal oscuro, la única editada, la que ilumina una maravillosa lucidez poética, vivía por sí misma, aparte de su autor que no reconocía su grandeza excepcional. Pero a esta altura de mi soliloquio me percaté de que después de recibir la primera carta de Gustavo se me había ocurrido que el enfermo, el roído por una perturbación morbosa, era él, de suerte que en mí se producía una típica deformación profesional que me hacía ver enfermedades allí donde las causas de las reacciones anímicas no se presentaban con diáfana sencillez.

¿Y no estaría yo otorgándoles desmesurada importancia a episodios que no la tenían en verdad? ¿No sería yo quien «bordaba», en vez del inquieto pasajero del «Warwick Arms»? Mi amistad con Gustavo y lo que Gustavo simbolizaba para mí, ¿no maniobrarían a expensas mías como elementos magnificadores de todo el cuadro, a cuya distorsión quizás contribuiría también la primordial influencia que, por contagio de mi amigo, Sansilvestre había desplegado sobre una época ya lejana de mi vida?

Así me formulaba yo preguntas y preguntas en el atardecer de la Villa Adriana, suntuoso como un grabado de Piranesi. En Roma me aguardaban el doctor Herzberg, sus conferencias, la realidad. Entre tanto yo devanaba una bandeja enigmática, bajo los cipreses enlutados y los grandes pinos. Lo hacía por cariño hacia Gustavo y por distraerme, por armar un juego (¿no era ésa la palabra que Sansilvestre había empleado respecto a *Los Ídolos*: un juego?) que me apartara de las fatigas de un viaje ya largo, trabajoso, el cual pronto nos llevaría a Suecia, donde el doctor Herzberg desarrollaría un curso de verano de seis clases en la Universidad de Upsala. Claro que yo no sabía que detrás de ese juego estaba la muerte, la muerte que acechaba hacía exactamente doce años, desde que la tía Duma le regaló a Gustavo un libro de tapas rojas, inhallable; desde que yo le regalé el retrato de un hombre anguloso, de barba rubia, de pelo revuelto.

* * *

Poco antes de nuestra partida para Estocolmo llegó a mis manos, en Roma, la tercera carta de Gustavo. La atraviesa, vibrante, la euforia de su admiración por Sansilvestre. Alude en ella a mis respuestas, que yo elaboré cautamente, para no

incurrir en equivocaciones que pesaran sobre nuestra amistad, pero en las cuales deslicé, aquí y allá, algunos rápidos toques de alarma a los que me autorizaban, por otra parte, sus noticias.

«Estoy muy contento —me decía—, muy contento, porque el giro de los acontecimientos ha variado fundamentalmente. Mi relación con Sansilvestre avanza día a día y ha alcanzado a zonas de intimidad que nunca pensé entrever. Tengo la certidumbre de que nadie, desde la publicación de *Los Ídolos* (con excepción de su señora, pero, como comprenderás, el vínculo es muy diverso), ha estado tan cerca de su confianza como yo. El hielo se ha roto por fin. Han desaparecido las trabas que impedían que nos viéramos a menudo, que habláramos. El poeta y yo salimos ahora a pasear todas las tardes.

Sólo subsisten en nuestro trato dos tabúes; uno es de poca monta: yo no voy a su casa, y adivino que ello se debe a la antipatía de Matilde por mí; una antipatía que no me explico, pues he hecho cuanto de mí depende para serle agradable. De cualquier manera, Sansilvestre ha cortado por lo sano (no me lo ha dicho, pero lo deduzco de su actitud) y se ha impuesto. Así que hasta el insondable resentimiento de su mujer se transforma en un punto a mi favor, pues gracias a él valoro más el afecto de Sansilvestre y lo que para él voy significando, ya que el poeta no ha vacilado, a pesar de la irresolución que lo caracteriza, en arrostrar el enojo de Matilde, y eso, exclusivamente, por mí. El otro es más grave: en nuestras conversaciones no mencionamos a *Los Ídolos*. Existe un acuerdo tácito al respecto. Pero, como verás en esta carta, el mismo Sansilvestre se ha encargado de quebrar, en una ocasión, consigna tan rígida como inconcebible. A mí me duele cumplir con ella; sin embargo, es tanto lo que la presencia de Sansilvestre me da, que trato de resignarme, a la espera de un hecho favorable que modifique la caprichosa interdicción.

Salimos de excursión, pues, todas las tardes. Es un guía insustituible. Hasta por sus silencios. Hasta por eso que tiene de apoyarte levemente la mano en el hombro, cuando te señala un árbol, una estatua, la enseña de una hostería, y de hacerte sentir, más honda, su proximidad, para que compartas plenamente su emoción.

Su cojera, debida a una caída de caballo que se produjo hace años, no le permite caminar mucho; por ello he comprado para nuestras andanzas un automóvil, que yo mismo manejo.

Primero nos ocupamos de conocer bien a Warwick. Me ha llevado en varias oportunidades al castillo, a la colegiata de St. Mary's, al museo lleno de fósiles y de pájaros embalsamados, al Hospital del Conde de Leycester, donde hay un arco normando y he visto las espadas del último Rey de Polonia. Y luego hemos vagado por los alrededores, horas y horas, entre abadías y grandes casas de campo que asoman detrás de las verjas heráldicas, escoltados siempre por árboles inmemoriales y por la sombra de Shakespeare, que aquí se alza por doquier y te indica, en los recodos de la carretera, atisbos del “Sueño de una Noche de Verano”.

¡Qué sueño de tardes y tardes de verano es esto para mí! Lucio Sansilvestre no es

locuaz en el primer momento, pero después se desata, se libera, y entonces me habla suavemente y yo lo escucho, sin saber si estoy dormido o despierto, si es cierto o no que voy conduciendo un automóvil rumbo a Droitwich y a Alcester, que fundaron las legiones cesáreas, o rumbo a Stratford y a Bidford, y que a mi lado está el poeta de Los Ídolos, nuestro poeta, y que el poeta callado habla sólo para mí en un paisaje único, verde, gris, amarillo y azul, de piedra y de bosques y de prados que se mecen como un mar sereno. Las mariposas entran por la ventanilla; huye una liebre por el camino; nos metemos en una aldea y bebemos un jarro de cerveza, sin salir del coche, en un mesón que hubiera amado Falstaff. Y en esos lugares Sansilvestre evoca su adolescencia.

Casi siempre me habla de Juan Romano, el amigo que murió joven, y aunque sospecho que la imaginación del artista ha inventado, con el correr del tiempo, un ser ideal, porque no creo que haya existido nadie tan perfecto como el que me describe, me dejo llevar por su generoso ímpetu, y así a mi admiración por Sansilvestre se suma su admiración por Juan Romano, el del retrato sin rostro, que fue poeta también y que según Sansilvestre se me parecía tanto, que a veces, no sé si alucinado, me llama Juan. Y viajamos entre los olmos donde inopinadamente surge un cazador o un tocador de gaita, mezclando nuestras vehemencias felices, en un raptó al que ambos contribuimos, estimulándonos, porque yo le hablo de él y de mis veinte años, y esa exaltación no cesa ni cuando lo dejo en Mills Street. De noche siguen zumbando en mis oídos sus palabras, y su imagen y la de Juan Romano son sólo una para mí, como son sólo una para él mi imagen y la de su amigo muerto.

Pero otros días, en el momento supremo de nuestra comunicación, su embriaguez cae de improviso. Entonces sé que debo callar. Quizás lo sobrecoja la tristeza de una pérdida tan profunda y tan temprana. Es curioso, pero en esas ocasiones, cuando lo siento más cerca, siento igualmente que se me escurre y que hay en él vastos territorios esenciales que ignoro. Argüirás que no es posible penetrar en el alma de una persona, y menos en la de una persona de la calidad de Sansilvestre, en el curso de un mes o poco más de trato, pero no olvides que a este mes de conversaciones lo preceden muchos años de preparación. Lo peor es que no acierto a definir, a delimitar su misterio, si misterio hay.

Ayer, en Bidford, contemplábamos el Avon desde el puente de la Edad Media. Sansilvestre había enrejado los dedos sobre la cara y se volvió hacia mí, semi apoyado en la piedra venerable, como si me observara desde muy lejos... ¡qué sé yo! ... acaso desde una ventana de su infancia, a través de un patio de jazmines, allá, en nuestro país.

—Los Ídolos —me dijo de repente— son como este río. Su caudal se enriquece con todo lo que se refleja; con los castillos y las ciudades y los sauces y los cisnes; con los hombres del pasado y de hoy que se miraron en su corriente. Ya no podemos saber con exactitud cuál es el río, dónde está, dónde comienza él y dónde lo que le damos, porque nosotros somos el río también. A Los Ídolos —titubeó un segundo—

no los he escrito yo, ni nadie, ni Juan Romano, ni usted... me parece ahora que los hemos hecho entre todos, porque cada uno ha buscado algo en ellos y al buscarlo se los ha concedido sin darse cuenta, volcando su reflejo en ese fluir. Nadie ha escrito Los Ídolos. Alguien armó el telar; los demás tejieron encima.

Fue la primera ocasión (también la última) en que Lucio Sansilvestre se refirió espontáneamente a Los Ídolos delante de mí.

Yo no pude menos que responder, asombrado:

—Los Ídolos son suyos, maestro. Los tenemos gracias a usted. Lo que el lector aporte en cada caso, lo que haya aportado yo, que creo conocerlos, a muy poco asciende. Ellos son los inspiradores, los vivificantes. Esta tierra estaría seca si el Avon no pasara por aquí.

Sansilvestre se arrebuja en la esclavina.

—Vámonos —me pidió—, ya hace frío.

Se adelantó cojeando, como un pequeño Byron que tuviera la cabeza de Whitman, los ojos puros de Walt Whitman. Regresamos al coche sin decir palabra.

Pero cuando atravesamos Stratford-on-Avon, su buen humor puso fin a la tensión que reinaba entre nosotros. El poeta se echó a reír y exclamó:

—Shakespeare es estupendo. Ningún autor ha provocado un aluvión de libros tan considerable y todavía seguimos sin saber quién fue, qué hizo, quién escribió Shakespeare en realidad. Alguna vez me ha movido la tentación de encabezar un ensayo con este título: “Los condes muertos, en pos de sus obras completas”, y de mostrar a ese grupo de señores sofocados por los encajes y las good manners, el Conde de Oxford, Lord Derby, Lord Southampton, Lord Dudley, hasta el mismo Lord Bacon, peleándose por ser Shakespeare en el Infierno de los condes. ¡Qué ironía! Lo importante es que las obras de Shakespeare se hayan escrito. Lo importante son las obras. Lo demás...

Reí también ante el espectáculo de ese torneo de ultratumba estimulado por los eruditos.

—Probablemente —añadió— quien ha resuelto en el más allá que Shakespeare, el Shakespeare de Stratford-on-Avon, sea Shakespeare, es la Reina Elizabeth. Los verdaderos reyes continúan gobernando en el trasmundo. Ella debe haber impuesto su voluntad caprichosa para burlarse de los cortesanos. Los lores habían tenido mucho en vida: así que Shakespeare... fue Shakespeare.

—Pero alguno será realmente Shakespeare.

—Alguno... sí... y todos... ¿qué más da?

—Y el ensayo, ¿lo escribió?

—No. Yo no escribo nada.

—Pero Milton...

—Eso es distinto.

Y entonces tuvo uno de esos “toques”, una de esas sorpresas que maneja tan bien:

—Le voy a prestar mi manuscrito sobre Milton. No se lo he enseñado todavía a nadie. Quiero que usted lo lea.

¡Ay, ay, ay! ¿Me ves guiando el automóvil por las calles de Warwick, camino de Mills Street, y enterándome de que sobre mí recaería tan impensado honor? No sé cómo no solté el volante.

—Será —agregó— como si se lo prestara a Juan Romano.

Habíamos llegado delante de su casa y allí me separé de él. La señora nos acechó desde una ventana, como acostumbraba, pero no salió a la calle. ¿Qué me importa? ¿Qué me importa nada que no sea Lucio Sansilvestre, si cuando estás con él olvidas sus setenta años y sus achaques y el frío que lo estremece por momentos, porque detrás de su voz delgada oyes la otra voz, melodiosa, íntegra, la voz que dijo por primera vez los versos de *Los Ídolos*?»

* * *

—¿Ocultará todo esto —me pregunté— algo equívoco? ¿Ocultará algo que Gustavo no ve porque su entusiasmo lo ciega y le veda hasta imaginarlo?

Y la tenaz interrogación: ¿cómo será en verdad Lucio Sansilvestre?, volvió a resonar en mis oídos, pero esta vez, cosa de la cual Gustavo era incapaz, dividí a Sansilvestre de *Los Ídolos*, poniendo de un lado al hombre y del otro a la obra.

Ese hombre, ese viejo de carácter extraño, audaz y tímido, ¿cómo sería?, ¿qué buscaría en Gustavo para abrirle su intimidad tan pronto y entregarle sus manuscritos inalcanzables? ¿Cuál habría sido su relación con ese Juan Romano de su adolescencia que dejó en él huella tan honda, ese Juan Romano a quien había reencarnado, evidentemente, en mi amigo? El recelo de Matilde Sansilvestre, ¿tendría por origen una causa que yacía, solapada, en lo más oculto de la naturaleza de su marido?

Pero no bien me acosaron estas preguntas —cada carta de Gustavo alzaba interrogantes nuevos—, las combatí con vigor.

Gustavo es para Sansilvestre —me dije— lo que es para mí: una personificación de la adolescencia. El poeta halla en él lo que yo también encuentro: un paraíso perdido, radiante, tan lejano que nos parece que quienes lo habitaron fueron otras personas, más leves, más aéreas, personas que casi no rozaban el suelo al caminar. Y en cuanto a Juan Romano, probablemente será cierto lo que Gustavo piensa. Con el andar del tiempo, Sansilvestre ha depurado, decantado su memoria, hasta exaltarlo a la condición de ser ideal. Eso es Juan Romano para Lucio Sansilvestre: un ideal. Por eso «depende» tanto de él. Por eso «dependo» yo, a mi manera, de Gustavo y Gustavo «depende» del autor de *Los Ídolos*. Todos nos creamos ideales. Todos vamos tras ellos, cerrando los ojos a cuanto pueda probarnos que no existen.

No obstante, en el secreto fondo de mí mismo, en ese cuarto de Barba Azul al cual los argumentos lógicos no llegan, porque lo ilumina una luz distinta que no es la luz de la lógica sino otra quizás encendida por la sensibilidad vigilante, se refugió la

imagen turbadora del poeta y de mi amigo, riendo y soñando mientras el automóvil corría por las carreteras perfumadas del Warwickshire, y volviéndose a veces para mirarse.

Y aun allí pujé por introducirme, en el afán de que en mi ánimo no quedara ninguna espina, repitiéndome que Gustavo poseía sobrados méritos para interesar a un intelectual como Sansilvestre, a quien le brindaba, como un regalo magnífico, cuando el artista contaba ya setenta años y hacía cuarenta de la publicación de su libro único, una devoción ardiente, algo semejante a una brasa para que entibiara en ella sus viejas emociones ateridas.

Pero, para complicar el cuadro, para debilitar mi dialéctica, permanecía en pie la inverosímil actitud de Lucio Sansilvestre frente a *Los Ídolos*, su empeño en restarles valor, en postergarlos, en quitarle así al entusiasmo de su admirador, obligado a prescindir de un tema que los vinculaba tanto, la mágica fuerza de su comunicación espiritual.

* * *

Cuatro días después de nuestra llegada a Estocolmo —habíamos permanecido tres en Gotemburgo, donde hay un laborioso Instituto Iberoamericano— nuestro ministro ofreció un almuerzo en honor del Dr. Herzberg, a quien se citaba como un probable candidato futuro al Premio Nobel. En el momento en que entrábamos en el comedor, el consejo dijo:

—Acabo de leer en el «Svenska Dagblader» un telegrama lacónico con la noticia de la muerte de Lucio Sansilvestre en Inglaterra. Su automóvil cayó al río.

Mi impresión fue terrible. Nubláronseme los ojos y durante unos segundos no vi nada.

El Dr. Herzberg, que sabe que he estado con el poeta y conoce mi amistad por Gustavo, se me acercó con disimulo y, tomándome el brazo, me susurró al oído:

—Vamos, calma, no pierda la serenidad ahora. Ya veremos luego qué puede hacerse.

He atravesado en el curso de mi vida por alternativas realmente desagradables, pero nada, nada se comparará nunca con aquel almuerzo de la legación, en el que la cordialidad despreocupada de los comensales daba más relieve a mi escondida angustia.

Naturalmente, se habló en la mesa del autor de *Los Ídolos*, de la originalidad de su carácter, del singularísimo caso planteado por un escritor de primera línea que sólo ha publicado un libro durante su larga existencia. Yo los oía como si estuviera muy lejos, como si aquella reunión de gente amable en la que, sin motivo, estallaba la risa metálica de una mujer rubia, fuera una pesadilla. Ansiaba con desesperación que el almuerzo terminara, que nos levantáramos, que nos fuéramos de allí, y las bandejas se sucedían, con pescados, con salsas pintorescas, con fiambres, entre el ritual de los

brindis escandinavos.

Alguien mentó a José María de Heredia y su único libro, «Les Trophées». Otro arguyó que fuera de «Les Fleurs du Mal», Baudelaire no dio a la estampa ningún volumen de versos.

—Pero ha publicado otros libros —gritó la mujer rubia—... *let me see...* sobre el opio o las drogas... *or something...* ¡debió ser un hombre con quien no era fácil aburrirse!

La conversación giró cautelosamente hacia Baudelaire. Desde una de las cabeceras, el Dr. Herzberg me miraba:

—Y de la muerte de nuestro poeta —preguntó a la redonda—, ¿qué más se sabe?

—Eso es todo —contestó el consejero—; según el diario, iba en automóvil y su coche cayó al río. Tal vez una mala maniobra.

Hablaban ahora de los accidentes en las carreteras, del espanto de ese coche precipitado en el río, de la larga residencia de Sansilvestre en el extranjero. Y yo pensaba en Gustavo. Me sentía atrozmente solo. Hubiera querido echar a correr, ante la estupefacción de los médicos y los diplomáticos allí reunidos;irme corriendo al «Grand Hotel» y tumbarme en la cama a llorar. Porque estaba seguro de que Gustavo había muerto. De Gustavo nadie hablaba. Hablaban de *Los Ídolos*, y nuestros compatriotas se esforzaban por recordar una estrofa, un verso, para probar su cultura.

—Hay uno —dijo un industrial que nos acompañaba en el agasajo y que había comprado recientemente varios incunables, lo que a su entender lo incorporaba al mundo de la literatura—... uno dedicado a la muerte... ¿cómo es?... ¡qué memoria! ... también, ¡con tan poco tiempo para leer!... uno en el que compara a la muerte con un monstruo lleno de ojos... ¿o no es así?

No, no es así, no es así el Canto a la Muerte. Vi erguirse el poema, como una escultura, en la neblina que me rodeaba. Vi los cisnes que pasan por él, inmóviles las alas, silenciosos.

Lucio Sansilvestre había adivinado su muerte, porque sólo al Avon, río de cisnes, podía haber caído el coche de Gustavo. Y Gustavo, dentro. Gustavo, crispado en el volante. Gustavo muerto, muerto, aprisionado en el coche; Gustavo muerto en el fondo de ese río que me había parecido tan dulce, tan apacible, y que ahora se encrespaba, mitológico, en mi imaginación, y se revolvía con sus cisnes iracundos en torno de los dos ahogados. Ahogados los dos, los dos. Porque Gustavo me había escrito claramente que él había adquirido el automóvil; el automóvil era suyo; y salían de continuo a pasear por los alrededores de Warwick. ¡Gustavo, Gustavo!

El ministro se puso de pie. Nos encaminamos al salón. El Dr. Herzberg estuvo admirable:

—No olvide mi encargo —exclamó dirigiéndose a mí para que todos lo oyeran—; lo mejor será que se vaya enseguida.

Me dejaron partir sin protestar. Me habrán considerado un estúpido; durante el almuerzo, apenas probé bocado, apenas pronuncié una palabra.

El Dr. Herzberg entró más tarde en la habitación del hotel donde yo permanecía a oscuras:

—He enviado un telegrama a Londres, a la embajada, pidiendo detalles. Habrá que esperar la contestación.

Dos días transcurrieron, en los cuales no pensé en otra cosa, hasta en el Kungliga Teatern, al que no tuve más remedio que ir y en el cual, mientras las bailarinas vaporosas dibujaban las figuras de «Las Sílides», el prosenio se colmó para mí de cisnes crueles; hasta en la biblioteca de la Universidad de Upsala, donde cada libro que nos mostraba el bibliotecario, las Biblias célebres, los cancioneros, los pergaminos con miniaturas, se transmutaban para mí, no bien comenzaba a examinarlos, en *Los Ídolos* de Lucio Sansilvestre, en el libro de tapas rojas que Gustavo me había prestado en la clase de italiano, cuando éramos casi niños y creíamos que la vida no concluiría jamás.

Por fin llegó la respuesta de Londres, confirmando la muerte de Gustavo, que conducía el coche, y la caída del automóvil al Avon, cerca de Evesham. Nuestro gobierno repatriaría los restos de Lucio Sansilvestre y del joven escritor, su discípulo, que habían compartido el trágico desenlace.

El anonadamiento primero fue suplantado por la necesidad imperiosa de saber qué había sucedido, porque de inmediato se infiltró en mi ánimo, aterradora, la sospecha de que la solución simple —el volante que falla, la escasez de visibilidad en la noche, o lo que fuera— disfrazaba la verdad. Mi intuición alerta no cejó, hostigándome, repitiéndome que no, que no era tan sencillo, tan horriblemente sencillo, que detrás de esa apariencia afectadamente lógica, otra lógica se escondía, más profunda, algo que venía germinando hacía muchos años y que estaba metido, con su veneno, en las raíces de Gustavo y de Lucio Sansilvestre; y aunque me opuse a esas dudas sin base, ellas crecieron dentro de mí con la fuerza obstinada de los presentimientos.

A la mañana siguiente me entregaron en el «Grand Hotel» la última carta de mi amigo. Me había seguido de Warwick a Gotemburgo y de allí a Estocolmo. Eso explica la dilación con que la recibí. La he releído muchas veces. Es como si Gustavo me hablara, a través de ella, desde la muerte; como si Gustavo hubiera mudado su voz por otra, más dolorosa, por una de esas voces que parecen proyectadas por la sonoridad de las máscaras severas.

«Los cuadernos —probablemente los que entreví en la alacena el día en que me mostró el retrato de Juan Romano— estaban atados en un grueso envoltorio que llevaba afuera la anotación: “El Universo de Milton.” Los traje a mi cuarto en el “Warwick Arms”, y como disponía de una hora antes de comer, abrí el paquete pues ardía en deseos de verlos, de tocarlos, de deslizar mis dedos sobre las líneas escritas por Sansilvestre, allí donde su pluma había corrido o se había detenido siguiendo las alternativas de su inspiración.

Son muchos. Los colma la letra apretada del poeta. En algunos, de tan viejos, la

tinta se puso amarilla; en otros se advierte la nueva escritura. Aquí y allá, la variación en la intensidad de las tintas, su cambio de color y hasta la modificación en la letra impuesta por los años, indican que Sansilvestre ha vuelto a menudo sobre su manuscrito.

La lectura me tomará por lo menos una semana. Por ahora no he hecho más que hojearlos y atisbar la sucesión de los capítulos: “Formación clásica de Milton”; “Milton, Dante y Virgilio”; “Grandeza del ‘Paradise Regained’”; “Chateaubriand frente al ‘Paradise Lost’”, etcétera, que se siguen en los cientos y cientos de páginas. Se nota, a primera vista, que falta una coordinación del inmenso material acumulado. Seguramente su autor estará empeñado en ella.

Te darás cuenta enseguida, pues conoces mis gustos, que una expresión intelectual como ésta no es lo que puede atraerme más en el poeta de Los Ídolos, pero de todos modos valorarás la emoción casi religiosa con que me incliné sobre su trabajo. Carezco de preparación para juzgarlo, pero no para sentir eso, más sutil que los intercambios en el plano erudito, que proyecta una obra plásticamente concebida sobre alguien que aguarda su mensaje con impaciente urgencia. Mi emoción es tal, ante el privilegio que se me otorga esta noche, que antes de descender al comedor he querido comunicártela, y por eso te escribo estas líneas sobre la misma mesa donde se amontonan los manuscritos de Lucio Sansilvestre.

¡Piénsalo, amigo mío, piénsalo!, ¿estaré soñando?, ¿será cierto que el quimérico Sansilvestre de nuestros dieciocho años, oculto a insalvable distancia de todos, no sólo está a mi alcance cotidianamente, con familiar condescendencia, sino que ahora ha puesto en mis manos, él, el ermitaño, el intocable, una obra suya que no habrá visto nadie más que yo?

Hoy, martes.

Sigo estas líneas alterado por una sospecha tan grave que no sé si acertaré a formularla. Sólo a ti y a nadie más que a ti me animo a transmitirla. Tiemblo mientras te la escribo y no sé si conseguiré llegar al final de esta carta que me repugna escribir y que sin embargo debo enviarte.

Anoche, después de comer, volví a mi dormitorio. Encendí la lámpara sobre la mesa, e inicié la lectura. Estoy tan perturbado ahora por lo que pasó después, que no podría repetir con exactitud qué he leído. Recuerdo únicamente que durante media hora me enfrasqué en un cuaderno dedicado a mostrar cómo se conjugan en Milton las influencias del renacimiento con las puritanas. El tema no me apasionaba especialmente, acaso por la aridez de la prosa que supuse voluntaria: por lo menos no me apasionaba tanto como mi situación única con relación al autor de esas páginas, así que al cabo de un rato, tal vez por gustar más agudamente, acariciándola, lo que esa situación implicaba para mí, en el instante en que culminaba por la presencia de los manuscritos en mi cuarto, hice de lado el

cuaderno y comencé a pasar uno a uno los librillos que integraban la pila, deteniéndome a observarlos, a palparlos lentamente, como si bastara el contacto para acercarme más a su contenido y al hombre venerado que le había dado vida. Desfilaron así, delante de mis ojos, cuadernos y cuadernos, cada uno con su título, que a veces se reproducía en varios.

De repente, en la sucesión de carátulas con temas alusivos a Milton, apareció una rotulada así: “Poemas de Lucio Sansilvestre.” Me estremecí. Si alguien hubiera entrado en ese instante, hubiera pensado que me iba a sentir mal, porque yo mismo, sin verme, comprendí que me había puesto lívido. Debajo de la inscripción hay una fecha: 1911. Abrí la tapa temblando e hice correr las hojas bajo mis manos febriles; treinta, cuarenta hojas llenas de versos y versos escritos con la letra de Sansilvestre; de versos y versos de Lucio Sansilvestre, con supresiones, con enmiendas, con estrofas enteras cambiadas. ¡Un libro de Lucio Sansilvestre que no es Los Ídolos! ¡Otro libro de versos de la misma época, pues Los Ídolos se publicaron en 1908 y los desconocidos poemas que yo había descubierto dentro del cuerpo de estudios consagrados a Milton son de 1911, de tres años más tarde!

¡Ay, si mi excitación fue grande al contemplar los manuscritos sobre el autor del “Paraíso Perdido”, ella se multiplicó, trocada en algo totalmente distinto y que me conmovía infinitamente más, cuando hallé el cuaderno de poemas que sin duda un azar había deslizado allí quién sabe en qué momento! ¡Otro libro de versos de Lucio Sansilvestre, traído por la casualidad a mis manos!

¿Por la casualidad? Y —sólo entonces se me ocurrió pensar en ello, pues hasta ese segundo me había cegado el tesoro—, ¿si no fuera por la casualidad?, ¿si el propio Sansilvestre lo hubiera colocado allí, como una fantástica sorpresa?, ¿si en realidad todo el vasto texto de “El Universo de Milton”, destinado a otro género de lectores, no fuera más que un enorme estuche que escondía en su seno para mí, sólo para mí, esa perla rara?

Empecé a leer con una nerviosidad que me empujaba de estrofa en estrofa, azuzándome. Son poemas de amor. En el quinto me detuve, confundido, y volví atrás, a rehacer la lectura con calma, a fin de saborearlos. Y mi confusión creció.

Anoche leí los quince poemas de amor que forman el pequeño libro. Los leí varias veces; los medité; torné a leerlos con cuidado; porque no dormí. Y —tuve que reanudar y reanudar la lectura, diciendo los versos en voz alta, para convencerme— no hallé en ellos nada que recuerde a nuestro gran Lucio Sansilvestre y su estupenda inspiración. Nada. ¿Entiendes? Nada, nada. Al comprobarlo sentí que en mí se producía una especie de vértigo. Busqué a Sansilvestre, primero con sorpresa, luego con desesperación, a lo largo de las estrofas, sin ubicarlo. Mi Lucio Sansilvestre, el tuyo, el nuestro, no está ahí, en esos versos tan trabajosamente logrados según se echa de ver por las correcciones. Es inútil pretender engañarse: no está.

Esta mañana he vuelto a leerlos con similar resultado. Nadie conoce a Los Ídolos como yo, y las composiciones que firma Lucio Sansilvestre y que, por la anotación de

la tapa, habrían sido hechas tres años después de la publicación de Los Ídolos, no recuerdan a ninguno de los noventa y seis poemas de Los Ídolos, nunca. ¿Entiendes, entiendes? Nunca.

Sé muy bien que un autor puede variar fundamentalmente en el curso de tres años y dar a la estampa un libro que parezca escrito por otra mano (eso es: que “parezca” escrito), pero hay algo, en la calidad, en la esencia, que no cambiará, si el escritor, como en el caso del maestro de Los Ídolos, es un gran escritor auténtico. Y eso, esa cosa de la raíz poética, que en Los Ídolos se manifiesta con fecundidad tan generosa, falta totalmente en el manuscrito ignorado. No me equivoco; te aseguro que no me equivoco. Ninguno más deseoso que yo de admirarlos, de recoger en ellos la maravillosa emoción del soneto a la Noche, de “La hiedra”, de “La casa”, de los ocho sonetos de amor de Los Ídolos. No he conseguido admirarlos, porque en ellos no hay nada que admirar; porque ni su estructura, ni sus imágenes, ni sus temas son más que mediocres; eso: mediocres. Comprenderás lo que me cuesta estampar esta palabra dura. Lo hago conscientemente, después de reflexionar, de pesar lo que digo. Y sufro al hacerlo.

¿Qué habrá pasado, Dios mío, qué habrá pasado? ¿Puede un artista extraviarse así? ¿Pueden dos obras tan diametralmente dispares ser fruto de la misma inteligencia, del mismo poder creador, cuando una deslumbra con su riqueza, y la otra... la otra, a pesar del ropaje fastuoso (o a causa de él quizá, porque el oropel enseguida se advierte), es hueca, pobre, nimia? Y es estéril, estéril afanarse por disimularlo: los versos escritos por Lucio Sansilvestre en 1911 son pobres, son débiles, son nada. Nada, nada. No hay manera de situarlos junto a la nobleza majestuosa de Los Ídolos, junto a la originalidad de su elegancia. No hay manera.

A medida que transcurrían las horas, germinó en mi espíritu una idea que deseché al principio, azorado, pero que poco a poco fue apoderándose de mí con uñas y dientes, hasta que no me quedó más remedio que encararme con ella, pues no me daba reposo y, diminuta primero, encogida, terminó por invadirme y sofocarme, como una planta monstruosa que trepara dentro de mí, destruyendo, destruyendo.

¿Será —me pregunté— que una de las dos obras no es suya?

Me puse a caminar por mi cuarto, mientras las estrellas se apagaban en el cielo de Warwick, sobre el castillo. Y la pregunta me rondaba, como un ser viviente que se hubiera metido en mi habitación y que me acompañara en el alucinado paseo, de la ventana a la mesa y a su cuaderno obsesionante, y de allí una vez más a la ventana.

¿Será que una de las dos obras no es suya? Y en ese caso, ¿cuál? Eso es lo que en este instante, en la soledad de mi cuarto, me aterra. ¿Cuál, cuál? ¿Cómo no va a ser suya una obra que lleva su firma, que está escrita con la misma letra de un larguísimo trabajo sobre Milton indudablemente suyo? ¿Entonces... Los Ídolos... Los Ídolos de Lucio Sansilvestre...?

Toda la mañana he cavilado con el libro puesto sobre las rodillas. Estoy exhausto. En lapso tan breve he pasado de la euforia con que desanudé el envoltorio

y con que descubrí los versos, a la más penosa ansiedad.

Por fin, aunque he querido rechazarlos, se han presentado, encadenándose, los argumentos que me inducen no ya a sospechar sino a creer que Los Ídolos no han sido escritos por Lucio Sansilvestre. ¿Percibes la enormidad de lo que te digo? ¿Repercute en ti, allá, en Suecia? Me dejaste en plena locura entusiasta por un escritor que colma mi vida y que, excepcionalmente, me brindó su amistad, y ahora soy yo, yo mismo, Gustavo, el que te dice que ese escritor no puede ser el autor de su libro famoso, un libro sobre el cual yo, Gustavo, sé más que nadie, más que los preparadores de monografías, más que los críticos y estetas, más que el profesor Von Engelbrechten, de la Universidad de Jena, que acaba de dedicarle un volumen de cuatrocientas páginas.

¿Abarcas la consternación con que me he rendido a la evidencia; el pavor con que a ella me he asomado y he caído en su despeñadero desde el aislamiento del “Warwick Arms”, sintiéndome sacrílego?

Pero ahí están sus versos, los positivamente suyos; y ahí están los indicios que se enlazan, vigorizándose entre sí. Los he enumerado, pesándolos, valorándolos, esforzándome por disminuir su certidumbre, por hallar una salida a esta calle negra; y me aprisionan dentro de su malla invencible.

Primero está el hecho, que ha suscitado tantas discusiones, de que Lucio Sansilvestre haya publicado sólo ese libro. Si hubiera compuesto otros de la misma calidad o por lo menos de la misma línea, ¿por qué no darlos al público, como dio el que asombra unánimemente por su belleza? En cambio, si Los Ídolos no fuera suyo, si Sansilvestre careciera de la fuente que lo originó, se guardaría bien de publicar nada más —como ha hecho— por temor de que se advirtiera el fraude, pues él mismo, autor de los poemas de 1911, debe apreciar la fabulosa distancia que media entre ellos y Los Ídolos y saber que es imposible atribuirlos a la misma mano.

Fíjate que toda la existencia de Sansilvestre, toda su comentada excentricidad, quedaría aclarada con esta clave. Se explicaría su alejamiento de la patria que lo admira, de cuantos lo admiran, como una autodefensa, para no enfrentarse, para impedir cotejos. No vale entonces lo que más arriba te dije, antes del hallazgo que me quema los dedos: el cuaderno ha llegado a mí por azar, dentro del manuscrito de Milton. Nada lo hubiera inducido a Sansilvestre a ponerlo allí. La casualidad lo ha traicionado a él, que voluntariamente no se hubiera traicionado nunca y hubiera seguido adelante, manteniendo su culto falso a fuerza de silencio, a fuerza de ser invisible.

Y eso explicaría la actitud de su mujer, al tratar por todos los medios de confinarlo, de no permitir que nadie se acerque a él. Porque ella sabe la verdad; ella tiene que saberla; de ahí deriva su extraño dominio sobre Sansilvestre. Es su protectora, su sacerdotisa. Protegiéndolo se protege a sí misma también, a su casa, de la angustia de una situación que acecha sin cesar y que cualquier día puede derribar a la estatua de su pedestal altísimo. Es su protectora y su dueña; la dueña

del autor de Los Ídolos, del hombre ilustre.

¡Qué horror!, ¿te das cuenta?; ¿observas cómo se va armando el cuadro siniestro en uno de cuyos ángulos se disimula un hombre sin rostro? ¿Sin rostro?, ¿sin rostro digo? Juan Romano, el poeta muerto, carece de rostro en la fotografía que se guarda bajo llave en una alacena de Mills Street.

¿Ves cómo se confirma la peregrina tesis que voy demostrando, si recuerdas a Sansilvestre impidiendo mis alusiones a Los Ídolos, escamoteándome Los Ídolos en la conversación, porque Los Ídolos son su remordimiento y en realidad lo espantan? ¿Lo oyes, cuando estábamos reclinados en el parapeto del puente de Bidford, declararme, como quien hace una broma que en realidad encierra una verdad terrible, que a Los Ídolos no los ha escrito nadie, que todos los hemos escrito, para justificarse así, con una frase, al pasar? ¿Y lo oyes después hablar de Shakespeare y recalcar que lo importante es que las obras se escriban y no que sean de tal conde o de tal lord o del modesto personaje de Stratford-on-Avon? ¿Me sigues? Su delito sería el de Shakespeare. Pero en Shakespeare no hay culpa, pues en el peor de los casos su nombre no representa más que un seudónimo. Mientras que aquí no, aquí no. Él es Lucio Sansilvestre, y Lucio Sansilvestre, a mi entender y al de cualquier persona que razone este problema con serenidad, no puede haber escrito Los Ídolos. Antes pudo haberlos escrito su amigo muerto, Juan Romano, el sin rostro, de quien nada sé.

En eso estriba el secreto de Lucio Sansilvestre, su misterio que hemos rozado en el aire, como una emanación de niebla, que no podíamos, que nadie podía comprender. Pero ahora se disipa la bruma. Los quince poemas del cuaderno no hacen más que completar, con definitivo toque, el cuadro que acabo de exponerte. Era lo que faltaba. He partido de ellos para arribar a esta conclusión cuando, si hubiera procedido con calma, si Los Ídolos no me hubieran cegado durante tanto tiempo y también el encanto personal de Sansilvestre, que existe (aunque ahora no sé qué parte de esa atracción es sólo suya y cuál un reflejo del libro inmortal), hubiera debido actuar a la inversa y, de etapa en etapa, llegar a los poemas que prueban que Los Ídolos no son suyos y que me aguardaban en su escondite de Mills Street.

Hoy hablaré claramente con él. Esta tarde iremos a Evesham. Estoy desesperado, desesperado. Que no te engañe la impavidez con que he desenredado la madeja. Es mucho lo que pierdo. Y no tengo a quién recurrir. Se derrumba ante mí la estatua protegida por la casita de Warwick, detrás de las murallas del castillo, la estatua cuyos pies de barro he visto sólo yo.

Y lo burlesco es que el Destino haya escogido, para que testimonie el derrumbamiento, precisamente a aquel que más se ejerció, con ingenuo celo, en el culto de la imagen apócrifa. Tal vez eso tenga también un significado compensador. ¡Cómo quisiera que estuvieras aquí, para que me aconsejaras! Hoy mismo debo hablar con él y devolverle los poemas acusadores. ¡Si pudiera borrarlos, suprimirlos! ¡Si despertara ahora y todo hubiera sido un mal sueño y mi ilusión

siguiera donde estaba! Pero los poemas continúan sobre mi mesa, y en torno flotan las imágenes que ellos despertaron.

Los Ídolos reinan como siempre, intactos, sobre mi corazón, encendidos con todas las lámparas de oro. Sobre ellos cae una sombra injusta que debo conjurar. Y ya estoy infinitamente triste y no sé qué va a ser de Lucio Sansilvestre y tampoco sé qué va a ser de mí después de esa conversación.»

* * *

Así se cierra el ciclo breve y singular de la vida de Gustavo, mi amigo. Se ha cumplido su destino, más extraño, si cabe, que el de Lucio Sansilvestre. De sus cartas, de sus conversaciones, se deduce que vivió para *Los Ídolos*; quizás haya que deducir también que murió por ellos. Porque ahora pisamos el resbaladizo terreno de las conjeturas, dentro del cual, con sólo modificar un poco la dirección de los argumentos, varían fundamentalmente los resultados.

He meditado a menudo sobre qué habrá acontecido la noche de Evesham. Recorriendo la última carta de Gustavo y las que me envió desde Warwick, he tratado de aproximarme a la zona sin ruidos en la que tal vez lograron la paz que anhelaban, el viejo poeta de barba fina y el muchacho de dorada piel. He dado vueltas y vueltas al enigma, durante los largos días de viaje de regreso a la patria, mientras copiaba mecánicamente los apuntes de mi maestro el Dr. Herzberg sobre tuberculosis cardioaórtica. Frente al mar ha madurado en mí, junto a la amargura de haber perdido para siempre al ser que más quise, la angustia de ignorar por qué se ha ido, aunque intuyo que hay en su destino, desde el primer momento hasta el final, hasta el segundo decisivo en que su coche se precipitó en el Avon, matándolos a él y a Lucio Sansilvestre, una lógica, una armonía, la armonía de una curva exacta.

Uno de los puntos que más dudosos me parecen en este proceso, es la rapidez con que Gustavo se convenció de que Sansilvestre no es el autor de *Los Ídolos*, fundándose para ello en los quince poemas de 1911 que descubrió en el manuscrito sobre Milton y que pueden o no haber sido colocados ahí expresamente, para que los hallara, por el propio poeta.

Es como si Gustavo, ciego, hubiera quemado lo que adoraba en una pira que ardió con instantáneo crepitar.

Y enseguida surge el interrogante: ¿no estaría Gustavo «predispuesto» en contra de Sansilvestre cuando me escribía? ¿No habrá sucedido algo que mudó su devoción en acritud, que cambió al aliado en enemigo? Y si es así, ¿qué fue? ¿Habrá que volver a la idea por mí descartada de que hubo un matiz equívoco en el súbito afecto de Sansilvestre por él? ¿Debemos calcular, avanzando por esta huella, que Gustavo no se dio cuenta de que lo iba envolviendo una ambigua penumbra, hasta que el poeta le confió su manuscrito, porque éste encerraba la evidencia de un sentimiento que mi amigo comprendió sólo entonces? ¿Sería ése el auténtico secreto de Lucio

Sansilvestre, y no el otro, el que con la paternidad de *Los Ídolos* se asocia?

Si seguimos este orden de deducciones, ellas se escalonan también, y explican, por ejemplo, el encono de Matilde frente a Gustavo; los encuentros de Sansilvestre con su discípulo fuera de su casa; la ocultación por el poeta del retrato de Juan Romano, al llegar imprevistamente su esposa a Mills Street; su insistencia en la semejanza que vinculaba a Gustavo con el amigo predilecto. Sin apartarnos de este rumbo, cabría suponer que Sansilvestre deslizó a propósito ese cuaderno, esos quince apasionados poemas, en el envoltorio que contenía su estudio sobre el creador del «Paradise Lost». Y suponer algo más; que esos quince poemas son actuales, escritos ahora, para Gustavo, a pesar de la fecha que los acompaña, la cual no tiene más alcance que el de uno de esos antifaces apenas alegóricos que las máscaras se ciñen por travesura.

En ese caso, dos caminos practicables se bifurcan delante de quien analiza los hechos. Uno lo conducirá a la consecuencia de que, cuarenta años después de *Los Ídolos*, Sansilvestre, su autor, pudo haber agotado su don poético, como tantas veces sucede, y que Gustavo, al topar con esa producción nueva pero fingidamente contemporánea de los versos maravillosos, no reconoció en ella al artista espléndido, lo que le bastó para negar que perteneciera al creador de *Los Ídolos* y, ya ofuscado, para negar que *Los Ídolos* hubieran sido compuestos por la misma mano. Lo hizo, si siguió esa ruta, sin sospechar siquiera que él era el inspirador de los versos, y teniendo en cuenta únicamente su desmedrada valía.

El otro camino nos dirige hacia la conclusión de que Gustavo discernió que los poemas le estaban dedicados, porque era imposible no verlo, y en ese caso, excluyendo su jerarquía poética, que pudo ser digna de *Los Ídolos* pero que no consideró, turbado por la revelación inesperada, los rechazó con espanto, no registrando en la emoción que en él suscitaban ningún parentesco con la que promovieron durante doce años los cantos de *Los Ídolos*.

Pero si abandonamos estas sendas oscuras y nos atenemos estrictamente a lo que Gustavo expresa en su carta, también es factible que su sensibilidad de avezado catador haya percibido enseguida, con el apoyo de los indicios que invocan, que *Los Ídolos* no pudieron ser escritos por Lucio Sansilvestre. Y hasta esto, más raro todavía, es factible: que la obsesión de *Los Ídolos* haya terminado por corroer el espíritu de Gustavo, a través de tantos años de trabajo lento, y que esa noche del «Warwick Arms», con la excitación producida por el manuscrito, por el contacto alcanzado con lo más íntimo de Sansilvestre, su manía de obseso haya hecho crisis, y entonces no haya reconocido en los versos del legajo la calidad, la expresión de *Los Ídolos*, a pesar de que esas condiciones estaban presentes en ellos, quizá mejor que nunca, porque su obsesión le nublaba la mente y le impedía considerar a nada equiparable con *Los Ídolos*, de tal suerte que, ya en el pleno extravío —y con una lógica de maniático cuya única falla es el punto de partida— levantó pieza a pieza su loca acusación.

Cualquiera de estas distintas alternativas que entrañan, siempre, una desilusión profunda, nos guían al horror de sus postreros instantes. Al recapacitar sobre ellos, es justo que pensemos que la muerte de los dos escritores pudo producirse accidentalmente, mas, no bien recordamos su nerviosidad malsana y las circunstancias que precedieron a su trágico fin, difícil resulta convencerse de que éste se debió a la casualidad.

¿Qué habrá pasado en Evesham? ¿Qué le habrá dicho Gustavo a Lucio Sansilvestre? ¿Provocó mi amigo su muerte por una causa tan absurda como la decepción nacida de unos versos que no juzgó del nivel de *Los Ídolos*? No. Me resisto a creerlo. A menos, como he pensado ya, que Gustavo hubiera concluido por enloquecer, porque su extravagante entusiasmo por *Los Ídolos*, al que ofrendó su vida, debía desembocar en la locura.

¿O fue Sansilvestre quien precipitó el fin de los dos, al enterarse de que Gustavo había dado con la clave de la superchería? Imaginemos entonces que los poemas se habían incorporado a los cuadernos de Milton *por azar*, que Gustavo le echó en cara al anciano, francamente, todo lo que en su carta me dice; y que Sansilvestre, frenético de rabia o de desesperación al verse desenmascarado, o porque sabía que Gustavo se alejaría para siempre de él, torció el volante hacia el Avon.

O imaginemos que no hubo en su actitud hacia Gustavo nada que transgrediera los límites de una relación literaria y de una afectuosa simpatía, cosa muy probable. Sansilvestre, que no escribió *Los Ídolos*, que conservó su precioso manuscrito, ignorado de todos, después de la muerte de Juan Romano (siempre que éste haya sido su real autor), cedió a la tentación de darlos a la stampa bajo su nombre y así aparecieron. Nunca vislumbró que su repercusión sería tan enorme, y desde entonces vivió, en el curso de una larga existencia, torturado por el delito que lo redujo a terrible esclavitud. Siguió escribiendo, pero jamás osó imprimir ni mostrar nada. A su lado vigilaba su mujer. Sansilvestre, al explicarle a Gustavo el carácter de Matilde, le dijo entre otras cosas que era leal. Sí: leal como el perro que cuida al prisionero. Hasta que un día se presentó en Warwick un muchacho que materializaba, para el poeta, la admiración unánime levantada por *Los Ídolos*. Y el destino burlón, sacrificando a Gustavo para castigar a Sansilvestre, combinó que ese muchacho se pareciera extraordinariamente a Juan Romano. Entonces Sansilvestre se propuso conquistarle; quiso ser admirado, por lo menos una vez, por sí mismo y no por el pedestal en el que lo había afirmado la obra de otro. Sería su desquite y su reconciliación. Sería también la forma de que Juan Romano, reencarnado en este ser fervoroso venido de muy lejos, lo perdonara desde más allá de la vida. Por boca de Gustavo, Juan Romano le diría: lo tuyo es digno de mí, es digno de *Los Ídolos*; *Los Ídolos* te pertenecen por fin; los has ganado. ¡Qué peregrina incitación! ¡Qué oportunidad única de respirar el aire libre! De ser así, no se mezcló en su posición frente a Gustavo ningún sentimiento de otra índole; sólo lo impulsó un ansia inmensa por recuperar su personalidad sofocada. Y puso entre los cuadernos miltonianos sus

quince poemas de amor, escritos ahora o en 1911, poco importa. Pero en el coche, cuando Gustavo le devolvió sus versos, advirtió de inmediato en el rostro de mi amigo que el perdón no llegaría jamás; que hasta el término de su doble existencia debería arrastrar la cadena que lo ligaba al duro bloque marmóreo de *Los Ídolos*; la cadena que había forjado él, eslabón a eslabón, con su culpa. Y no tuvo energías para seguir adelante. No tuvo energías para mirar a la verdad, en la calle, en los diarios, ante la justicia de los hombres; ni tampoco para continuar fingiendo, ahora que poseía la definitiva prueba de que, por más que trabajara, *Los Ídolos* no serían suyos nunca.

Y el automóvil cayó al Avon, al anochecer, en Evesham, entre un aleteo de amedrentados cisnes que, hasta el último instante, proyectaron sobre su pavor las sombras blancas de *Los Ídolos*, de esos *Ídolos* cuyo autor anunció el fin tremendo del falsario, con lucidez profética, cuarenta años atrás, en el Canto de la Muerte por el cual pasan los cisnes fúnebres.

¿Qué pensar de todo esto? ¿Sabremos algún día la verdad? ¿Fue Lucio Sansilvestre quien alzó, piedra a piedra, el edificio de *Los Ídolos* perfectos? ¿Qué sintió por Gustavo, durante el mes de comunión feliz que los llevó por las carreteras del Warwickshire, donde la muerte, inverosímil en la comarca de las hadas y de Shakespeare, volaba detrás de ellos en el viento que hacía ondular los árboles? Y Gustavo, ¿qué sintió, qué puerta prohibida empujó, en el silencio de la hostería provinciana, cuando abrió el cuaderno que yace en el fondo del Avon, eternamente borrado?

Quisiera que estas memorias no vieran nunca la luz. *Los Ídolos* proseguirán su marcha majestuosa. Las generaciones se acercarán a su ramaje denso de pájaros que a cada una le concederá su fruto y su flor. Pero mi amigo ya no es más, y mi adolescencia, desgarrada de mí, fluye debajo del agua, lejos del suelo donde vivo, entre las márgenes tranquilas del Avon, enriqueciendo su caudal, porque, como dijo Lucio Sansilvestre, no podemos saber con exactitud cuál es el río, dónde comienza, y nosotros somos el río también.

II

DUMA

He releído ahora, dos años después de escribirlas, las memorias en las cuales consigné cuanto conozco acerca de la historia de *Los Ídolos* y del vínculo final que condujo a Lucio Sansilvestre y a Gustavo a morir en el Avon. Y he pensado que para contribuir a justificar la desconcertante actitud de mi amigo y a comprender el hechizo que gobernó su existencia, debo esforzarme por reproducir la singular atmósfera que envolvió su vida, el medio en el cual creció y en el que la «rareza» adquiría proporciones lógicas y se estimulaba, pues era allí una especie de común denominador, un rasgo de parentesco, un lazo más que unió a los de su sangre, y que ellos cuidaban y mimaban como si cada nuevo aporte de «rareza» enriqueciera la personalidad de su casa, a la manera de los nobles antiguos que con cada nueva alianza añadían un cuartel a su escudo y reafirmaban sus prerrogativas multiplicando las hidras y los dragones.

El conocimiento de los seres que lo rodearon ayudará a entender la obsesión de Gustavo. Formaba parte de una familia cuyos miembros más característicos se habían elaborado, como insectos tenaces, sus propios mundos orgullosos, los cuales los aislaban de la realidad verdadera y los hacían vivir de sí mismos, asegurándoles una originalidad que ante todo era hija del privilegio que comporta la opulenta clausura. Sólo ante la tía Duma deponían sus celosos derechos. La tía Duma, la que le regaló *Los Ídolos* a Gustavo, reinó sobre la familia, sobre sus distintos mundos, que ante ella se abrían y rendían su arrogancia como ciudadelas cuyas secretas entradas no podían ocultársele. Más aún que el influjo de su personalidad, el imperio de su leyenda sojuzgaba a los miembros del clan aristocrático: esa leyenda que Duma arrastraba por las salas de su dinastía como si fuera la inmensa cola de un traje de corte, y que hasta el fin de su existencia no dejó de acompañarla ni un instante, rumorosa, crujiente.

He resuelto, pues, consagrar unas páginas más a referir lo que sé sobre la tía Duma, porque me parece que con ello aclararé ciertos aspectos del carácter de Gustavo. Son cosas que me han contado o que yo mismo pude observar, y que he ido hilvanando luego, colmando bien o mal con mis deducciones las ignoradas zonas, hasta componer un retrato de la curiosa anciana que, como el que de ella pintó Philibert Chénier en la plenitud de su belleza, si tiene partes terminadas con minucia tiene otras en las que se notará la inconsistencia del esbozo.

Y ahora, al incorporar estas páginas a las que dediqué a *Los Ídolos*, ya señaladas levísimamente por la primera pátina del tiempo, debo confesarme, si quiero ser tan sincero conmigo como siempre, que el auténtico móvil que me impulsó a escribirlas ha sido el de reanudar, más allá de la muerte, mi interrumpido diálogo con Gustavo, y regresar así con la imaginación a la época más feliz de mi vida.

Vi por primera vez a la tía Duma en el verano de 1934, un día de mucho calor.

El año anterior —yo tenía a la sazón trece— conocí a Gustavo en el colegio. Nuestra amistad fue inmediata, y al llegar las vacaciones me invitó a pasar un mes en una de las estancias de su familia. Mi madre me autorizó enseguida, impulsada, supongo yo, por las grandes esperanzas que para mi futuro le hizo alimentar la relación íntima con gentes cuyo nombre no se pronunciaba entre nosotros sin paladearlo un segundo, como si sus sílabas dejaran en los labios un sabor distinto. Ya había muerto mi padre, y la circunstancia de ser yo el hijo único de una viuda, como Gustavo, parecía crear entre nosotros un vínculo más. Pero yo, a causa precisamente de mi orfandad, era muy pobre, mientras que Gustavo, por la misma razón, era muy rico, y así como su viudez había significado para mi madre un verdadero enclaustramiento, para la de Gustavo había sido la iniciación de una existencia brillante, libre de las trabas que le impuso un marido enfermo a quien las sospechas devoraban de continuo en su cama enorme. En esa cama la había torturado, sin hablar, encendidos los ojos crueles en una agitación de almohadas y de cortinajes. Desde ella la llamaba a cada instante, sacudiendo la campanilla de plata cuyos gritos estremecían la casa fastuosa. El recuerdo de aquellos tiempos desgraciados se diluía ahora en la dulzura de un presente de envidiable plenitud. Sólo alguna vez, si un rápido campanileo la sorprendía cuando se echaba en su *chaise-longue* a fantasear, o si, visitando una casa, entraba de repente en un cuarto al que presidía un lecho negro de altas columnas, la mirada de miedo volvía fugazmente a sus ojos claros.

Pero de estas cosas me enteré más tarde. En la época que evoco —la de mi viaje a la estancia— yo no sabía casi nada de la familia de Gustavo. La conocía, naturalmente, «en globo», como a una entidad famosa —ignoraba con exactitud por qué— desde los tiempos iniciales de la República. Después fui percibiendo que su prestigio se afirmaba no tanto en la actuación histórica (que era una especie de tapiz de fondo con doradas figuras de gobernantes y guerreros), como en la persistencia excepcional de una fortuna que difundía su nombre en grandes fundaciones caritativas, en plazas y en estaciones de ferrocarriles, de tal modo que, no bien se ponía uno a recorrer el país, topaba con él aquí y allá, como si las municipalidades y los comercios lo hubieran elegido para simbolizar el señorío y la opulencia. Por aquel entonces, aunque la rama de Gustavo era la que continuaba ostentando en primer término el apellido célebre por su prodigalidad, correspondía en realidad a otras ramas —que lo llevaban en segundo término— el mayor aporte al mantenimiento de su esplendor mundano. Pero es justo decir que en verdad se debió a los parientes próximos a Gustavo —y en particular a sus tíos abuelos— la incorporación a su nombre del «aura» intelectual que le faltaba y que le asigna dentro de nuestra sociedad un sitio de aislada jerarquía. La madre de Gustavo, unida a la familia por su matrimonio, fue quien alió en su viudez las características fundamentales del clan: la posición social y la preocupación por la «cultura», matizando sutilmente ambos aspectos, pues su frivolidad se compensó con su interés por las letras, y este último vio limitado el riesgo de transformarla en una *blas-bleu* (con el consiguiente

desmedro mundano que eso implica), por la facilidad con que ella se desprendía de libros y de escritores, nunca muy notables, para encerrarse durante un tiempo en el pequeño círculo inconsistente y burlón de sus amigos de infancia. Pero la personalidad de Laura, la madre de Gustavo, palidecía junto a la de los tíos de su marido, de quienes ella afectaba reírse un poco, y sobre todo ante la de la tía Duma. En realidad la tía Duma ha sido, de todos los miembros de la familia, quien sin proponérselo hizo más, en lo que va del siglo, para conservar y aumentar el caudal mitológico del linaje.

Yo no sabía nada de todo esto cuando embarcamos en el vaporcito que nos conduciría a la estancia, en febrero de 1934. Aún más, antes de subir a él ignoraba que a bordo nos reuniríamos con Duma. Gustavo había mencionado delante de mí alguna vez a su fabulosa parienta, que vivía en Europa hacía varios años; después me anunció su regreso de Francia y la posibilidad de que pasáramos con ella nuestra vacación, pero para él también el encuentro en el puente del barco fue una sorpresa.

No bien pisamos la cubierta, la vi. Estaba sentada en uno de los bancos fijos, bajo la lona. En medio de los atareados pasajeros, que iban y venían transpirando con maletas y bultos o se interpelaban a grandes voces, producía una inusitada sensación de placidez y aislamiento, inmóvil, muy derecha, separada del trajín que conmovía al vapor por dos mujeres ubicadas a sus lados. Y más todavía que su actitud distante, lo que marcaba su división del mundo que alrededor bullía en una confusión de trajes deportivos multicolores y de ropas negras, espesas, crueles bajo el sol que nos quemaba, era la maravillosa blancura que la envolvía de la cabeza a la punta de los pies. Dijérase un pequeño témpano; algo delicadamente frío, inmaculado. Era blanco el gran sombrero; blanco el velo de motas que la cubría y disimulaba el rostro; blanco el vestido fuera de moda que ceñía su cuerpo delgado, encorsetado, pasado de moda también y que había sido, eso se advertía enseguida, ágil y hermoso.

Gustavo corrió hacia ella pero no la abrazó. Besó uno de sus guantes blancos y luego besó la mejilla de una de las mujeres que la acompañaba, mientras saludaba a la tercera con familiaridad. Yo me aproximé, intimidado, y al serle presentado adiviné, bajo los puntos del velo fino, la pureza de una cara un poco larga, aguda. Las otras eran su sobrina Estefanía y una mucama francesa.

Sonó la sirena y Gustavo y yo nos mezclamos con los pasajeros apiñados en la borda para ver la partida. La tía Duma quedó atrás, sola entre sus dos acompañantes. Me volví a decirle algo a mi amigo, y la divisé por encima de su hombro, nevada, quieta. Había abierto una sombrilla blanca que completaba su estampa insólita y, acercando el libro a sus ojos miopes, comenzó a leer. Parecía no percatarse del asombro que suscitaba entre los viajeros. Algunos se reían por lo bajo o hacían gestos solapados y guiños para indicar que la suponían loca. El desconcierto creció cuando el capitán, concluidas las maniobras, abandonó su puente y vino a saludarla. A poco —porque estas noticias se difunden en los barcos velozmente— su nombre corrió, ganando prestigio por el hecho, también conocido al instante, de que el vapor se

detendría en una escala especial para que la señora desembarcara en su estancia de la costa; y los que habían reído compensaron lo que su burla evidenciaba, ahora que sabían de quién se trataba, de «ignorante», murmurando entre dientes contra las ventajas de que gozan algunos por su dinero. Y mientras permanecemos a bordo, o sea diez horas, y la tía Duma cambió de sitio tres o cuatro veces según las mudanzas de la luz, hubo siempre en torno suyo una «zona» desocupada, como si la distancia que ella imponía proyectara hacia afuera una invisible irradiación.

Leía un libro de Joseph Aulneau, «La Comtesse du Barry et la fin de l'Ancien Régime», y la seducción de ese título, sumada a la que nacía de mis propias lecturas últimas —y en particular de la historia novelesca del collar de María Antonieta— me sugestionó a lo largo de la travesía hasta imaginar que la tía Duma no era una mujer de este tiempo sino un personaje del siglo XVIII y entonces aquel río bordado de sauces y de álamos no fue ya el río familiar por el cual yo había navegado, sino un ilustre río de Francia que discurría entre castillos con techos de pizarra y parques y aldeas.

Gustavo contribuyó a crear el ambiente propicio para mi juego.

—La tía Duma —me dijo mucho más tarde, cuando bogábamos tan cerca de la costa que las ramas llorosas nos rozaban casi y distinguíamos los interiores de las miserables casitas alzadas sobre zancos— nunca quiso casarse, a pesar de que la festejaron hombres que eran grandes partidos. Hubo uno que se suicidó por ella. Te lo contaré en la estancia, cuando la conozcas mejor.

Era su «procedimiento» de siempre, al cual yo me había habituado ya en el colegio, que consistía en lanzar súbitamente una «bomba de misterio» —así las llamábamos—, la cual reventaba delante de mí sin ruido y dejaba escapar formas deslumbrantes, de modo que no insistí, seguro de que llegaría el momento en que se saciaría mi curiosidad. Pero aun sin saber los detalles de la tragedia, bastó su mención simple, despojada de atributos literarios, para intensificar mi interés por la tía Duma.

Un hombre se había quitado la vida por aquella mujer blanca que, a escasos metros de mí, volvía perezosamente las páginas de un libro sobre la favorita de Luis XV. Se había alzado el velo que ponía en el sombrero de paja un vaho muy sutil, y la nobleza de su cara aparecía con recortada nitidez. La nariz afilada, borbónica, de retrato antiguo, daba un toque imprevistamente imperioso a la suavidad de sus rasgos, de sus ojos azules, de sus labios tenues, de su cutis que a los setenta años conservaba las tonalidades rosas bajo una leve telaraña de arrugas. Levantó los párpados y me miró, pero no me veía. Sus ojos me atravesaron como si yo no existiera, como si tampoco existieran las gentes ordinarias que se apretaban alrededor con sus canastas y sus botellas, como si no estuviera allí el paisaje chato, desflecado, que había empezado a empinarse en tentativas de barrancas. Fue una mirada que quedó flotando, planeando, suelta, y yo, que a los catorce años tenía, como ahora, una incontenible propensión a analizar las personas, a observarlas, porque ya entonces las personas me atraían más que los lugares por célebres y bellos que éstos sean, imaginé

lo que el suicida habría sufrido a causa de miradas como ésta, que no se posaba, que no se «dirigía» a un ser, sino continuaba formando parte de Duma, de su impenetrable intangibilidad, pues podía recobrarla, puras de todo contacto, con un movimiento de cabeza. Pero la imagen del hombre muerto por su culpa, seguramente porque le había negado su amor, lograba la virtud de enriquecer más aún a la secreta figura. Lo ubicada a su lado, fantasmal, en vez de Estefanía y de la criada que la escoltaban, y mi romanticismo de chico devorador de novelas lo recreaba alto y espigado, vestido de un negro inexorable que contrastaba con tanta blancura. Su diestra empuñaba no un revólver actual sino una vieja pistola.

Durante el viaje cambié con ella pocas palabras. Mi nombre nada le decía, así que se limitó a preguntarme por mis estudios y los de Gustavo. Tanto me impresionaba, con los restos de una hermosura que la edad no había destruido totalmente y con el recuerdo del caballero que por ella había renunciado a vivir, que le respondí apenas. Su voz baja tenía entonaciones semejantes a las de mi amigo, a quien se parecía repentinamente por esa afinidad física que surge del parentesco y que es independiente de los rasgos.

De esa suerte la vi por primera vez, fría, intacta, mientras el calor vencía a los demás en el barco adormecido. Por fin se puso de pie y, apoyándose en la cerrada sombrilla, se acercó a la borda. En la ribera, después de un recodo del río, se irguió en la altura el castillejo que un capricho de su hermano mayor había levantado en 1891. Era una construcción seudogótica, erizada de almenas rojas y grises que medio enfundaba la hiedra, y su disparate resaltaba en el paisaje típico de talas y ceibos. Más allá, la estancia se perdía detrás de una cortina de eucaliptos. Algunas vacas pastaban cerca de las palmeras tontas.

El espectáculo me fascinó aunque Gustavo me había hablado de la casa en varias ocasiones. La figura de la tía Duma se integraba con lo que él tenía de contradictorio, con su arcaica perspectiva, y la sensación de que aquélla no era una mujer de este tiempo sino una contemporánea de las damas cuya historia leía, se acentuó mientras avanzábamos hacia la planchada tendida para nosotros, entre la curiosidad de los pasajeros. El capitán, sin duda aleccionado por el directorio de la compañía naviera, le dio la mano para ayudarla a descender. Fuimos tras ella, olvidados, inexistentes, perdidos en la estela de su fulgor, hasta Gustavo a quien yo tanto admiraba.

* * *

Me levantaba muy temprano y me iba a la cocina de los peones. Allí permanecía largamente, jugando con una perra que me acompañaba a veces en mis cabalgatas matutinas, o escuchando los cuentos de la cocinera, una mulata mayor que Duma, la cual vivía en la estancia desde su lejanísima juventud. Sus narraciones, en las que siempre surgía la figura roja del Diablo o algún ensabanado espectro, eran para mí menos extrañas que el castillo y sus habitantes. Pronto la avidez fantasiosa de mis

catorce años mezcló la realidad peregrina de la casa con la invención de los relatos, de modo que no separé los límites de uno y otro dominio. Miraba hacia el castillo, desde el alero de la cocina, y éste se me antojaba también una aparición quimérica, más imposible que las que embrujaban los cuentos. De mi lado, al amparo del fuego donde la pava hacía gorgoritos, estaba la realidad diaria, encarnada en los hombres cetrinos y silenciosos que entraban a haraganear un rato y a aceptar un mate, y en la perra de feroces cicatrices que me acechaba llorando. Más allá, sobre las copas de los árboles, se encrestaba la verdad fabulosa del castillo que el hermano de Duma, el hermano muerto, había plantado allí para desafío del paisaje. Y ese paisaje resabido, que de no mediar la curva majestuosa del río hubiera sido modesto, enlazaba las dos verdades con sus molinos reumáticos, con sus palmeras, sus ceibos y sus cinacinas, desde la pieza gris de humo en la que el Diablo sentencioso, como si fuera un paisano más, se codeaba con los domadores, el herrero y los que venían de emparvar, hasta las terrazas aéreas del castillo en las que una torre imponente disfrazaba al tanque de agua.

A mediodía, de regreso de una cabalgata en la que Gustavo no me había seguido pues se quedaba hasta tarde en la cama, me detenía semioculto por el ramaje de las casuarinas y observaba el castillo. Sus moradores asomaban en distintas partes del caserón, buscándose o ensimismados en sus cavilaciones, y la construcción caprichosa, engendro híbrido de quinta y de fortaleza, me recordaba un reloj alemán que hubo en el comedor de mi abuelo y que también representaba un castillo que, cuando sonaba la hora, se poblaba de figuritas mecánicas brotadas aquí y allá, cada una en el lugar previsto.

Arriba, Gustavo paseaba por las azoteas, entre las almenas donde hacían sus nidos las palomas. Llevaba un libro en las manos y leía en alta voz. No era *Los Ídolos* aún, pero ahora me doy cuenta de que ya flotaba en el aire su anuncio ineludible; de que ya perseguía inconscientemente al libro que lo haría vivir y morir, a través de los volúmenes que sostenía en las palmas como misales y sobre los cuales caía la sombra recortada de los parapetos.

Abajo, en la especie de patio que se extendía delante del edificio, en la cumbre de la barranca frontera del río, la tía Duma, de blanco, de verde, de violeta o de azul, jamás de negro, paseaba también protegida por la sombrilla temblorosa. Estefanía se sentaba cerca, en el fresco refugio de unas molduras que hacían las veces de toldo, y ayudada por su hermana Leonor copiaba pacientemente en un telar la tapicería infinita de Bayeux.

Más alto, en el primer piso, entre el muchacho lector que de tanto en tanto desaparecía detrás de las veletas, y las señoras desganas que bordaban y cambiaban palabras perezosas, se distinguía vagamente, a través de la ventana de la biblioteca, a Sebastián, el hermano de Duma, y a Trinidad, la más joven de las parientas allí recogidas. El tejido metálico aplicado al ventanal para impedir simbólicamente el paso de los mosquitos, hacía que se adivinara, más que verla, a la pareja desigual, a

pesar de que su mesa de trabajo se hallaba junto al balcón; pero no bien me aproximaba yo un poco sus siluetas se dibujaban en la neblina de herrumbrosos alambres, inclinadas las cabezas sobre los papeles y las pinturas, como si la ventana fuera un viejo espejo manchado. Pronto llegaba el momento de que Sebastián abandonara la eterna novela que escribía, para reunirse con Duma en la terraza flanqueada de jarrones donde agonizaban los tristes geranios, y entonces Trinidad quedaba sola en la biblioteca, sola en el espejo mortecino, pintando la miniatura de algún bisabuelo.

Sí, aquellos seres eran todavía más insólitos que los que, con mil aspavientos, cruzaban por las narraciones de Flora, la cocinera. A pesar de mis cortos años, enseguida advertí el orgullo que todos ellos, hasta Trinidad, hasta el propio Gustavo, afirmaban en el hecho de escribir una novela que transcurría en Francia en la época de Juana de Arco; o de reproducir el tapiz que, para conmemorar la conquista de Inglaterra por los normandos, encargó el obispo Odo de Bayeux; o de poseer tantos tatarabuelos y antecesores que la vida no daría abasto para terminar la serie de sus miniaturas; o de andar entre las torres de un castillo, a quinientos metros de la herrería donde se repara con furor la trilladora, leyendo versos.

Aquello era tan diametralmente distinto de cuanto yo había visto en mi casa, tan distinto de mi pobre madre que debía afanarse sin ningún socorro para que yo pudiera continuar asistiendo al colegio al cual me mandaba a costa de grandes sacrificios, que la escena cobraba en mi ánimo legendarias perspectivas. Y cuando los fui conociendo más, cuando me fueron explicando seriamente sus ocupaciones graves y fútiles, el castillo se llenó para mí de los fantasmas que los acompañaban siempre y que se alzaban de sus libros y sus telas. Y ya fuera la misteriosa zagala de Domrémy que hizo coronar en Reims al rey de Francia y que Sebastián había elegido para personaje central de su obra; o los Harolds, Williams y Edwards que tan bonitamente navegaban, luchaban y sucumbían en los setenta metros de lino que mide el tapiz de Bayeux; o los encorbatados señores y las señoras con una flor entre los dedos, que Trinidad miniaba sacando la punta de la lengua, más de una vez los sentí alrededor nuestro, invisibles, susurrantes, cuando la brisa nocturna movía las cortinas de los salones en nuestra marcha hacia el comedor del castillo.

Sólo Duma no hacía nada en aquella colmena donde cada uno ocupaba su pequeña celda preciosa. Era la contemporánea de Mme. du Barry que yo había saludado, inmaculada, amable y desdeñosa, en el puente de un vapor colmado de gente horrible, y que volcaba el abanico con rápido ademán como quien, por broma, tira una estocada con un puñalito. Estefanía la seguía sin descanso, llevándole la sombrilla o el bolso, y Sebastián, su hermano menor, un anciano acicalado, soltero como ella, la seguía también, sonriendo como si le pidiera perdón. Pero si los otros tenían sus duendes familiares, su séquito de armaduras y levitas, de damas y guerreros, ella tampoco iba totalmente sola por el salón de damasco amarillo o por la biblioteca en la que las lámparas ostentaban ajados moños de raso, como miriñaques.

Un hombre se había quitado la vida porque la amaba, hacía mucho tiempo, y su sombra adusta le escoltaba, con la pistola humeante en la mano, por la casa sin fin. Yo esperaba que Gustavo me revelara ese secreto. Sabía que llegaría el instante en que me lo confiaría y, conociéndolo, me limitaba a aguardar.

Claro que sin el auxilio de Gustavo, cuya imaginación encendida estaba siempre alerta, yo no hubiera podido poblar la estancia con tantos espíritus. Para él moraban allí desde su niñez. Fue él quien me los hizo descubrir.

* * *

A Duma parecía gustarle que yo me acercara a ella, después de la comida, y la acompañara en sus nocturnos paseos de la terraza. El placer de que se dirigiera a mí como si yo fuera una persona mayor, podía más que ningún otro, así que para probarlo yo no vacilaba en dejar a los demás, hasta Gustavo, que se resignaba jugando al «bésigue» con Estefanía.

A esa hora Duma solía ceñirse la cabeza con una especie de turbante de tul, bajo el cual resaltaba su nariz numismática. Me contaba cosas antiguas de París, de Londres, de Roma, con su bella voz profunda, empleando un vocabulario rico, que su pronunciación de las «elles» a la española tornaba más desusado. Exageraba los ademanes o rompía a reír cuando menos se lo esperaba, y si ciertos gestos la rejuvenecían maravillosamente, otras veces la luz de la luna, al caer sobre su rostro como un foco de teatro, la transformaba en una vieja actriz disfrazada de algo exótico —un personaje de «Bajazet», por ejemplo, pero muy caduco—, que declamaba para un auditorio de ceibos y de sauces. A menudo la sorprendí espiándome con el rabillo del ojo, se me ocurre que para juzgar del efecto de sus relatos. Aunque me esforzara hoy por recordar lo que me decía, apenas lograría cazar, en la distancia del tiempo, algún fragmento aislado, quizá porque casi nunca comprendí el sentido de sus anécdotas totalmente, por el apresuramiento con que las concluía, tras de arrastrar sin razón los prolegómenos, ahogando el *bon mot* o la explicación final en su risa nerviosa. Lo cierto es que su personalidad me seducía más que sus relatos, y mientras éstos se desarrollaban, entrecortados de palabras extranjeras, sostenidos por exclamaciones y suspiros, yo me limitaba a escucharlos como se escuchan las oraciones rituales en una lengua muerta que apenas se conoce, para gozar así, puramente, sin distracciones, de la voluptuosidad indefinible que me procuraba el andar a su lado, en su intimidad, envuelto en el perfume de una mujer que había sido tan admirada. Algunos nombres musicales que repetía (el príncipe Brandini, Lady Westborough) flotan en mi memoria, solitarios, como pompas multicolores, pero no podría decir con exactitud qué motivo los trajo a nuestra presencia y los echó a volar bajo las estrellas de la estancia.

Mi madre me había contado que, cuando era casi una niña, mis abuelos la habían llevado a la Ópera a una función de gala, y que la imagen deslumbrante de Duma, del

palco de Duma, la había impresionado con más fuerza que el espectáculo, para ella tan nuevo. Me había descrito la torera de brillantes de la tía de Gustavo y su tocado de plumas de ave del paraíso, destacándose en el fondo blanquinegro de fracs, y había subrayado lo que el hecho entrañaba de escandaloso, por tratarse de una mujer que, si bien había franqueado ya su primera juventud, era todavía soltera.

—Pero ella fue siempre una mujer a la europea —añadió—; los convencionalismos le importaban poco. Se vestía como una señora, como debía vestirse su madre.

Por eso, cuando yo caminaba con Duma dejando vagar mis ojos sobre la serenidad del río, la mujer anciana que se detenía para señalarme un pájaro o una nube desaparecía para dejar su sitio a aquella evocación espléndida, a aquel ser mitad ave y mitad joya que sonreía en el oro de un *avant-scène* al príncipe Marco-Antonio Brandini, mientras afinaban las cuerdas y los cobres.

Los demás permanecían entonces en el salón, cuyas tres puertas góticas comunicaban con la terraza. Estaban allí, con su tapiz, sus libros y su mesa de juego, conversando quedamente, y formaban un tríptico misterioso encuadrado por las enredaderas. Alguna vez se nos reunía Sebastián y daba unos pasos con nosotros sin pronunciar palabra, aprobando con la cabeza los monólogos sibilinos de Duma, o si no Gustavo venía a pedirme que subiera con él a la azotea. Entonces Duma apoyaba en mi hombro su mano, en la que parpadeaba una esmeralda, y murmuraba con una coquetería que no olvidaré:

—Vaya no más. ¿De qué le sirve estar con esta pobre vieja?

En una oportunidad, cuando Gustavo y yo, trepados en las almenas que coronaban la casa, nos empeñábamos por distinguir un anunciado eclipse de luna, mi amigo me dijo sin mirarme:

—Parece que la tía Duma te ha enloquecido a ti también.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no te separas de ella.

—No es verdad. Apenas he estado con ella un rato, después de comer.

Me irritó su observación, pero Gustavo sabía reconquistarme, y después de todo su influencia sobre mí era más honda que la que Duma podía ejercer.

—No quisiera —agregó bromeando— que siguieras el camino de otros.

—¿De quiénes?

Repentinamente me refirió la historia del suicida, del pintor Philibert Chénier.

Era un francés a quien la madre de Duma le había encargado el retrato de ésta, cuando la tía de Gustavo no contaba más de veinte años. Durante las «poses», que se prolongaron bastante tiempo, siempre había alguien de la familia en el salón, pero una vez los jóvenes quedaron solos, y entonces aquel hombre aparentemente tan correcto, tan frío, tan distante, le confió a Duma que estaba enamorado de ella. Duma hizo algo atroz. Descendió de la tarima en la cual posaba, atravesó el cuarto y, volviéndose desde la puerta, se redujo a decir:

—Ya no necesita venir a casa, Monsieur Chénier. El retrato está terminado.

Quedé inmóvil. Veía perfectamente la escena, y aunque Gustavo me había dicho que ella había tenido lugar en la ciudad, la «compuse» a mi modo en el gran salón de la planta baja del castillo, el de las tres puertas góticas con sus cortinajes de damasco amarillo sembrados de flores negras y rojas y terminados por tres cenefas de madera dorada que eran como tres coronas de reina. Duma vestía la torera de brillantes que mi madre había descrito, y el pintor, en «mi» cuadro, llevaba una breve barba en punta.

—No es posible —comenté, si bien enseguida evoqué la imagen primera que conocí de Duma, la de una mujer blanca, helada, remota, sentada en el banco de un vapor, que imponía en torno un infranqueable círculo de orgulloso desamparo.

Vi al pintor en un rincón. Se retorció las manos finas.

—Y eso no es todo. La tía Duma corrió a contarle a su madre, mi bisabuela, lo ocurrido. Al día siguiente, Monsieur Chénier se suicidó. Se pegó un tiro.

En ese momento se produjo el eclipse total y Gustavo, entusiasmado, se encaramó en una de las veletas.

Pero yo no tenía ánimos para seguirlo. Su relato me había conmovido profundamente. Me imaginé en el sitio del retratista, con un revólver. En lugar de mirar hacia el cielo miré hacia abajo, hacia la terraza, donde los moradores del castillo se habían agrupado para presenciar el fenómeno. Un rayo de luz hirió la esmeralda de Duma, que brilló en la oscuridad. Su hermano Sebastián le daba el brazo y advertí que la señora se desasía de él: sí, deliberadamente, se había soltado de él, como si lo rechazara.

—Si quieres —cuchicheó Gustavo desde la veleta— mañana te llevaré a ver el retrato. Está aquí, en la estancia. Es muy curioso. Ha quedado muy curioso. Te divertirá verlo.

Esa noche dormí mal.

Me levanté a las tres y me acodé en mi ventana, que abría sobre las puertas del salón. La luna volcaba en el río su claridad celeste. Mi romanticismo continuaba luchando con la escena del cuadro. Me resistí a creer que los acontecimientos se hubieran planteado como Gustavo me había referido. ¡A mis catorce años les parecía tan perfecta la idea de un amor entre un artista y una bella mujer, un amor perseguido por la familia dura, aristocrática, erizada de perjuicios! No, no. Las cosas habían ocurrido así: Duma se había acercado a Philibert Chénier, le había puesto en el hombro la mano en la que titilaba su esmeralda, como cuando se despedía de mí y le había susurrado algo que yo no lograba oír, pero que era sin duda una frase de consuelo, muy hermosa. Y luego desaparecía del salón. Después, por la noche, ante su ojerosa palidez, su madre conseguía penetrar su secreto. Así debió ser.

Pero Gustavo no sabía mentir... Gustavo no sabía mentir...

Advertí que una sombra andaba por la terraza y reconocí a Estefanía. Tampoco había conciliado el sueño.

¿Cómo sería la vida de Estefanía, siempre a la zaga de su tía opulenta? ¿Cómo serían las vidas de esas personas solteras o cuasi solteras (porque Estefanía y Leonor, su melliza, eran viudas sin hijos), arracimadas alrededor de Duma? ¿Cómo serían las vidas de los habitantes de ese castillo extraño... la de Sebastián, por ejemplo, Sebastián que, junto a su hermana, hacía pensar en un perro fiel, y de quien ella sin embargo se había «desprendido» esa misma noche, como si su brazo le incomodara?

Los mosquitos zumbaban contra la tela del ventanal. Una vaca mugió en el silencio, tristísima. Por el río se deslizó un barco como un fantasma.

Por fin me dormí. Duma se me apareció con el traje ampuloso de Madame du Barry, el traje de plata que luce en el libro aburrido de Joseph Aulneau que Duma me había prestado. Estaba posando para un retrato, entre gente de la corte, y por el fondo de la escena, como un dibujo animado, pasaban los caballeros del tapiz de Bayeux, lanza en ristre, y los mascarones de Guillermo el Conquistador que bordaba Estefanía. El pintor no tenía barba en mi sueño. Era idéntico al grabado que representa a André Chénier, el poeta, en la edición que fue de mi abuelo, la efigie hecha en la prisión de St. Lazare. Probablemente por la superposición de Philibert Chénier, André Chénier y «Andrea Chénier», la ópera que yo había oído no hacía mucho, había rumores de orquesta en la sala. Súbitamente, Duma se echaba a reír y los cortesanos le hacían coro. Crecían los violines. La señora bajaba del estrado. Chispeaban las esmeraldas en su peluca monumental. Cerraba el abanico y su varillaje se transformaba en un cuchillo agudo. Con él tocaba en la mitad del pecho al azorado Monsieur Philibert, quien la miraba con los ojos de perro de Sebastián, los ojos llorosos de la perra que me acompañaba en mis cabalgatas por el parque.

Me desperté. Yo también lloraba.

* * *

Al otro día, Gustavo salió a caballo conmigo de mañana.

—Vamos al puesto de «Las Rosas» —me dijo—; allí vive Teresa, la hermana de Flora, la cocinera.

Galopamos entre campos sembrados de girasoles, entre mariposas blancas, entre nubes de polvo. A veces me daba vuelta y avistaba, suspendidas sobre la arboleda del parque, las torres del castillo. Un cuarto de hora después, Gustavo frenó el caballo y señalando un monte aclaró:

—Aquél es el puesto de Teresa. Vive con su hija casada y con sus dos nietos. Allí verás el retrato de Duma.

—¿Y cómo fue a dar tan lejos?

—No sé... Teresa era mucama de la casa de Duma, en la ciudad. Cuando se casó con un hombre del campo, que luego la dejó, mi tía le dio el puesto de «Las Rosas» que ahora verás y que es bastante antiguo. Le regaló una infinidad de cosas que le sobraban. Supongo que entonces le dio el retrato también.

No hice ningún comentario. Me sublevaba que Duma se hubiera desprendido, para entregársela a una mujer cualquiera, de la imagen que de ella había pintado un hombre muerto por su culpa. Muerto: muerto, remuerto, definitivamente muerto; un hombre que por su culpa no volvería jamás a posar sus ojos en los girasoles, en las mariposas, en el cielo enorme. Pero ya me había dado cuenta de que nada funcionaba, en el vasto mecanismo de la familia de Gustavo, como entre la gente normal.

Teresa, su hija y sus nietos acudieron al ladrido de los perros que pululaban detrás del alambrado. El yerno estaba trabajando en las parvas.

Me sorprendió el aspecto y la inquietud de las dos mujeres. No permanecían en sosiego ni un segundo. La vieja hacía de repente una mueca que le tiraba la cara de cabra hacia adelante. Era muy flaca. De sus lóbulos colgaban dos pendientes que le rozaban los hombros y que había fabricado con cuentas ensartadas llenándolas de nudos. La hija se balanceaba y reía. Su fealdad, concentrada en la boca espesa, resaltaba más aún por la coquetería de un sombrero de fieltro que había sido elegante y que sostenía una desflecada pluma azul. A su lado, los chicos callaban y nos miraban con los ojos vacunos, idiotas. Nunca supe si eran varones o mujeres. Resollaban como si les costara respirar y de cuando en cuando se secaban la saliva de los labios con las manos negras.

La casa se elevaba detrás, grande, con partes de material y partes de barro. En sus proporciones se afirmaba un resto de señorío. Me expliqué su estructura cuando Gustavo me dijo que, antes de la construcción del castillo, había sido residencia de patrones. Una viña monstruosa, enredada en columnas de hierro, la envolvía.

El preámbulo fue bastante extenso. Gustavo llegaba en raras ocasiones a «Las Rosas», y su presencia asumía mucha importancia. Durante días, durante meses, Teresa y los suyos aludirían a su repentina aparición. Fue necesario hacer preguntas y contestar a las que Teresa formulaba moviendo la cabeza para escuchar el rumor de sus pendientes. La loca del sombrero murmuró alguna incoherencia. No quitaba de los nuestros sus ojos lúbricos y arqueaba el pecho, fijas en las caderas las manos. Fue imposible rechazar un mate que bebí con asco, bajo el alero, deseando todo el tiempo que Gustavo abreviara los trámites e irme, irme de ahí. Por fin mi amigo inquirió, con un tono casual, por el retrato de Duma. La mulata nos espió con desconfianza. Se me ocurre ahora que temió que quisiéramos sacárselo.

—Y... —respondió— está siempre en mi pieza...

—¿Podría mostrárnoslo?

—Y... usted ya sabe, niño Gustavo... no sé si a su amigo le va a gustar...

—¿Por qué?

—Y... ¿no se acuerda que lo cortamos porque estaba sin terminar?, ¿no se acuerda que la Nena le pintó aquellas nubes?

Giró hacia mí el perfil bigotudo de cabra y tuvo la condescendencia de comentar:

—La niña Trinidad, que pinta tan lindo, le enseñó a la Nena un poco de pintura... ¿sabe?... cosa que hiciera algo...

Me figuré a Trinidad, la parienta más pobre, la autora de las miniaturas ancestrales, sentada junto a la loca del sombrero, inventando una caridad tan peregrina como la de enseñarle a mezclar los colores de una caja. La otra se manchaba los dedos con los pomos que apretaba porque sí y la atisbaba con sus ojos hambrientos, los ojos que ahora fijaba en mí y que me hicieron bajar los míos, como si ella hubiera dicho una de «esas cosas» que en el colegio me avergonzaban todavía y me impulsaban, durante los recreos, a buscar la compañía de Gustavo como un oasis.

—Naturalmente que lo sé —contestó Gustavo—. Al Retrato lo he visto antes aquí.

—Bueno... si gustan pasar...

Entramos en una habitación amplia, que probablemente había hecho las veces de comedor en la casa antigua. Los perros se nos metieron entre las piernas, en la oscuridad. Temeroso, tanteé en pos de la mano de Gustavo. Se oía el resuello de los dos idiotas. Teresa empujó un postigo. Los rastros de la generosidad de Duma (o más bien de su aprovechamiento de la ocasión que se le ofreciera, treinta años atrás, de quitarse de encima muchos trastos inútiles) convivían en la penumbra melancólica con un grotesco maniquí, con la máquina de coser y con las cinchas, lazos y mandiles echados en un rincón. Había allí una desvencijada cómoda Luis XVI sin manijas, y varias sillas de comedor de cuero negro, con las iniciales del hermano de Duma, el que levantó el castillo, repujadas en los respaldos. Sobre el hule de la mesa de cocina daba su nota de lujo una revista de modas, muy manoseada, abierta. Distinguí la figura de una mujer vestida de baile, con la columna de Vendôme por fondo. Colgaban de la pared, entre almanaques de distintos años, dos acuarelas pintadas por la Nena. Algo inexplicablemente horrible se desprendía de su ingenua pomposidad. Una representaba un oficial de caballería de retorcido bigote; la otra, unos gauchos remilgados, de chiripá rosa. Detallo tan minuciosamente el comedor del puesto porque me impresionó mucho. Me impresionó aquella resaca de objetos acumulada en torno de los dos chicos idiotas cuyos ojos reventones parecían no reflejarla, en torno de las dos mujeres gárrulas, movedizas, de Teresa, que se afanaba de aquí para allá, enderezando un almanaque, recogiendo un corpiño mugriento y sin cesar de repetir:

—Disculpen... disculpen... ¡también, hay tantas cosas...!

Comprendí que su vanidad se cimentaba en ese revoltijo convocado en una habitación lóbrega, cargada de olores rancios, y que incluía desde el calentador hasta la muñeca de largos rulos, sentada como un ser viviente en una silla donde se adivinaba que nadie había osado jugar con ella; desde los rebenques hasta el florero patético lleno de flores de trapo y de moscas; y no pude eludir la asociación de esa vanidad con la vanidad de la familia de Gustavo, fundada en un enredo de tareas más o menos artísticas, tan barrocas como los objetos que allí convivían: una novela medieval, un tapiz de Penélope, unas miniaturas cuyos rasgos se reproducían con la

vertiginosa obsesión de los espejos enfrentados.

—Si quieren pasar a mi pieza...

Seguimos andando en las tinieblas tibias. Yo iba francamente asustado. Me acaricié, como un dedo muy leve, la pluma del sombrero de la loca, y ahogué un grito. Por una puerta baja que evidenciaba la ventana del caserón nos deslizamos en el cuarto contiguo, donde hubo también que abrir una ventana. En la cabecera del camastro modesto, trajinado, colgaba el retrato de Duma.

Era, en medio de tanta sordidez, una visión de trasmundo, de otro mundo, de un mundo quimérico, mucho más hipotético ahora que el que nos oprimía con su olor y sus formas, de ese mundo maravilloso que anunciaban en el comedor vecino, como desterrados profetas ásperos, las sillas de altaneros monogramas. La descabellada intervención de la Nena había contribuido a hacer de la imagen algo irreal, incomparable. Duma surgía en el esplendor de su hermosura de unas nubes espantosas, roqueñas, que le aprisionaban el busto. La Nena había completado su obra añadiéndole una aureola plateada, en su afán de metamorfosearla vaya uno a saber en qué, posiblemente en una Virgen ya que se la destinaba a una cabecera. Y ese nimbo burdo y esas nubes de piedra y de cartón contrastaban con la enamorada delicadeza con que Philibert Chénier había modelado el rostro puro, había dado color e intensidad a los ojos miopes, esmaltadamente azules, y había expresado la transparencia de la piel de Duma.

Guardamos silencio, como en una capilla. La Nena se adelantó, unió su gruesa boca sensual con los labios sutiles del retrato y farfulló:

—La linda... la linda mi linda...

Teresa nos miró de hito en hito, abochornada:

—¡Nena! —ordenó—. ¡Afuera... salí... afuera!

Yo pensaba en el pintor, en el pintor matándose, y en la miseria sucia que circundaba ahora la imagen de su ídolo; pensaba en el extraño destino de esa efigie y en la casta singular que le rendía culto en el puesto de «Las Rosas»; y pensaba en Duma, originadora del mito, vieja, arrugada, muy derecha bajo el nudo del turbante, olvidada de Monsieur Chénier muerto para ella, para los girasoles y para las mariposas, y poniéndome en el hombro su mano en la que la esmeralda resplandecía.

Cuando volvíamos, Gustavo me gritó desde su caballo:

—¿Qué te pareció?

Y antes de que pudiera responderle, añadió:

—Es la santa de los locos. Santa Duma. Todos los de «Las Rosas» están locos.

Ya se perfilaban en el horizonte las flechas del castillo. Recordé a la loca, besando los labios pintados de Duma, y me estremecí. Y para tranquilizarme recordé a mi madre, cuando se sentaba en el vano de la ventana de su cuarto con una costura, y quise estar allí, respirando aquel aire fresco, ligero como el de las montañas, mientras ella me preguntaba qué había estudiado, qué me había dicho Gustavo ese día, o me ofrecía un pedazo de torta de manzana cortado para mí desde la noche anterior.

Me acuerdo ahora de un episodio que debió suceder esos días y que, de haber sido yo entonces mayor, más experimentado, hubiera servido para iluminarme sobre el carácter de Duma, al demostrarme que podía sentir celos de alguien tan pequeño y tan insignificante como yo. Pero la verdad es que Duma sentía celos de cualquiera; que todo el que escapaba momentáneamente a su influjo suscitaba en ella de inmediato la imperiosa urgencia de volverlo a los límites de su posesión. Era, eminentemente, un ser «posesivo».

Gustavo me había hablado de un subterráneo que su tío, el constructor del castillo, hizo cavar en la barranca cuando se realizaban las obras, aprovechando una cueva natural donde, en tiempos de la batalla famosa que ensangrentó al río y en la cual perdió la vida su tatarabuela, se habían almacenado armas. Y una tarde me condujo hasta él.

Estaba a unos doscientos metros de la terraza. Su boca, cubierta ya casi totalmente por los matorrales, dejaba entrever, al separarse éstos, cuatro escalones carcomidos. En uno de ellos dormitaba un sapo. Mientras me aprestaba a descender, entusiasmado por una aventura tan similar a las que había leído, me empecé sobre la madera y distinguí, en la terraza crepuscular, a la tía Duma. Con una mano sostenía la sombrilla y con la otra apuntaba unos prismáticos hacia nosotros.

Bajamos, iluminándonos con una linterna. La excavación había sido cegada por temor a los derrumbes. Quedaba un hueco libre de unos diez metros de largo por dos de alto, no muy estrecho, al que afianzaban unos ruinosos ladrillos que, aquí y allá, entre manchas verdinegras de humedad, cedían ante el avance de las raíces. De esos ladrillos colgaban algunos desconcertantes platos chinos de porcelana, que formaron parte de la enorme colección reunida por el hermano mayor de Duma y que ésta, que los detestaba, había exiliado de las salas del castillo, confinándolos en desvanes y en corredores de la servidumbre.

—Yo los traje —me dijo Gustavo en tanto que la luz de la linterna los pulía—. ¿No es cierto que son lindos?

Eran más bien extraños, con sus peces violetas y coralinos, de ojos protuberantes como los de los chicos enfermos de bocio de «Las Rosas»; con sus paisajes laberínticos llenos de puentes y de árboles torturados; con sus dragones verdes que nos espiaban y sus calabazas monstruosas y sus crustáceos. Procesiones de hormigas los recorrían lentamente.

Hablábamos en voz baja, como si alguien pudiera oírnos, como si nos estuviéramos confiando terribles secretos que ni el sapo ni las hormigas debían escuchar.

Al fondo, junto a la pared que cerraba el breve túnel, apilábase un montón de pasto seco y de hierbas.

—Lo traje también aquí el año pasado —susurró Gustavo—, cuando estaba solo. A veces venía a leer, lejos de los demás.

Nos sentamos. La linterna, puesta sobre un banquito, alumbraba un plato hexagonal, rajado, en el que había un paisaje muy tranquilo, una barca navegando entre lotos. La claridad de la entrada, diluida por el tamiz de las malezas, apenas diseñaba los viejos escalones.

Debo confesar ahora que nunca, ni antes ni después, me he sentido tan cerca de Gustavo como en esa ocasión, ni cuando leímos juntos *Los Ídolos*, ni cuando nos confiábamos nuestros proyectos para el futuro, en su cuarto de estudiante, ni más tarde, en Inglaterra, cuando realizamos nuestra peregrinación en pos de Lucio Sansilvestre. Fue algo inexplicable. Estábamos echados en el pasto y hasta nosotros no llegaba más rumor que el canto de un grillo apostado sobre la cueva.

Gustavo puso su mano sobre la mía, sin apretármela, y murmuró:

—¿No es verdad que siempre seremos amigos, suceda lo que suceda?

Me volví hacia él, asombrado, porque su pudor (y el mío también, multiplicados ambos por el horror al «sentimentalismo» de los catorce años) nos vedaba aludir a la intimidad que había crecido entre nosotros. Pero no lo vi. Se esfumaba todo él en la oscuridad. Sólo divisé, junto al farol, sus piernas largas y curvadas, en las que el recogido pantalón mostraba la piel dorada.

—Naturalmente que sí —contesté (y supongo que me temblaba la voz de placer y de vergüenza)—, siempre seremos amigos.

Permanecimos mudos unos instantes. Yo lo hubiera abrazado, hubiera deseado asegurarle que nunca más iba a estar solo, entre una madre que prefería dejarlo porque aborrecía la estancia, y unos parientes que creaban una especie de lejanía, hasta cuando parecían más cordiales; le hubiera asegurado que mi madre y yo lo queríamos, que yo lo quería mucho. Sin embargo, quedé en silencio. Apenas me atreví a mover un poco mi mano bajo la suya, que se dijera abandonada, olvidada sobre el dorso de la mía, como si esperara que él me la tomara y pudiera expresarle entonces, calladamente, lo que no osaba decir. Pero él nada hizo. Cerré los ojos, oí el campesino canto del grillo encima nuestro, y tuve la impresión de que bogaba en la barca oriental de porcelana por un río de China, entre grandes lotos. Me martillaba el corazón.

En ese momento separóse la maraña y el tío Sebastián apareció en el primer peldaño. Brillaron sus anteojos cuando bajó su cabeza rodeada de raíces.

—Dice Duma que vengan, que quiere hablarles.

Nos pusimos de pie, sacudiendo las briznas secas, y lo seguimos. Durante el trayecto que media entre el subterráneo y la casa, no nos miramos.

Duma nos aguardaba con sus prismáticos y su sombrilla. Vestía de blanco. Llevaba en el pecho un ramo de jazmines. Se limitó a sonreír y a mirar hacia el río con el antejo:

—Nos mandaste llamar —reclamó mi amigo.

Pero ella no toleraba exigencias.

—¿Acaso no puedo pedirte que vengas?

—Dijo tío Sebastián que tenías que hablarnos.

—Sí... sí... —y respiró, con exagerada fruición voluptuosa, la brisa del río—. Hay algo que quería contarles... algo... algo importante... importante para ustedes... porque supongo que serán escritores... uno de los dos será un escritor... o quién sabe... los dos... y estas cosas siempre son útiles... los recuerdos... los recuerdos de los que hemos vivido mucho...

Se apoyó en uno de los jarrones donde languidecían los geranios y añadió vertiginosamente:

—Ya sé... es sobre D'Annunzio... sobre Gabriele d'Annunzio... quería contarles cómo lo conocí, en Roma, en una comida del Príncipe Brandini, poco después del estreno de «La Città Morta»... o de «Francesca da Rimini»... Estaba la Duse en el comedor con pinturas del Veronese... Eleonora Duse... con unos velos grises caídos como alas... pero... ¿se lo he contado ya?... no me gusta repetirme... fue a mí no a ella a quien D'Annunzio le dijo... (y aquí venía algo en italiano, declamado por la tía Duma, que yo no comprendía).

La anécdota prosiguió, exornada de ademanes. Yo la había oído antes, lo mismo que Gustavo, y como entonces me faltaba lo esencial, la frase del poeta, pero no me animé a preguntar qué significaba. Además, me importaba poco. La emoción que acababa de sentir en el subterráneo, tan sutil, tan imposible de analizar exactamente, me mantenía trémulo como la cuerda de un instrumento que continúa vibrando cuando casi se ha apagado el sonido.

Miré a Gustavo y noté que sonreía, o, por ser más fiel a la realidad, noté que por debajo de sus labios andaba una sonrisa, tan fina que no llegaba a florecer. Es curioso que recuerde ese detalle y que en cambio no sepa nada de lo que aconteció con Gabriele d'Annunzio. Duma, como un personaje de «Bajazet» que para expresarse cabalmente hubiera requerido la majestad de los alejandrinos, levantaba la mano de la esmeralda. Lanzó una carcajada imprevista y concluyó:

—La Duse parecía una muerta... aquellos candelabros... una muerta... y D'Annunzio me besó la mano... aquí... aquí mismo... (Y señalaba sus venas azules y el tejido de arrugas que avanzaba hacia las falanges.)

Luego la señora deslizó su brazo bajo el mío y exigió:

—Caminemos antes de comer. Falta media hora.

—Subo a lavarme —dijo Gustavo—; el subterráneo estaba muy sucio.

Se fue a su habitación, dejándome la incógnita de su sonrisa.

—¿Por qué se meten en ese agujero? —inquirió Duma después de un rato de monólogo—. ¿Acaso no prefieren conversar conmigo?

Me había vuelto a ganar con su teatro, con sus «elles», con su perfume, con la atención que me dedicaba a mí, que no era nadie, nadie. Caminamos como si nos envolviera una nube gloriosa, a mil leguas de los túneles sórdidos donde hay sapos y

donde la lepra devora las paredes.

—Gabriele d'Annunzio —comenté—, ¡qué maravilla!

Ella peroraba sin descanso:

—La Duse... ceñida de velos grises... como una muerta... ¡otro mundo! *Le monde est mort...* el mundo se ha muerto también...

* * *

Esa noche, después de comer, Estefanía me refirió la historia del tapiz de Bayeux.

Estábamos en el salón de los ventanales góticos, el de los muebles dorados, macizos, grandes como palanquines; el del arpa con su columna coronada por un capitel corintio. En medio de esas vejeces barrocas, propias de una sala de la otra centuria, costaba convencerse de que nos hallábamos tan lejos de todo centro poblado, y de que si nos asomáramos a la terraza veríamos un paisaje hirsuto de talas, de ceibos, de paraísos y de casuarinas, en vez de aquel de estatuas, de fuentes, de escalinatas y de canteros, rodeados por una ondulación de tejados añosos, que la arbitraria pompa del moblaje autorizaba a esperar.

Trinidad se había sentado al piano. Tendría por entonces unos veintiocho años, pero parecía mayor. Advierto ahora que no he detallado el grado de parentesco que vinculaba a los moradores del castillo: Trinidad era sobrina de las mellizas Estefanía y Leonor, y éstas, a su vez, hijas de un primo hermano de Duma.

La memoria visual, que es la mejor que poseo, ha preservado hasta hoy, incólume, la imagen de esa escena. Trinidad estaba semioculta por una planta de helechos. Su pelo rubio se encendía detrás, en el espejo veneciano. Leonor y Gustavo jugaban al «bésigue»: él, tan muchacho, tan esbelto, y ella con su peinado de trenzas, pasado de moda, componían una ilustración de novela de fin de siglo. Sebastián leía, junto a la apagada chimenea, uno de los gruesos volúmenes que lo ayudaban a documentar su gran folletín de Juana de Arco. De tanto en tanto levantaba los ojos y miraba con atención hacia Duma que, vestida de celeste, rígida, enarcada por el corsé que le moldeaba el talle, se daba aire con el abanico, de pie frente a una de las ventanas. El tul que ceñía su cabeza gris temblaba imperceptiblemente.

Las vastas proporciones del salón ponían mucha distancia entre los allí reunidos. Se oía, mezclándose con el martillar mecánico de la pavana en las teclas del piano, el rumor del abanico de Duma y la tos frágil de Sebastián. Al abarcarlos a todos pensé por un momento (oponiéndola a la precaria situación de mi madre y mía) en la envidiable «seguridad» que los vinculaba y que protegía a sus mundos, distintos de la hosca realidad del mundo verdadero. Nada podría sucederles; nada podría estremecer los cimientos de la sala dorada que su hermano había ubicado allí en 1891. Estaban defendidos por un invisible fanal durísimo que los aislaba de la posibilidad de un choque. Y seguían moviéndose bajo el cristal privilegiado, aparentando que sus gestos en nada los diferenciaban de los demás, como si ese cristal no existiera, como

si ignoraran la presencia de su heredada garantía.

Estefanía desenroscó el paño del tapiz mientras hablaba. Ya había copiado unos veinte metros, algo menos de la tercera parte. Seguimos en el rollo de ese «film» del siglo XI, de cincuenta centímetros de altura, las peripecias de la conquista, comparándolas con el álbum cuyas láminas le servían de modelo. El rey Edward, Harold conde de Wessex, con el halcón al puño, los caballos azules, rojos y amarillos, los caballeros cuyos escudos semejabán inmensas hojas lanceoladas, bajo las cuales sus cuerpos asomaban como gusanos multicolores, desfilaron entre las guardas llenas de monstruos. Me ruboricé al observar que Estefanía había suprimido las crudas notas obscenas, sustituyéndolas con la repetición de motivos anteriores, y para disimular mi confusión le dije:

—Todavía le falta mucho, Estefanía. Tiene para varios veraneos en la estancia.

Ella hizo una pausa, con las manos quietas sobre el bordado, y respondió:

—¡Quién sabe! ¡Quién sabe cuántas veces más volveremos a la estancia!

No se me ocurría qué contestar, cuando sonó afuera, violenta, del lado de la terraza, la corneta de un automóvil. Y fue entonces como si una leve hendidura se hubiera abierto en el fanal, porque cada uno abandonó su actitud lejana y todos se precipitaron hacia las puertas góticas. En la noche vibró la voz del chofer que no veíamos:

—¡Un incendio! ¡Hay un incendio en «Las Rosas»! ¡Se quema el puesto!

Corrimos en la oscuridad, por la terraza, y en la avenida de casuarinas divisamos los focos del vehículo.

—¡Vamos! —gritó Sebastián—. ¡Hay que ir en seguida! —Él, tan débil, había tomado el mando. Duma lo dejó hacer.

—No cabremos todos —arguyó.

—Nosotras nos quedamos —dijeron las mellizas casi simultáneamente.

Los demás nos acomodamos como pudimos en el «Renault», donde nos aguardaba uno de los mucamos. Hablaban unos y otros atropelladamente, mientras el automóvil brincaba sobre las piedras del camino. A poco distinguimos en la negrura un resplandor. El puesto ardía.

Nos detuvimos frente a un grupo de peones que cruzaba con baldes, y bajamos. A cincuenta metros, la casa fundadora restallaba como una gran hoguera. Avanzamos a escape.

—¿Hay heridos? —exclamó Trinidad.

A nuestra llegada, el mayordomo se aproximó a Duma, cuyo vestido celeste, escotado, tan mundano, contrastaba más que nada con la impresión del desastre.

—No tenemos defensa —dijo—, esto se pierde.

Y en efecto, la cadena de baldes apremiados que circulaban de mano en mano poco podía contra las llamas rabiosas.

Echada sobre la tierra, Teresa se desesperaba. Parecía una gitana vieja, con sus aros sacudidos, abrazada a su hija, la loca, que había conservado el sombrero del

plumacho y miraba la escena con sus ojos inmóviles en los cuales palpitaba el fuego. Los chicos idiotas babeaban, convulsos.

Dos o tres peones aparecieron entre las ruinas, como demonios, y arrojaron por encima del alambrado algunas sillas y un recado de montar. Recordé las cosas disparatadas del comedor. Estaría quemándose la muñeca de largos rulos, grande como una niña; estarían quemándose los almanaques inútiles y la cómoda desvencijada... y el retrato...

—¡El retrato! —gimió Sebastián—. ¡Salven el retrato!

Los peones regresaron con la máquina de coser que, a pesar de la prohibición de Duma, que no quería que nos acercáramos, Gustavo y yo les ayudamos a pasar sobre los alambres.

—¡El retrato! ¡El retrato!

Pero los peones huyeron de la casa, uno de cuyos cuerpos había cedido ya.

Entonces vimos a Sebastián correr hacia el edificio. Se había quitado el saco, y el blancor del chaleco de «piqué» ceñía su pecho magro y la elegancia de su cintura.

—¡Sebastián! —gritó Duma—. ¡Ven aquí, Sebastián... loco!

Su hermano se había metido en la enorme brasa. Lo vimos saltar entre las chispas, imprevistamente ágil para sus años.

El mayordomo fue detrás, pero el derrumbe del alero lo detuvo.

Oí el rezo tartamudeante de Trinidad:

—Padre Nuestro...

Medio minuto de angustia transcurrió, durante el cual los pequeños idiotas se llegaron hasta Duma. Querían mostrarle lo que habían salvado: unas negruzcas maderas que apretaban como si fueran barras de oro.

Por fin, milagrosamente, Sebastián volvió a surgir en el corredor flamígero. Llevaba en alto el retrato de Duma, uno de cuyos extremos ardía, y esa efigie resultaba extraordinariamente viva en el resplandor rojo que se movía sobre sus rasgos. Fue como si Duma —una Duma muy joven y muy bella— hubiera salido de la casa miserable, acosada por el incendio.

La loca se incorporó y lanzó un chillido:

—La linda... la linda mi linda...

Quiso abalanzarse hacia la hoguera pero lo impidió su madre. Precipitáronse los peones y recogieron al señor, medio desvanecido. Le sangraban la cara y las manos y se le había chamuscado el chaleco. Lo recostaron al pie de un ombú, y Trinidad se hincó a su lado, reanimándolo, lavándole las heridas. Abrió los ojos y preguntó:

—¿Y el retrato?

Apoyamos en el árbol la pintura del Philibert Chénier, a su alcance. El fuego había comenzado a dañar la parte añadida por la hija de Teresa, pero el rostro estaba intacto y era algo tan fresco, tan puro y tan aristocrático como el vestido celeste de Duma.

—Ahora es mío —murmuró Sebastián dirigiéndose a su hermana—, ahora no

podrás quitármelo.

Duma no contestó enseguida. Luego le acarició la frente y dijo:

—Sí, ahora es tuyo, Sebastián.

Pensé, no sé por qué, en la escena que había espiado involuntariamente la noche del eclipse, cuando Duma se soltó del brazo que Sebastián había pasado bajo el suyo, como si le incomodara.

Nos alejamos hacia el automóvil. Detrás nos perseguían los gritos de la loca, rotos por el hipo del llanto:

—La linda... no... no...

* * *

Seis meses más tarde, después de un recibo de Laura, la madre de Gustavo, comprendí lo que Estefanía había querido decirme la noche en que el incendio de «Las Rosas» cortó nuestra conversación. Había olvidado su frase (*quién sabe cuántas veces más volveremos a la estancia*), pero esas palabras y la tristeza de su timidez acudieron a mi memoria cuando Gustavo se refirió a la situación de Duma.

Laura se «quedaba» los jueves a la hora del té. En la sala Imperio de su casa, donde siempre había una mesa atestada de novelas francesas, reuníanse entonces sus amigas y cuatro o cinco desocupados amables. De cuando en cuando, como en esa oportunidad, sumábase al grupo algún escritor, que nunca era muy importante pero que bastaba para conferir a la charla el «tono» que a Laura le complacía tanto. En esas ocasiones aparecían sobre la mesa redonda, decorada con esfinges de bronce, entre los libros de tapa amarilla, a medio abrir, las tazas de porcelana transparente y los platos de *scons*, mezclados en una confusión prevista y que se consideraba bohemia.

Mi amigo y yo regresamos del cinematógrafo temprano. Era la tarde del jueves, en la que no había que ir al colegio, en la que Gustavo me pertenecía un poco más. Tratamos de llegar a su cuarto sin que nos descubrieran, pero Laura, a quien no se le escapaba un disimulo, adivinó nuestra presencia fugaz detrás de los visillos que revestían la puerta que comunicaba la sala con el *hall*. Nos llamó y no hubo más remedio que entrar. De inmediato divisé a Duma en la rueda más cercana de la chimenea, y me alegré porque no había vuelto a verla desde mi temporada en la estancia. El tapado de *breitschwahz* la arropaba lujosamente y el gran sombrero de retrato inglés ponía sombras sutiles en el brillo de su collar de perlas y en su cara pálida, fina, en la que los ojos azules triunfaban, estupendamente jóvenes, sobre la melancolía de las arrugas. Fui presentado, en una ola de perfumes, a varias señoras que hablaban a un tiempo y que se pasaban libros como si fueran bandejas. Me senté junto a Duma en el canapé famoso, que, según Laura, había pertenecido a Talleyrand.

El escritor estaba de pie de espaldas a la chimenea. Era un hombre de unos sesenta años, bien alimentado, de cuello corto. Tenía el pelo lacio, entre rubio y gris,

volcado sobre una oreja. Accionaba como un profesor, con los anteojos que conservaba en la mano como si fueran un lente antiguo, y con los cuales se golpeaba los labios en las pausas de la conversación. En esos momentos sus ojuelos porcinos se achicaban y aparentaba una gran astucia. Enseguida me di cuenta de que lo que más deseaba era hacer reír. Lo conseguía fácilmente. Las señoras y los desocupados no aspiraban a otra cosa. Reían cuando se mofaba de sus colegas (a quienes no conocían, de modo que no alcanzaban el sentido total de sus observaciones), y sus pequeñas anécdotas mantenían el «tono», el tono aquel que Laura perseguía con ingenuo capricho y que en verdad no tenía razón de ser.

Esa tarde oí mencionar por primera vez al autor de *Los Ídolos*. O no... lo probable es que haya escuchado antes su nombre... no sé... lo cierto es que entonces penetró en mi imaginación, con firme paso, gracias a una frase del escritor cuya silueta rechoncha se diseñaba en el resplandor de la chimenea.

—Nadie —dijo— ha expresado a la noche, en este país, como Lucio Sansilvestre. Para haberla captado así hay que estar hecho de la materia de la noche, de oscuridad y de profundidad, de silencio y de misterio. Él es, naturalmente, un hombre oscuro. Se mueve en la oscuridad, como los gatos. Para escribir así hay que ser algo gato... en el buen sentido de la palabra. —Y rió, invitando a las risas que lo acompañaron débilmente.

Gustavo se arriesgó a hacer una pregunta y me sorprendió su audacia:

—¿Por qué?, ¿por qué no la ha expresado nadie así?

El escritor sonrió, condescendiente. Levantó los anteojos como una batuta.

—Claro... —contestó—, claro que exagero... otros han escrito sobre la noche, sobre el misterio de la noche, mejor que Sansilvestre... pero, mi joven amigo, ¿quién es el autor de estos versos...?

Recitó la primera estrofa del soneto a la Noche de *Los Ídolos*, y Gustavo y yo quedamos maravillados. Hicimos de lado, como si no la advirtiéramos, la afectación irónica en la que el declamador había envuelto a los versos, cuya nobleza es tal que nada podían contra ella las inflexiones artificiosas. Hoy, al recordar cómo llegó hasta Gustavo, por primera vez, la «comunicación» de Lucio Sansilvestre, en vano me esfuerzo por reconstruir su expresión de ese momento. ¿Cómo iba a adivinar yo, cómo iba a presentir él la gravedad del instante, el anuncio que éste traía? Pasó a nuestro lado, rozándonos apenas, y sin embargo en él ya estaba la semilla mortal que florecería en el Avon trece años después.

Con excepción de Laura, que conocía bien la técnica del escritor invitado, los demás no percibieron la malicia con que había recitado «La Noche», así que prorrumpieron en elogios, y la risa de la madre de Gustavo resonó en el coro como una campanita destemplada, desconcertando a las señoras que, temerosas de haberse equivocado, rieron también fuera de tiempo. Luego hubo un silencio, porque esperaron que prosiguiera, pero el escritor, malhumorado, abandonó su lugar frente a la chimenea como quien desciende de una cátedra, y vino a sentarse entre nosotros.

La conversación se repartió en los grupos, aliviados en el fondo por la actitud del hombre de letras, pues ella les permitía reanudar su parloteo de siempre, regresar a los chismes, a los trapos, a la chacota.

Él, entre tanto, se alisaba el pelo rubio-gris, que volcaba sobre la oreja izquierda, y se golpeteaba la barbilla con los anteojos. Se había ubicado en un sillón, junto a Duma, quien ocupaba conmigo el presunto canapé de Talleyrand. La señora giró hacia él, dándome casi la espalda, y se enfrascó en una conversación en la que los nombres de Ana de Noailles, el Príncipe Brandini, Edmond Rostand, Lady Westborough y Henri de Régnier surgían de repente, más claros, realzando las frases que yo no lograba entender, porque Duma, según su columbre, hablaba con rapidez nerviosa. El procedimiento me irritó y me decepcionó. Me pareció que Duma me significaba así que nuestra intimidad de la estancia había quedado atrás, tan lejana como el río y como las torres. Yo tenía a la sazón quince años y me atormentaba una terrible inseguridad. Estaba por levantarme y reunirme con Gustavo, quien, unos metros más allá, me espiaba con una mueca burlona, cuando Duma se volvió hacia mí, me puso en el brazo la mano de largos dedos, adornada por la esmeralda, y me dijo al oído algo muy veloz que no comprendí, pero con un modo que me colmó de placer porque restablecía esa intimidad remota. Luego se encaró nuevamente con el escritor, dejando sobre mi manga azul su mano en la que la piedra brillaba como un insecto, como una cantárida fascinante. Entonces fue su interlocutor quien dio muestras, con las miradas furtivas que dirigía hacia esa mano que mantenía entre ella y yo una especie de complicidad frente a él, de la inquietud que le causaba la relación de Duma con un muchacho de tan poca importancia. Ella lo notó enseguida —yo también— e intensificó la coquetería de su juego, dándose vuelta de tanto en tanto a murmurarme alguna palabra ininteligible. Gustavo nos observaba. En sus labios se dibujó la sonrisa secreta que yo le había visto antes, en la estancia, cuando su tía abuela nos mandó buscar al subterráneo.

Esa noche, libre ya la casa de los contertulios, me quedé a comer con Gustavo y su madre.

—Duma se va a París el mes que viene, con Estefanía —nos dijo Laura, y añadió —: Yo no sé adónde la van a llevar sus locuras, Gustavo. No quiere escuchar razones. Su situación es muy, muy difícil. ¡Pobre Duma!, ¡es muy vieja para aprender! A los setenta años será imposible que se resigne a cambiar de vida...

Más tarde, cuando me acompañaba a casa caminando bajo los paraísos, mi amigo me explicó que, según se susurraba hacía por lo menos un año, la fortuna de su anciana parienta estaba seriamente comprometida. Me enteré entonces de que los ricos habían sido Duma y el abuelo de Gustavo, herederos de su otro hermano, el constructor del castillo, y de un primo, quien, ése sí, fue fabulosamente acaudalado. En cambio Sebastián poseía lo justo para vivir sin preocupaciones, entre sus libros de historia. El resto de la familia refugiado alrededor —Estefanía, Leonor y Trinidad— dependía casi totalmente de la generosidad de Duma, cuya pequeña corte formaba.

—A la tía Duma le gusta que la adoren —agregó—. Estefanía es su esclava y tío Sebastián su gran sacerdote.

Me acordé de Estefanía, de la mirada con que abarcó el salón dorado del castillo, los muebles pesados como tronos, los cuadros con mucha anécdota (había uno en el que una marquesa recibía a un cardenal), de la tristeza con que murmuró, como si yo no estuviera presente, deslizando los dedos sobre la batalla del tapiz de Bayeux:

—¡Quién sabe!, ¡quién sabe cuántas veces más volveremos a la estancia!

Y, supersticioso, toqué sobre mi manga azul el sitio donde la esmeralda de Duma se había posado como un insecto. Me parecía imposible que Duma pudiera ser pobre algún día. Duma, sin sus pieles, sin sus automóviles, sin Francia, sin los candelabros de oro y los Veronese del comedor de Marco-Antonio Brandini... Duma, avanzando como Mme. du Barry hacia el despojo, hacia la muerte, llorando como Mme. du Barry, implorando, como ella, por un poco más de vida... de su vida...

Sebastián murió ese mismo año, en pleno invierno, repentinamente, del corazón. Me impresionó mucho la noticia, que Gustavo me transmitió por teléfono, y por la noche fui a la vieja casa del barrio del Sur donde moraba el novelista, la casa que había sido de sus padres. Era grande, oscura y fría. El viento andaba por los patios, haciendo tiritar las plantas en los macetones. El edificio, al cual yo no había entrado antes, daba la sensación de estar desmantelado. Atravesé varias salas casi vacías y me asomé tímidamente al dormitorio donde la familia se había reunido alrededor del ataúd. Sebastián había limitado su vida a esa habitación y a la gran biblioteca vecina en la cual ardía un fuego débil. El resto, la serie de aposentos desnudos y de negros corredores, se apretaba en torno de esos dos cuartos a los cuales aislaba de la calle la helada amplitud de los salones, en los que el papel que vestía las paredes multiplicaba las manchas de humedad.

El tío Sebastián yacía con las manos juntas. No sé por qué lo habían amortajado con el hábito de San Francisco. Cuatro aparatos eléctricos horribles, que simulaban velas, arrojaban sobre la palidez de su rostro una luz dura. La muerte lo había esculpido en cera, y el tizne de barba que comenzaba a sombrear sus pómulos contribuía a poner interés en esa cara que debía haber sido hermosa en su juventud, pero a la que algo imprecisable —quizás el miedo a la vida— había transformado en una máscara ambigua y mediocre. Ahora que la vida ya no estaba ahí, ahora que no había por qué temerla, los rasgos de Sebastián conquistaban una intensidad que no habían poseído nunca, de modo que, muerto, parecía más vivo que antes. Tal vez había empezado a vivir, desde la madrugada anterior, en una región más propicia.

Había bastante gente allí y en la biblioteca, pero yo no conocía a casi nadie. Sentí la ausencia de Duma, quien viajaba por Europa con Estefanía. A Gustavo lo encontré, sentado entre Leonor, Trinidad y su madre, a pocos pasos del féretro. Se hablaba en voz muy baja, pero del escritorio contiguo venía en oleadas, cuando se abría la puerta, el zumbido de las conversaciones y de las ahogadas risas. A veces se oían los rezongos del viento en los patios.

Hasta entonces yo no me había apercebido de lo que su tío significaba para Gustavo. En la estancia, Sebastián desaparecía. Podía hallarse en la misma habitación que uno sin que se lo advirtiera. Silencioso, cruzaba los cuartos y siempre llevaba en la mano algunos papeles a medio escribir, o un libro. Cuando estaba con Duma se iluminaba. Era, junto a su hermana mayor, como una lámpara quieta. Tampoco hablaba en estas ocasiones. Escuchaba sus relatos sonriendo, y si la señora se dirigía a él especialmente o recordaba un episodio vinculado con la infancia de ambos, era como si unos dedos invisibles hubieran avivado la mecha de la lámpara inmóvil. Pero delante del cadáver que evocaba al San Francisco muerto de Zurbarán, del Prado, comprendí cuánto lo había querido Gustavo y me sorprendí. Tal vez por eso lo quise más desde ese instante y descubrí en él algo nuevo, distinto.

Pronto empezó a irse la gente. A medianoche apareció el escritor abotargado, de ojos de cerdo, a quien yo había visto en el té de Laura. Fue de un grupo al otro, muy preocupado. Enseguida nos enteramos de que debía hablar en el entierro; lo que no se entendía es en nombre de quién. Proclamaba los méritos de Sebastián, pasándose la mano por el pelo rubio-gris y repitiendo como un estribillo:

—Fue un gran artista, un gran artista.

Dos veces lo pesqué garabateando disimuladamente en una libreta algún dato sobre Sebastián, sobre su libro inconcluso y sobre los libros, inconclusos también, que lo precedieron. Probablemente no sabía nada de él. Al rato se esfumó. Iba a redactar la oración fúnebre. Lo detesté. Me pareció que se había apoderado del muerto, como un embalsamador o un vampiro. Y lo envidié, porque me hubiera encantado pronunciar un discurso en la tumba al día siguiente, un discurso empavesado de frases magníficas, y recoger, como fruto precioso de mi elocuencia, el llanto de Gustavo y de las mujeres. Pero al mismo tiempo me horrorizó la perspectiva de tener que hacerlo, de pararme ante un sinfín de personas atentas, retorciendo un papelito, balbuciendo, atragantándome, y me alegré de ser un chico y de poder perderme entre el auditorio sin que nadie se fijara en mí. De todos modos detesté al escritor pomposo, quien había salido con tal seguridad, con tal dominio de las circunstancias, que se dijera que con él se había llevado al muerto, al personaje principal de la escena que allí se representaba, a un sanctasanctórum más misterioso, donde la máquina de escribir hacía las veces de altar, abandonándonos condescendentemente el despojo del hábito franciscano para que prosiguiéramos nuestra liturgia mínima.

Poco después partieron Laura y Leonor. Trinidad y Gustavo anunciaron que se quedarían a velar hasta la mañana. Yo resolví acompañarlos. Desde el fallecimiento de mi padre, ocurrido cuando yo tenía once años, no había estado en una ceremonia como ésta. Puede ser que la idea de permanecer allí cuando todos se habían ido me atrajera porque ella me «agrandaba» para mis años; puede ser también que yo pensara que mi actitud contribuiría a acentuar mi intimidad con Gustavo. Llamé a mi madre, para comunicarle mi propósito, y me aprobó. A la una no estábamos, en la mortuoria

cámara, más que Trinidad, Gustavo y yo, con dos monjitas opacas, posiblemente enviadas desde el asilo fundado por el hermano de Sebastián, el abuelo de Gustavo, y cuya presencia se adivinaba en la sombra por el rumor de los rosarios y por los hondos suspiros.

Mi amigo y yo nos sentamos en el escritorio, en un sofá grande, frente a la chimenea. A pesar de que atizamos el fuego, hacía bastante frío. Sobre las mesas había tazas de café y los ceniceros desbordaban de cigarrillos a medio fumar. Los libros cubrían totalmente las paredes, las mesas, las repisas. Los había sobre las sillas, apilados, y en el suelo. Encima de la chimenea, nos miraba el retrato de Duma por Philibert Chénier. Sebastián lo había ganado como un trofeo, y ahora estaba ahí, sonriente, presidiendo la habitación donde el muerto había pasado la mayor parte de sus días. La otra única efigie que se veía en el cuarto era, apoyada en una de las bibliotecas y fija sobre una especie de atril, una reproducción fotográfica muy amplia del cuadro de Aman Jean «La délivrance d'Orléans», cuyo original conocí muchos años más tarde en el Museo de Orléans.

—Son las dos pasiones de tío Sebastián —susurró Gustavo.

Mis ojos iban de una imagen a la otra, del retrato mutilado al retórico séquito de Juana, quien, guiada por San Miguel, por Santa Catalina y por Santa Margarita, avanzaba a caballo, vestida de hierro, destacándose en un fondo de lanzas, hacia la ciudad que debía liberar. Nada más distinto, más contradictorio, que las dos figuras que decoraban la biblioteca. Duma me contemplaba con sus ojos azules, desde el óleo del suicida, y la Doncella cerraba los suyos y unía las palmas en oración, recortada de perfil sobre la gualdrapa de la cabalgadura. Y lo curioso es que ambas tenían aureolas, porque Duma había conservado la que en torno de su rostro pintarrajeó la loca de la estancia.

Gustavo cabeceaba. Desde el alba estaba en pie. Se le caían los párpados que el llanto enrojecía. Se acomodó en un ángulo del sofá y me dijo, semidormido:

—Voy a tratar de dormir un poco.

Pero yo estaba demasiado nervioso para ensayar de hacer lo mismo. A escasos metros, en el cuarto vecino, Sebastián yacía muerto. Esos cuadros, esos libros, esos trajinados muebles, no le pertenecían ya, como no le pertenecía nada, ni siquiera su intimidad, la intimidad de esa habitación donde había soñado y probablemente sufrido, donde, en el curso de tantos años, habría recibido a docenas de hombres y mujeres, fugaces ocupantes del sofá en el cual Gustavo dormía y a quienes yo presentía ahora, sin cara, rondándome, como me rondaba también el franciscano singular que descansaba en su ataúd con un crucifijo entre los dedos.

El miedo y el frío me impulsaron a levantarme, a caminar por el cuarto, con la esperanza de que Gustavo se despertara. Me aproximé a la biblioteca y curioseé los libros. Quise sacar uno y al hacerlo noté, a su lado, sobre el estante, una mancha de polvo negro. La polilla había empezado a devorarle las tapas. Lo volví a su sitio, repugnado. Me sobrecogió la idea de que los gusanos estaban carcomiendo todos esos

millares de volúmenes. De muchos, pronto no quedaría más que una parte de la encuadernación, el lomo, los tejuelos, lo suficiente para disfrazar su ruina. Detrás, en la oscuridad de los anaqueles, engordaban los gusanos que se enroscaban sobre el polvo repulsivo. Mañana se llevarían a Sebastián, definitivamente, totalmente, no sólo lo que el escritor grueso se había llevado. Y el escritor grueso pronunciaría su discurso en el cementerio, relamiéndose mientras amontonaba palabras para lucirse, para quedar bien con Laura, con Duma, que estaba en Europa, del otro lado del mar. Y sería como si un gusano más, inmenso, se hubiera apropiado del viejo señor para nutrirse de su cuerpo fino, delgado como muchos de los libros que se alineaban a lo largo de las paredes. Entonces la casa se cerraría y en ella se instalaría la soledad. Nadie se opondría ya al avance de las larvas que, poco a poco, abandonarían el refugio de sus galerías, a la sombra de los volúmenes, y asomarían las caras peludas y los ojitos sin expresión —los ojitos del escritor que peroraba, desde una tribuna: Fue un gran artista, un gran artista—; se descolgarían de los estantes, de los cajones; saldrían al patio, inundarían la casa, estirándose, revolviéndose sobre el polvillo negro al que reducían todo. Y de aquello —de aquellos muebles sobrios, de aquel retrato juvenil, de aquella cabalgata férrea que precedían los ángeles con la bandera florida— no quedaría nada, nada.

Me estremecí de espanto, porque había imaginado la escena con terrible nitidez, casi como si fuera una premonición. Gustavo seguía durmiendo: había velado desde las cuatro de la mañana anterior. Me acerqué de puntillas a la cámara fúnebre, entre el perfume mareante de las palmas que empezaban a marchitarse. Trinidad y las monjitas dormían también. La luz atroz de las bombitas eléctricas, desde la altura de los cirios espantosos, bastardos, «mecánicos», caía sobre la cara de Sebastián, acusándola, triangular, bajo la capucha. Me tranquilizó la calma de sus rasgos. Sí, Sebastián dormía como los otros, reposaba. Nunca lo vi tan sereno.

Regresé a la biblioteca y me senté en la silla de cuero, delante del escritorio. La lámpara bañaba, en la mesa, los libros de consulta del novelista historiador, muy hojeados: los dos tomos de Caze; los cinco tomos del proceso; Michelet, France, Lang, Hanotaux; libros y libros; los cuadernos de apuntes; el manuscrito de la obra de Sebastián. Estaba éste dentro de una carpeta blanca, de pergamino, con la palabra «Jehanne» trazada en letras góticas sobre el escudo de la santa: los lises, la espada y la corona. La abrí. Me pareció que podía hacerlo, que no traicionaba a nadie. Inconscientemente, me sumaba a los que hurgarían en esa intimidad, los que andarían por los roperos y las alacenas del muerto, contando los tenedores de plata, sacando de la percha el sobretodo forrado de piel de nutria, manoteando los papeles.

Sebastián había escrito mucho. Di vueltas a las páginas. Leí aquí y allá, al azar. Buscaba los «diálogos» —que era lo que yo prefería en las novelas—, y me decepcioné al no encontrarlos y al hallar, en cambio, múltiples descripciones desesperadamente minuciosas de ciudades, de trajes, de hosterías, de crepúsculos, de yelmos, de halcones. De vez en cuando, entre las hojas de caligrafía delicada,

aparecía una carilla con anotaciones cronológicas, con detalles sobre la familia de Carlos VII, sobre la locura en la historia, sobre la política inglesa en el siglo xv, sobre la poesía de Charles d'Orléans. Los pequeños mapas alternaban con los dibujos de monedas, con los árboles de genealogía. Había ahí, apretado, un material enorme. Hoy se me ocurre que Sebastián hubiera debido escribir no una novela sino una vida de Juana de Arco. Pero él quería ser novelista. Y yo, en ese instante, aunque lo que leí me aburría, lo admiré por eso, por ese afán de crear, de inventar, de lanzar los personajes a decir cosas, a moverse, a vivir.

«Jehanne»... «Jehanne»... un mundo de castillos, de fosos, de puentes levadizos defendidos por ballesteros... un mundo... Sebastián se encerró dentro de él, como un señor feudal. En el castillo de la estancia que levantó su hermano, remedo disparatado de esas fortificaciones, la realidad dejaba su sitio, para él, al séquito sonoro de Juana de Arco, cuyas figuras se enlazaban con las del tapiz de Bayeux —el mundo de Leonor y Estefanía— y con los *dandies* de las miniaturas —el mundo de Trinidad.

Seguí volteando las páginas. Los nombres extraños: Bertrand de Poulengy, Jean de Novelonpont, Regnault de Chartres, Durand Laxart, se erguían, armados, como prestos a saltar del manuscrito, entre cuyas raspaduras y borrones iba y venía la palabra «Jehanne», salpicando las hojas. El viento sollozaba en el patio de la casa del barrio del Sur donde yacía Sebastián, y su voz quejosa se mezclaba con esas voces arcaicas, como se mezclaba el acre perfume de las flores mustias con los olores de ese cuarto en el que las polillas invisibles trabajaban sin cesar.

Una de las sueltas carillas, colmadas de fechas y de notas, que interceptaban el relato dentro de la carpeta, me detuvo no sé por qué, como si una mano apoyada en mi hombro hubiera acentuado su presión. Sus apuntes comenzaban con la descripción del ropaje de Carlos VII, según el retrato de Jean Fouquet, del Louvre, pero el tío Sebastián había dejado repentinamente ese tema por otro. «Es necesario —decía a continuación— dar jerarquía al personaje de Jean V, Conde de Armagnac. Un hombre curioso. Enamorado de Isabel, su hermana. Enamorado de su hermana. La amaba. Hasta pidió al Papa Calixto III dispensa para casarse con ella. Un loco, evidentemente. Llegó a fraguar una bula pontificia. Parece que el Papa lo absolvió después. Lo asesinaron. Mostrarlo cerca de Jehanne. Y cerca de Isabel, su hermana, de Isabeau, Isabeau, Isabeau...» Y la palabra Isabeau se repetía a lo largo de los renglones, como si quien la había escrito se hubiera distraído y, mientras seguía el curso de sus pensamientos, maquinalmente, hubiera continuado dibujando las letras de Isabeau... Isabeau... Isabeau...

Alcé los ojos hacia el retrato triunfal de Duma. Quimeras, monstruos que hasta entonces nunca habían atravesado por mi mente, me embarullaron la cabeza, me confundieron, y tuve miedo una vez más: miedo de ese retrato; de esa biblioteca que los gusanos roían; del Conde de Armagnac, el loco, que había desafiado al Papa; de una escena que había entrevisto en la estancia, rarísima, y que no podía olvidar: la de Duma desprendiéndose del brazo de su hermano en la galería, cuando el eclipse.

Cerré la carpeta y me deslicé hasta la habitación contigua. Me senté junto a la amodorrada Trinidad y, sin mirar al franciscano muerto, me puse a esperar que Gustavo, ella y las monjitas se despertaran. Hacía mucho frío.

—¿Dónde estará Duma? —pensaba yo—, ¿dónde estará Duma ahora?

Y Europa era para mí algo semejante al reloj alemán del comedor de mi abuelo, pero un reloj inmenso, complicado, con millones y millones de figurillas que se movían simultáneamente, cada una con su propio engranaje escondido; un laberinto de autómatas que cumplían su misión inexplicable, subiendo y bajando por los caminitos del reloj, por playas, por museos, por restaurantes, por catedrales; un laberinto en el cual sería imposible descubrir a Duma y decirle que Sebastián, su hermano, había muerto, porque ella tenía otras cosas que hacer, impostergables, en las tiendas, en los teatros, en las pinacotecas, en los salones, en el salón del milenario Príncipe Brandini, aquí y allá, aquí y allá, subiendo y bajando, subiendo y bajando, gastando dinero y más dinero, quemando lo que quedaba de su fortuna, mientras Sebastián, del otro lado del océano, dormía por fin.

* * *

Fuimos a la estancia al año siguiente. Sin Sebastián, sin Duma, sin Estefanía, se acentuaba la solitaria amplitud del castillo. Resonaban los pasos, con largo eco, en los cuartos donde las cortinas se descorrían raramente, para evitar que el sol dañara los géneros viejos, las flores negras y rojas del damasco, los tulipanes del terciopelo de Génova.

Durante una semana, Laura nos acompañó. Luego se fue, invitada por amigos, a lugares mundanos. Odiaba esa casa en la que el recuerdo de su marido la hería de súbito. Una vez me lo dijo, sin nombrarlo:

—Esta casa está llena de espectros. No es una casa buena.

A mí no se me había ocurrido, hasta ese momento, que una casa pudiera ser buena o mala, y menos que fuera malo el castillo, al que yo consideraba incomparable, porque para mí el castillo era la casa de Gustavo y de Duma y también la casa en la que yo había hallado lo que faltaba en la mía, ese lujo un poco ajado que, con sus constantes alusiones a otros tiempos y a otras personas, es agudo acicate de la imaginación.

Por otra parte, Laura dedicó su aburrimiento, mientras estuvo con nosotros, a inventar una decoración nueva para el comedor y la sala grande.

—No tiene importancia —me comentó Gustavo—, nada de eso se hará, estoy seguro. Mamá es así.

Ella, entre tanto, iba de aquí para allá, como si cumpliera misiones secretas, con un metro y un lápiz en la mano. Oíamos desde los otros cuartos sus exclamaciones:

—¡Estos muebles son un horror!

Tenía ideas desconcertantes. Quería mandar pintar de blanco los sillones dorados

del salón; quería que serrucharan el aparador gótico y lo transformaran en un cofre; quería tapizar de cretona las sillas de damasco solemne; quería disfrazar con un armazón de madera («que se puede hacer aquí mismo, en la estancia») las molduras de la mesa inmovible del *hall*. Sacaba las lámparas de su sitio y, después de repetir su viaje desesperado sobre los muebles, las restituía a sus originales pies esculpidos, impotente para derrotar la obsesión de sus borlas y sus moños.

—¡Qué lámparas horribles!

A veces la sorprendíamos delante de los jarrones de Sèvres. Con los dedos en las sienes, meditaba. Cuando nos dejó descansamos todos, pero con su partida se detuvo un pequeño motor inquieto que palpitaba en el interior de la casa, y fue como si la casa se hubiera echado a dormir en la barranca, a manera del palacio de la Bella Durmiente.

Leonor proseguía, infatigable, la copia del bordado de Bayeux. Trinidad pintaba el retrato de una señora fea y miniaba una a una, con un pincel delicadísimo, las rosas de su mantilla. Gustavo estudiaba latín. La gente y las habitaciones estaban como detenidos en el tiempo, estáticos, bajo sus fanales transparentes. Aguzando los sentidos, hubiéramos oído crecer la enredadera que, milímetro a milímetro, como un colosal ejército de hormigas, ocupaba las fachadas rojas y grises. A mí esa inercia no me incomodaba. Tenía dieciséis años; lo tenía a Gustavo, con quien hablaba durante horas; tenía el caballo y la perra y el mate de la cocina.

Por las tardes, de cuando en cuando, si estábamos reunidos en la terraza, frente al río, la imagen de Sebastián acudía a nuestra memoria. Descubríamos entonces que los cuatro habíamos estado pensando en él.

—Era un santo —suspiraba Trinidad.

—¡Y sabía tantas cosas! —suspiraba Leonor.

Su sombra pasaba a nuestro lado, rígidas las vestiduras franciscanas, y se metía en la casa, camino de la biblioteca del primer piso.

—Duma pudo volver de Francia, después de su muerte —comentó Trinidad una vez, y fue la única observación que escuché acerca de la indiferencia de su hermana.

—Sí —agregó Leonor—, Sebastián la adoraba.

—Muchos otros la han adorado —dijo Gustavo, imprevistamente, desde su rincón.

Se miraron los tres y hubo un largo, incómodo silencio.

* * *

Una mañana salí a caballo solo. Gustavo había quedado en la casa, dedicado a una audaz e infructuosa traducción del VI canto de «La Eneida». En la ciudad tenía un profesor de latín, a pesar de que en el colegio no estudiábamos esa materia. Su madre quería que se educara como en Europa, y por aquel entonces mi amigo no hablaba más que de Virgilio, de Vergilius. Pero su diversión duró poco: le bastó para

rodarse de textos ese verano y para deslumbrarme con citas sonoras que yo no entendía.

Atravesé un bosquecillo de talas, del lado del río, y debí poner al paso mi moro, porque la trabazón espinosa del ramaje me amenazaba por doquier. Los árboles habían terminado por crear una confusión intrincada, en medio de la cual había sido abierta con hacha y machete la senda que yo seguía, interceptada aquí y allá por franjas amarillas y violáceas de sol. En el corazón mismo de esa pequeña, torturada espesura, tan densa que todo el monte parecía un solo árbol monstruoso, advertí que desde el extremo opuesto avanzaba hacia mí un grupo de sombras. Seguí adelante y cuando estuvimos frente a frente reconocí a Teresa, la puestera de «Las Rosas», a su hija y a sus nietos. Venían en silencio y, temiendo que no me hubieran reconocido a su vez, alcé la voz para saludarlos. No respondieron y se acercaron algo más. El encuentro inquietante consonaba extrañamente con la aspereza del sitio. La loca llevaba todavía el sombrero que yo había visto dos años atrás y los niños no habían crecido nada. Se tomaron de la falda de su madre, histéricos, y señalándome rompieron a llorar.

Yo no sabía qué hacer. El camino era muy estrecho y las cuatro figuras alucinantes lo cerraban, impidiéndome seguir la senda. Entonces la mulata, la vieja de cara caprina, se separó del grupo y se aproximó a mí. Había enflaquecido mucho. Sólo usaba un pendiente, de aquellos muy largos, fabricados con cuentas y hebras anudadas, que me habían llamado la atención cuando con Gustavo estuve en el puesto.

—Niño, niño —me dijo—, ¿adónde vas?

El tuteo y el tono me sorprendieron. De ellos deduje que después del incendio —y a causa posiblemente de él— su extravagancia se había intensificado y que ya estaría tan enajenada como su hija. Su vestido, como el de la Nena, colgaba en jirones. Me impresionó su aspecto, agravado por la enmarañada soledad que nos sofocaba. Como en la biblioteca de Sebastián, la noche del velorio, todo conspiraba allí para excitar el instintivo recelo que me sobrecogía. La loca y los chicos se adelantaron, y mi caballo dio un respingo. Una espina me rozó el hombro.

—Voy al río —le contesté, esforzándome por tranquilizar mi voz.

Pensé: soy un estúpido. ¿De qué tengo miedo? ¿Qué me importan a mí estas mujeres? Son unas infelices hambrientas, unas pobres locas. Y yo soy el amigo de Gustavo, del señor. Cuando estuve en el puesto no me hicieron ningún daño. ¿Qué daño podrían hacerme? Y estos árboles... detrás de estos árboles no hay nada.

Pero tenía miedo, el mismo miedo irracional que me acosó en la biblioteca del tío Sebastián; el miedo a eso, desconocido, que es capaz de surgir de repente en el rostro de una loca o en el respaldo de un sillón por el cual han pasado muchas personas ya muertas.

Ella no habló enseguida. Me vigilaba, astuta; me vigilaban todos, como animales traidores, enemigos, dentro de aquel árbol colosal. Puso su mano morena sobre mi

muslo y en ese instante me asaltó la idea de que ya había vivido esa escena antes, esa misma escena, con el oscuro bosque, el caballo y la mujer andrajosa junto a mí: levantaba la mano y la afirmaba en mi muslo.

—¿Y para qué vas al río? En el río no hay nadie, nadie.

—El río —cantó la loca—, el río, el río...

Aquello tenía un espanto de pesadilla. Alrededor enmudecían las hojas. No piaba ni un pájaro. Estaban todos en torno mío. Me miraban con los ojos de batracios que el bocio asomaba a flor de piel.

—¿Y por qué no vamos a «Las Rosas»? —añadió Teresa—. Allá sí se está bien.

—«Las Rosas»... «Las Rosas»...

La hija reiteraba su eco monótono. Ella también había puesto su mano sobre mi otra pierna. Sentí sus uñas bajo el pantalón delgado.

La mulata cambió de tono. Fue súbitamente voluble:

—Pero no... no... si «Las Rosas» ya no existen... no hay nada en «Las Rosas»... un montón de barro negro y nada más...

La loca la interrumpió:

—La linda —gimió—, la linda... mi linda...

—Sí... tu linda... a tu linda se la llevaron... se llevaron todo...

Ahora conversaban entre ellas, como olvidadas de mí, pero me mantenían prisionero. ¿Qué podía hacer yo? Si hubiera traído una fusta, quizá me hubiera atrevido a abrirme paso. Aguardaba, trémulo, en lo alto del caballo nervioso. Y todo el tiempo, mientras esta escena absurda, siniestra, a la que yo no veía salida, se desarrollaba, la otra escena —la vaga escena recordada, la que había sucedido alguna vez— me rondaba, contribuyendo a mi angustia.

—Tu linda —decía Teresa—, tu linda Duma... ¡porquería!, ¡te vas a callar!... ¿a eso le llamas linda?... yo la llamo mala hembra... eso es lo que es... mala hembra...

La loca agitó el sombrero y soltó su risa. Le cayó la sombra de una rama sobre el plumacho. Los niños rieron en coro.

—Yo la conozco bien —añadió la mulata—, ¡calláte!, ¡calláte!... yo la conozco... «Teresa, mi tisana»... «Teresa, corra las cortinas»... y siempre mintiendo... siempre con hombres y más hombres... Ahora me quemó la casa... porque yo sé... yo sé... yo era la mucama... yo he visto... mala hembra... «Teresa, el batón de flores azules»... porquería... Y la Nena quería el cuadro... ella lo pintó... y se lo quitaron...

—¡El cuadro! —se desesperó la hija con momentánea lucidez—; la linda... mi linda...

Me miró con los ojos llameantes. Los chicos esperaban, inmóviles, como sapos. Había talas a derecha e izquierda y arriba también, con garfios. Entre el ramaje se esmaltaban trozos de cielo.

Teresa parloteaba haciendo bailar su pendiente, como si ya no se pudiera detener:

—Hombres... hombres para la Niña Duma... «El señor Príncipe, Teresa, hay que

atenderlo muy bien»... y «el médico, Teresa»... y «éste, Teresa»... y «aquél, Teresa»... y «Don Carlos, Teresa»... y «el señor Jaime, Teresa»... Y de noche, de noche... ¡porquería!

Los dedos de la loca se habían aflojado. Ahora me acariciaba las rodillas. De repente sus gruesos labios se pegaron a mi pierna, con la fruición con que se habían unido a los labios pintados del retrato de Duma. No me contuve más. Después de todo yo era todavía un muchachito de dieciséis años. El miedo me dio fuerzas. Pegué un tirón a las riendas y el caballo se encabritó:

—¡Cuidado, cuidado!

Lancé el animal a la carrera, cerrando los ojos, sin ver si embestía a alguien. Las mujeres y los chicos saltaron a ambos lados del sendero.

—¡Una mala hembra! —exclamó Teresa engolando la voz—, ¡ándate con la mala hembra!

Las espinas me arañaban la cara, los brazos; las ramas me fustigaban mientras huía. Un minuto después abrí los ojos y divisé la playa. Me volví en la montura. Nada alteraba la paz del bosquecillo. Arriba, el caserón rosa y gris estaba plantado como una figura de escudo sobre el azul del cielo. ¡Cómo me golpeaba el corazón! Me ardía el rostro. Me sangraba una mano. Entré a caballo en el río y galopé, salpicándome, para sentir la frescura del agua. Y entonces, en un fogonazo, recordé la escena que me había perseguido con su obsesión en el monte. No, no era algo que me había sucedido a mí. Era un grabado que en mi infancia había visto yo en la «Historia de Francia», de Michelet, cuando mi madre me la prestaba para que la hojeara en las tardes de su cuarto de costura; la ilustración de aquel episodio en el cual, al atravesar Carlos VI una floresta, un mendigo se arrojó sobre su caballo y, asiendo violentamente las riendas, comenzó a aullar para que el rey próximo a enloquecer no siguiera adelante. Mezclé las dos imágenes en mi azoramiento. El tiempo barajaba sus cartas en ese castillo singular donde todo parecía el reflejo de algo. Las grandes sombras, Juana de Arco, los héroes normandos del tapiz de Bayeux, pasaron un segundo, ecuestres, por el bosque de talas en el cual yo, desde lo alto del corcel como el rey demente, me abatía entre los erizados árboles para liberarme del ser horrible que insultaba a la mujer elegida por mi admiración.

Regresé a la casa velozmente, subí a mi cuarto, me lavé y me cambié de ropa. Abajo, en el salón dorado, el piano intercalaba sus notas con las del arpa. Buscando a Gustavo, me asomé al aposento de recibo que su madre no había conseguido transformar ni siquiera en un detalle. Mi amigo estaba allí, leyendo junto a uno de los ventanales góticos. En el otro extremo, en la penumbra, Trinidad emergía como un espíritu de la masa negra del piano y Leonor se esfumaba abrazada al arpa barroca. Una paz musical flotaba en el aire y comunicaba a los objetos su suave, ritual alegría. Las dos mujeres cambiaban de vez en cuando una frase en voz baja acerca de la partitura que descifraban, y luego la cadencia frágil, cortesana, volvía a crecer. Era algo muy viejo y muy ceremonioso, que yo no conocía y que no he vuelto a oír.

Parecía imposible que a tan corta distancia de un lugar y de un mundo como ése pudieran existir seres como los que me habían atajado en el bosquecillo de talas; parecía imposible que ambas escenas fueran reales, que una y otra compartieran la misma atmósfera. Pero ¿cuál, cuál de las dos tenía el tono de lo verdadero, de lo plenamente real: ésta de las personas intactas, lejanas, misteriosas como grandes peces que se movieran en el fondo de un río de música vetusta, o aquélla del estrépito rencoroso, de los gritos, de la miseria desgredada, de las ojeadas locas?

Leonor me miró desde el triángulo del arpa, como a través de una jaula de oro. Las anticuadas trenzas le coronaban la frente.

¿Nada, en este mundo de Gustavo, sería normal; nada tendría la prevista sencillez de la casa de mi madre? ¿Sería por eso que me atraía como una novela que yo leía página a página, como si los demás no fueran seres vivos sino «personajes» de fantasía y yo el lector único? Pero no: estaban vivos y bien vivos; viva, Teresa; viva, la Nena; vivos, Trinidad y la doliente Leonor y Gustavo, que ahora me sonreía desde la ventana. Había en ese mundo un encanto que todavía hoy no acierto a definir. Poseía —insisto en subrayarlo— la particularidad de aislarse, de tal modo que el castillo y sus huéspedes, por ejemplo, parecían totalmente separados del resto de la gran estancia que bullía más allá del parque, severa, eficaz, con el afán de sus tareas —las yerras, las esquilas, los apartes, los rodeos—, como si la existencia campesina, cotidiana y simple, tan diversa y tan monótona, nada tuviera que ver con lo que sucedía en la casa, en su arboleda y en su jardín. Y poseía también la particularidad de mezclar las épocas, de vacilar entre un tiempo y otro. Eso era algo que yo había aprendido de Gustavo, algo de lo mucho que aprendí de él: a apreciar la escurridiza fluctuación en el tiempo que caracterizaba a los suyos y que ligaba a los vivos con los muertos, proyectando de repente en la evidencia de su medio actual antiguas sombras, sombras de tapices, de miniaturas y de libros, que convivían allí fugazmente, naturalmente, sin esfuerzo, con las tías que hilaban como Parcas y con el tío cuya muerte no lo había alejado del casón.

Crucé la sala en puntas de pie y Gustavo y yo salimos a la terraza juntos. Enseguida, a borbotones, le referí lo que me había pasado. Me costó contarle conservándole toda su intensidad, en esa terraza decorada de jarrones descascarados por la que fluían, cristalinos, los ritmos del piano y del arpa. Pero Gustavo me entendió.

—Sí —murmuró—, Teresa está trastornada. Fue difícil arrancarla de las ruinas de «Las Rosas». Se le: dio un rancho más allá, del lado del arroyo. El marido de la hija aprovechó el incendio para desaparecer. Y ahora no sé... habría que hablar con el mayordomo... hace poco vino un inglés a comprar unos novillos y le pegaron un susto...

Yo no había aludido todavía a lo que Teresa me había dicho de su señora. Se lo dije también. Necesitaba sacármelo de encima. Y además quería saber, quería saber si era cierto.

Gustavo me oprimió el brazo:

—¿Tú le tienes mucha simpatía a Duma?

—Sí. Siempre ha sido buena conmigo.

—Entonces será mejor que lo sepas aquí y no que salgas enterándote por fuera. Yo no lo supe hasta hace poco, después de la muerte de tío Sebastián.

—¿No supiste qué?

—Que es cierto. Había oído, desde chico, cosas sueltas, a los mucamos, a mamá. Pero no entendía, no sabía. Ahora sé. Es cierto. Lo que Teresa te dijo es cierto.

Quedamos en silencio unos segundos. Entre nosotros se había establecido una intimidad, una comunicación, muy afinada, muy aguda, quizá tan rara como la que nos envolvió la tarde en que estuvimos solos en el subterráneo de los platos chinos, dos años atrás.

—A mí me hizo mal —prosiguió—; yo la quiero mucho. Pensé decírtelo entonces pero no me animé. Parece que todo el mundo lo sabe y como siempre la última en ponerse al corriente es la familia... la familia no... sólo yo... los otros lo sabían ya...

La música corrió encima de nosotros, ligera, entrecortada de reverencias gráciles. El piano callaba a veces y el arpa destacaba sus notas un poco duras y frías. Vi, en el recuerdo, la imagen blanca de Duma en el vaporcito, el día de mi primer viaje a la estancia. Vi la imagen de la gran señora distante, un poco altanera a pesar de su cortesía, la señora que era conmigo tan gentil, y fue como si hubieran echado barro sobre el cristal de su retrato, manchando aquella nevada elegancia. La clausura privilegiada en la cual yo mantenía a Duma se llenó de repente de caras sin rasgos. Hombres y hombres, riendo. En mi ingenuidad me figuré las escenas truculentamente. Estaba en la edad en que el muchacho despierta azorado a la vida y en que, interpretando como puede la experiencia de los demás, valiéndose de fragmentos de frases, de cosas oídas o leídas sin comprenderlas totalmente, fabrica sus propios monstruos para poblar el mundo; en esa edad en la que nada le parece ni bastante dramático ni bastante obsceno. Y encontraba a mi lado, imprevistamente, encarnado en una anciana aristocrática, a uno de esos monstruos y, como es natural, lo recargaba de sombras. Y me dolía; me dolía que fuera un monstruo; me dolía que la mujer que había rechazado al pintor Philibert Chénier hubiera sido de tantos en la forma terrible, indecente, que yo imaginaba, porque todavía no podía imaginar de acuerdo con la realidad estricta, que aún no existía para mí. Entonces... ¿qué?... ¿hasta ella?... ¿eso sería la vida, el mundo, lo que me aguardaba; una sucesión de revelaciones tristes, un irme informando, a medida que los años transcurrieran, de que nadie era lo que parecía? Una loca le había dado su aureola a Duma y otra loca se la quitaba. Todo aquello... el maravilloso Marco-Antonio Brandini... las conversaciones con D'Annunzio... todo no era más que decoraciones externas, como la aureola pintada por la loca del sombrero... La verdad... la verdad... la verdad era Teresa gritándome en el bosque de talas para que yo no creyera en nada, para que no me ufanara si Duma me daba el brazo y me atraía, porque eso ya lo había hecho con

otros, con muchos otros, muchas veces, y en una forma más íntima, atroz...

—A mí también me hace mal —contesté—; yo también la quiero.

Era espantoso; repugnaba pensar en esa mujer vieja rodeada de amantes. Mi candor lo pensaba, aturdido, sin convencerse. Además, como yo no había conocido a Duma sino al final de su vida, ubiqué las imágenes en ese momento, sin detenerme a reflexionar que ellas se referían a su larga existencia. Lo que vi es una anciana vestida de blanco, junto a Don Carlos, a Jaime, al médico, al Príncipe Marco-Antonio Brandini, a muchos, muchos otros, en un canapé semejante al que Laura atribuía al salón de Talleyrand. Se besaban. Se abrazaban... qué sé yo... Me estremecí. Me llevé las manos a la boca.

Nos llamaron a comer.

—¿Qué les pasa que están tan callados? —nos preguntó Trinidad.

Años después, al evocar esa revelación decepcionante, la juzgué bajo otra luz, movido tal vez por el afán de disculpar a Duma y de recobrar lo que Duma representó para mí en mi adolescencia. Ya había aprendido que debemos defender a los ídolos que creamos, para defendernos a nosotros mismos, para no desesperarnos. Y me dije que, así como en ciertas familias, de repente, aparece un ser elegido que acapara toda la hermosura física o toda la inteligencia de una generación, de tal modo que ni allegado parece de los otros, Duma había monopolizado, dentro de la suya, la vida. Fue la que vivió por los demás. Hasta en eso se había manifestado la vehemencia de su espíritu posesivo. Había sido la única que vivía, la dueña de la vida. Los demás simulaban vivir, pintando miniaturas, tejiendo estampas, urdiendo imposibles novelas, soñando con Lucio Sansilvestre, pero a la vida le tuvieron miedo y no vivieron en verdad. Vivieron a través de Duma. Ella se encargaba de manejar a la realidad, a la realidad cruda; de amar, de darse. Ellos no. Ellos la amaban a ella, con un amor equívoco, callado, como el de Sebastián, o se acercaban a ella, como Estefanía, para recoger algo de la irradiación de su vida plena. La veían pasar, encendida, iluminada, desde sus celdas atestadas de manuscritos y de telares, y su calor atravesaba los cristales que cerraban las celdas frías y les comunicaba un poco de esta tibieza que temían y que probablemente añoraban.

Pensé así años más tarde, pero el día del descubrimiento no tuve de qué asirme para no zozobrar. Me sentí despojado. Me habían robado la noble señora que caminaba conmigo por la terraza del castillo, y habían dejado en su lugar a una mujer a quien yo no reconocía porque hasta de expresión había cambiado y cualquier gesto suyo, aun el más inocente, repercutía en alusiones ambiguas, en sospechas.

* * *

Duma regresó de Europa en la primavera del otro año. Meses antes, se anunciaba su vuelta como inminente. Su situación había hecho crisis y ahora era inútil pretender disimular. Supe que en Londres había vendido varias alhajas.

La vi en lo de Laura, el día en que Gustavo cumplió diecisiete años; entonces, rumbosa como siempre, le regaló el ejemplar de *Los Ídolos*, encuadernado en cuero rojo, que mi amigo me mostró al día siguiente en el colegio: el libro que, como una brújula, marcó el derrotero de su pobre vida.

La señora había cambiado, había envejecido. Es posible que en esa oportunidad yo la mirara con resuelta prevención, acicateado por los prejuicios que me impuso lo que conocía de su pasado. Otra Duma estaba ante mí... o por lo menos yo la juzgué tal, aunque seguía siendo la misma: una vieja pintada, teñida, con los rasgos tironeados por la cirugía estética, con los ojos falsamente jóvenes, con un turbante ridículo.

¿Y «eso» había sido adorado por tantos? Decididamente, los hombres son locos... Y no me daba cuenta de que quienes me empujaban por esa corriente de pensamientos eran los celos; que lo que en realidad sentía eran celos —me hubiera echado a reír si alguien me lo hubiera dicho—; celos de la distancia que el descubrimiento había puesto entre nosotros: entre mi exigüidad de muchachito modesto, enfermo de timidez y de pudor, y aquella señora célebre, rodeada de amantes, de personas que —ellas sí— le habían importado, habían contado en su vida, no el extravío de unos celos sensuales provocados por lo que ellos habían «hecho», pues me habría horrorizado la posibilidad de ubicarme la misma situación, sino unos celos brotados de la sensación de que yo no había podido significar nada para ella nunca, ni un minuto, y de que ese personaje que yo había imaginado ser y que me encantaba y me exaltaba ante mí mismo, asegurándome contra mi cortedad —esa especie de amigo jovencito, de confidente privilegiado—, se esfumaba porque no había existido jamás, ya que cuando Duma se acercaba «en verdad» a un hombre su vínculo tenía una fuerza, un poder de auténtica ligazón, diametralmente opuesto a la relación que medió entre nosotros y en la que yo llegué a cifrar un orgullo idiota, como si ella me confiriera un testimonio de refinamiento, de calidad, de todo lo que Gustavo y los suyos simbolizaban, aun reconociendo sus deficiencias, para mí.

Las alusiones a la pérdida de su fortuna me habían movido a pensar, ingenuamente, que cuando volviera a encontrarme con Duma comprobaría de inmediato, sobre ella misma, los síntomas de su decadencia. Y como es natural no fue así. Seguía siendo la señora de los trajes suntuosos, del impertinente que deslumbraba, de la esmeralda en el anular. Quiso arrebatarme en el chisporroteo de sus «elles» y de sus palabras en francés, que manejaba como un prestidigitador, girando de izquierda a derecha el nudo de su turbante, pero el hechizo no surtió efecto. Ya no era para mí el personaje casi raciniano —¿no he escrito alguna vez que me recordaba a «Bajazet»?—, el personaje que debía hablar en enfáticos alejandrinos. Era el resto de un naufragio, *une épave* como hubiera dicho ella refiriéndose, por cierto, a cualquier otra. No sé si se percató del cambio en mi actitud. Si mi vanidad lo supuso entonces, hoy no lo creo. Duma era demasiado importante, había sido demasiado mimada, había tenido demasiadas pruebas de su poder, para admitir

deserciones al final de su vida.

Sólo unos momentos estuve con ella en casa de Gustavo. Se iba con Estefanía a un concierto («Debussy... *savez vous?*... me hace pensar en Maeterlinck... Maeterlinck me puso en un abanico, la noche del baile de Arenberg: *Vous êtes...* etc., etc.»...). Ya no volví a verla más.

Medito ahora nuevamente en la singular contradicción de las dos desilusiones que le debo: la de que no hubiera accedido al amor de Philibert Chénier, el pintor joven, y la de que hubiera correspondido locamente al amor de tantos. Pero en verdad, si bien se mira, no hay tal incompatibilidad en mis reacciones. Probablemente, cuando supe la historia de su rechazo, sentí que era como si me hubiera rechazado a mí, me identifiqué en cierto modo con Chénier, por la separación que Duma marcó entre su encubrimiento arrogante y la pequeñez del artista sensible, una distancia que, sin embargo, era menor todavía que la que nos alejaba a ella y a mí; de modo que en mi apocamiento deduje que, en circunstancias iguales, aunque yo hubiera sido un pintor de mérito, se hubiera repetido conmigo la escena dolorosa que provocó el suicidio de Chénier; mientras que los otros, el Príncipe Brandini, Don Jaime, Don Carlos, los que habían aceptado su capricho, pertenecían a un medio que no era el mío, al propio medio inviolable de Duma, y por eso, por el hecho de que ellos hubieran gozado de su intimidad más íntima afianzándose en ventajas tan parciales, los odié más aún y mi decepción fue más grande, al repetirme que personas como Philibert Chénier y yo, por reconocidas que fueran sus condiciones, estaban desterradas de ese paraíso. ¡Qué niño era yo en esa época! Sentimientos confusos, encontrados, que sólo en parte logro analizar hoy, con la paciencia de un médico que se inclina sobre el recuerdo del muchachito a menudo atormentado que fui, me embargaban. Lo único que distinguía con claridad era mi pena y mi irritación al sentirme injustamente despojado, porque en verdad... en verdad... Duma no me importaba tanto en sí misma; lo que me importaba, lo que me hería, era el despojo, aunque ni yo mismo comprendía con exactitud qué me habían quitado. Si el proceso que trato de exponer hubiera tenido por motivo a Gustavo, mi amigo, otra, más honda, más vital, más sincera, hubiera sido mi pesadumbre.

* * *

He escrito estas páginas para mostrar cuál era el ambiente que rodeaba a Gustavo y en qué forma podía predisponerlo a ser víctima de una sugestión que en medios más normales no se justificaría. Su mundo era un curioso mundo de idólatras, de refugiados en distintas capillas arbitrarias. Otros, para escapar de la realidad y de sus choques, se han guarecido en ermitas, en grutas de los desiertos, y han dejado que sus existencias transcurrieran allí, aisladas, duras, exaltadas por el fuego místico cuyo fulgor borra todo el resto. Él y los suyos, no. Eran demasiado sibaritas, demasiado débiles, para emprender ese rumbo arduo, y les faltaba la alta fe que a él conduce:

pero sintieron la necesidad de sus propias ermitas suntuosas que los defendieran de una vida en la cual descubrirían que su privilegio tenía un fundamento que ellos solos habían elaborado. Y alzaron su castillo, sus tapices, sus libros, para no ver lo de afuera, para que no les sucediera lo que a Duma le sucedió por meterse con la vida que, si se la hostiga y se la persigue, exigiéndole más y más, a la larga puede cansarse e infligir una derrota cruel.

Pero ya que he referido lo que sé de Duma, basándome en mis recuerdos, cerraré estas memorias narrando cómo terminó. Todavía vivió seis años. Fue Trinidad quien me contó el extraño desenlace. Así me enteré también de algo que hasta entonces había ignorado, y es que Trinidad no la quería.

Duma tuvo que dejar su gran casa al año siguiente e irse a vivir a un departamento. Eso la trastornó y derribó las defensas que a pesar de los embates había conservado. Sólo entonces, al abandonar su marco magnífico y trocarlo por otro que a mi madre y a mí, por ejemplo, nos hubiera parecido envidiable, pero que para ella certificaba la modificación fundamental que había ocurrido en el tren de su vida, tuvo la medida de su desmoronamiento. Y no pudo resistirlo. Carecía de armas para protegerse. Indefensa por primera vez, sucumbió.

Estefanía la acompañó durante esos años tristes. Llevó al departamento todo lo que consiguió salvar: los muebles monumentales hechos para salas de otra holgura; las arañas venecianas; los bronce de principios de siglo; los cuadros que nadie compró en los remates porque no estaban de moda ya; el retrato de Duma rescatado de la casa de Sebastián como antes había sido rescatado de las llamas y que seguía simbolizando, con macabra insistencia puesto que allí todo estaba muerto, la belleza del tiempo ido.

Duma empezó a negarse a salir. Era vieja y la gente había dejado de interesarse por ella. Su derrota incomodaba, como un aviso inoportuno, como un «Mane, Thecel, Phares», en mitad de una fiesta. Lo que a ella le había pasado, a otros, a todos les podía pasar; pero era mejor ni recordarlo, ni entrever su posibilidad cuando la suerte sonreía. Así que la eludieron. La trataban con deferencia, con una deferencia sospechosamente excesiva, porque su antigua fascinación, la fascinación de su nombre, conservaba un reflejo del fulgor que acompaña a los mitos prestigiosos; pero la evitaban. Personas que antes la habían adulado y perseguido se desquitaban de gestos y actitudes que nadie les había impuesto sino su propia codicia mundana, su afán de participar, aunque sólo fuera como espectadores, del triunfo frívolo, y se dieron el lujo de condenarla, de repudiar sus flaquezas, olvidando todo lo demás, todo lo que Duma había significado por la sola virtud de su aristocrática presencia.

La señora recibió los golpes de las manos de hierro enfundadas en guantes de seda, aparentando que no los sentía. Pero en verdad no pudo resistirlos, porque la ironía y la indiferencia, que hubieran sido sus armas mejores, la traicionaban; como no pudo resistir tampoco la cotidiana visión de esos cuartos pequeños, en los que las maderas doradas, los damascos y los bronce la sitiaban, entorpeciendo su paso,

acosándola, agobiándola, sustituyendo con mudos testigos exiliados el alegre círculo obsequioso que la rodeaba, que la asediaba antes, cuando era rica, cuando era bella, cuando era joven, cuando bastaba un ademán suyo para ungir. Y se encerró.

Gustavo, a quien yo, como he dicho, vi cada vez menos, pues las distintas carreras universitarias nos separaron, solía visitarla en su abarrotado asilo, pero la instintiva preocupación de elaborarse su propia celda en el mundo poético de Lucio Sansilvestre —la celda dentro de la cual halló la muerte— lo alejó más y más de su tía, quien, por otra parte, a medida que los meses transcurrían, multiplicaba las pruebas de su ruina senil. Poco a poco Duma se negó a conversar, y en cambio colmaba los silencios de su casa con monólogos que ahuyentaban a los escasos visitantes. Hasta que por fin nadie fue a verla.

Entonces su vida se redujo al breve espacio de su balcón, los días tibios, y de su dormitorio, cuando el frío no la dejaba asomarse a la calle. Se sentaba en una mecedora, detrás de la balaustrada o del cristal, y miraba, miraba, hablando con un hilo de voz. Usaba siempre su esmeralda magnífica y la rápida luz de la piedra atraía de vez en cuando los ojos de un transeúnte. El paseante, sorprendido, descubría en un primer piso, como un olvidado maniquí de cera, una anciana inmóvil. En la habitación vecina, Estefanía, Penélope sin esperanzas, continuaba bordando las heroicas escenas del tapiz de Bayeux. Algunas tardes la ayudaba Leonor; otras, llegaba Trinidad, con sus miniaturas, con sus pincelitos; las más las pasaban solas. A veces la señora parecía más sensata y hablaba con tranquilidad.

Así anduvo el tiempo, lentamente... tres años, cuatro años, cinco años... En el tapiz que según ciertas tradiciones fue obra de la Reina Matilde, esposa del Conquistador, los guerreros, los caballos y los navíos se sucedían, monótonos. Recuerdo que Estefanía me dijo, cuando estábamos en el castillo, que el infinito paño contenía más de seiscientas figuras de hombres y quinientas de animales. Ahora ese castillo y la estancia no pertenecían a la familia de Gustavo. Cuando Duma debió subastar su parte del campo, Laura aprovechó para convencer a Gustavo de que a ellos les convenía hacer lo mismo. La casa era demasiado grande y para ella no contenía más que recuerdos tristes. Y se vendió. Había otros campos, otras grandes casas que era necesario sostener.

Tres años... cuatro años... cinco años... El tapiz, el tapiz con sus cuarenta y cinco perros, sus doscientos caballos, sus cuarenta naves... como si ya nada pudiera acontecerles a Duma y a sus acompañantes... nada... fuera de agregar camellos, esfinges, pájaros y dragones a las franjas del bordado; fuera de hacerse aire silenciosamente con el abanico, en primavera, o de frotarse suavemente las manos, en invierno, escuchando al sobrino sin prestarle mucha atención, cuando se presentaba de tarde en tarde y hablaba como un enamorado de Lucio Sansilvestre, de Lucio Sansilvestre, del soneto a la Noche, del poema sobre la Duda, de *Los Ídolos*, de *Los Ídolos*... mientras la vieja señora continuaba moviendo los labios, inaudible, y en el fondo del cuarto, alternándose según los días, las tres mujeres de luto bordaban y

pintaban junto a la mesa cargada de fotografías, de retratos del Príncipe Brandini, con su uniforme de la Orden de Malta, de D'Annunzio, de Mme. de Noailles, de Gustavo, del pobre Sebastián, de la Duse, de lady Westborough y sus célebres perros de San Bernardo, de reproducciones de cuadros de Boldini y de efigies de señores de bigote retorcido, con buenos ojos, que era mejor no detenerse a identificar...

Así fue hasta que el estudiante se mudó a la casa frontera de la de Duma y también al primer piso. No sé su nombre. Trinidad no lo sabía cuando me contó el cuento, o no me lo quiso decir. Era, según parece, un muchacho rubio, provinciano, de veinticuatro o veinticinco años. Por la mañana se lo veía, en mangas de camisa, afeitarse delante de un espejito que había colocado junto a la ventana cuyo tul alzaba para dejar que entrara la luz. Luego se sentaba a una mesa atiborrada de libros, con mucho grueso código, ante esa misma ventana, y leía sin descanso. Por la tarde desaparecía. Desempeñaba, en alguna parte, un empleo modesto. Y de noche leía un poco más al calor de la lámpara. Un muchachito rubio, muy pobre, que estudiaba derecho, recatado, fino, cualquier otra cosa...

Día a día, Duma se fue interesando por él. Era algo nuevo en el limitadísimo cuadro de su vida. La fachada gris del edificio de enfrente se había iluminado con su presencia, con la llama de su pelo. Duma lo contemplaba desde la mecedora, y el muchachito, a su vez, comenzó a sentir la insistencia de esos ojos fijos en él y de los cuales no lo separaba más que la anchura de la calle. Una mañana, cuando estaba afeitándose, acaso porque brillaba el sol y el día era hermoso, le sonrió. La señora vieja le sonrió también. Fue como si de repente se resquebrajara aquella máscara antigua. Lo saludó con el abanico. Desde entonces se estableció entre ellos una relación singular, que desaprobaba Estefanía, y cuya única manifestación se traducía en una serie de gestos amistosos, escalonados en el curso de las horas. A veces, fatigado de machacar leyes, él se lo daba a entender a Duma con un ademán que traslucía su cansancio, y ella, de su lado, le significaba cuánto lo compadecía en ese trance.

El muchacho sustituyó, dentro del monólogo permanente de la anciana, los temas laberínticos que lo habían nutrido desde que vivía en el departamento.

—¡Pobre chico! —solía decir—. ¡Con este calor!... un chico tan bueno... tan simpático... debiera estar pescando... divertirse... *pauvre garçon*...

Y el resto de sus palabras se sumía en un rezongo confuso para aclararse poco después y reanudar el elogio deshilvanado del vecino:

—Tan bueno... tan bueno... mirando a esta pobre vieja... como si no hubiera otras mujeres que mirar... ¡ay, Estefanía, Estefanía!... antes me miraban... antes... ¡cómo me miraban!... ¿te acuerdas en Biarritz... o no... no fue en Biarritz... en Cannes... no sé... ya no sé nada... aquel hombre... aquel alemán... que me miraba siempre... en el hotel... siempre...? ¡Pobre muchacho!... ¿ves? Estefanía... ese bordado te va a matar... ¿ves que me mira ahora?

Del lado opuesto de la calle el estudiante había levantado los ojos de su texto y

sonreía con un relámpago de dientes. Estefanía se encogía de hombros. Trinidad, si por azar estaba allí, se quitaba las gafas que le imponían sus miniaturas, y divisaba en el descascarado encuadramiento de un balcón tan vetusto como Duma, un balcón al que cerraban en sus dos extremos sendas cariátides pintadas de gris, al jovencito rubio que leía junto a la lámpara.

Una mañana se inició en Duma el cambio que caracterizó los últimos meses de su existencia. Estefanía observó que se movía penosamente entre sus dos anchos roperos, revolviendo los cajones. Mil restos absurdos surgieron a la luz, desparramados sobre la cama: siempre la idea de naufragio, de *épaves*.

—¿Qué buscas, tía Duma?

—Nada... busco cosas... mis cosas... ¿dónde está mi zorro azul?

—¿Tu zorro azul, tía Dumas, con este calor?

—Sí... mi zorro... quiero mi zorro...

Estefanía se encaramó en una silla y abrió el paquete que lo guardaba:

—Aquí está.

Y el zorro se estiró, oliendo a naftalina, sobre el lecho que colmaban los encajes, los *foulards*, las boas, las flores artificiales, los azabaches, las plumas, los kimonos.

—¿Qué sucede, tía Duma? ¿Qué quieres hacer?

—Quiero vestirme.

—¿Vas a salir?

—No... vestirme... vestirme...

Siguió hablando con medias palabras y canturreando una letra de *music-hall* parisiense casi arqueológica, mientras sus manos febriles acariciaban, en las sedas, en los terciopelos, en las *écharpes*, los testimonios de una elegancia difunta, de la época de Helleu, de la Gándara, de Philibert Chénier, de ese refrán imprevistamente lúgubre.

Se puso un vestido de terciopelo celeste; se puso un gran sombrero celeste; deslizó alrededor de su cuello el zorro. Y se sentó en la mecedora, a aguardar.

El muchacho había salido. Cuando volvió no pudo reprimir una expresión de asombro al ver, en el balcón frontero, el arreglo de la señora. Y, por no ocurrírsele otra cosa, aplaudió. Duma inclinó la cabeza, con majestuoso señorío, como una reina que desde un palco agradece un homenaje.

Desde ese día su extravagancia fue *in crescendo*. Dijérase que un demonio burlón la estimulaba. Parte del dinero del cual disponía —procedente de la generosidad de Gustavo y que Estefanía administraba con avaricia celosa— se destinó a la adquisición de cremas, de coloretes, de lociones. Inútiles fueron las protestas de su acompañante. Duma sabía hacerse obedecer aún. Por la mañana la señora permanecía dos horas en su tocador, arreglándose. Estefanía la secundaba a regañadientes: la depilaba, la pintaba, la ondulaba, la teñía, le ajustaba sobre los trajes los amplios cuellos de encaje adornados con camafeos, con relojitos, con miniaturas. Luego, con el abanico en la mano, la señora se ubicaba en su silla de suave movimiento y

espiaba, ansiosa, hacia el balcón del estudiante.

Allí estaba él como siempre. No bien descubría la presencia de su vecina, le hacía un ceremonioso saludo y multiplicaba las mudas muestras de su aprobación. Entre tanto, semana a semana, Duma complicaba su atavío. No había bastantes plumas para su sombrero, ni bastantes cintas para sus ojales. Disparatada, increíble, con algo de pajarraco temblón de agudos ojos azules, con mucho de carnavalesco, de «loca» de Carnaval, erguía detrás del balcón su cara que el blanco y el rojo no dejaban reconocer; esgrimía el impertinente en la punta de un guante largo; y miraba. Entonces, más que nunca, para los azorados paseantes, parecía un muñeco de cera. Estefanía se desesperaba; comentaba durante horas el extravío de la señora, con Leonor y con Trinidad, o con Gustavo también, que se limitaba a reír y a seguirle el juego a su tía abuela, besándole la mano del anillo. Algo se discutió acerca de declararla insana, pero mi amigo y su madre se opusieron. ¿Para qué? ¿Por qué? Duma no poseía bienes; no hacía mal a nadie; enclaustrada en su departamento, no daba escándalo. Además tenía, como he dicho, períodos de resuelta lucidez, en los que departía con claro equilibrio y, de pie ante su mesa de recuerdos, se complacía en la memoria de los hombres célebres que la habían admirado. Lo raro es que nunca se le ocurriera que su relación con el vecino podía ir más allá de un saludo, de unos ademanes. Quizás la asustaba la idea de conversar con él directamente. Una especie de instinto de conservación, que velaba a través de su excéntrica metamorfosis, le reiteraba que la distancia era el mejor aliado de su fantasía, porque la proximidad era capaz de destruir el sueño. Y ese sueño, ese hermoso, descabellado sueño cuyos alcances ignoro, continuaba manteniendo su intensidad, tejiendo su trama de un día hacia el siguiente, como si ella también estuviera bordando un largo tapiz de Bayeux en el que aparecían dos personajes centrales sin cesar repetidos, alrededor de quienes se entrelazaba una orla de figuras nostálgicas, de señores con el frac deslumbrante de cruces y estrellas, de señoras coronadas de aves del paraíso y de turbantes de lamé de plata y de oro.

Como desconfiaba de Estefanía, cuya hostilidad frente a ese vínculo irreal era evidente, Duma buscó el apoyo de su mucama francesa, que tantos secretos suyos conocía, y a cambio de pequeños regalos, de un broche de coral, de unos pañuelos, lo encontró. Lo único que la señora deseaba era que le hablaran de su estudiante, y el tema inspiraba a la francesa. Quería que le dieran datos sobre él, para seguir forjando con esas referencias la ilusión de un espejismo. La criada le procuró cuanto podía ambicionar: su nombre, los de sus padres, detalles acerca de su trabajo y sus estudios, los pocos elementos que armaban la simple biografía del vecino y que ella había recolectado hábilmente por medio del portero. Era imposible averiguar más; tampoco necesitaba más la señora que, meciéndose lentamente, agitaba el sombrero en el que los pájaros alternaban con las flores, y prolongaba su soliloquio enamorado tras los hierros del balcón. Creaba así una versión nueva y refinada de la pobre mujer que en el puesto de «Las Rosas» había embadurnado su retrato: la loca de «Las Rosas» y la

loca del balcón, al pie las dos de la efigie al óleo de un ser indiferente y bello...

Una tarde resolvió llamar al escribano. Estefanía trató de oponerse, pero fue la orden tan rotunda que no le quedó más camino que comunicarse por teléfono con el viejo caballero que, cuando Duma era muy rica, se había enriquecido a su vez a la sombra de su fortuna. Por otra parte era aquél uno de los días «claros» de la señora, uno de esos días en que si no fuera por la extravagancia de su arreglo, que ni entonces abandonaba, nadie se hubiera percatado de su decadencia. Y Duma dictó su testamento: sus muebles, sus bronce, sus cuadros, el saldo de sus títulos, todo su haber, serían de Estefanía; su esmeralda pasaría, después de su muerte, a manos del estudiante. El escribano, sorprendido, le señaló la singularidad de las disposiciones: ¿no sería más lógico dejarle el anillo a su sobrino Gustavo? Pero Duma replicó que a Gustavo le sobraban las esmeraldas; que en cambio este muchacho era muy pobre y ella deseaba auxiliarlo en su carrera. De modo que se firmaron los papeles, rigurosamente legales.

Y Duma regresó al balcón, satisfecha. En la casa de enfrente, flanqueado por las cariátides grises de pechos puntiagudos, el vecino tomaba notas en un cuaderno. La luz amarilla de la lámpara le caía sobre el pelo que fulgía como un casco de oro. La saludó y observó, probablemente con espanto, que la máscara emplumada cuyo cuello flojo se ceñía con un tul apretado para disimular las arrugas, le tiraba un beso con la mano en la que centelleaba el anillo verde.

Tres meses después la tía Duma murió en forma repentina. Según Estefanía, hallábase sentada delante del ropero, acicalándose. La mucama le había puesto, hacía un minuto, un sombrero en el que las hortensias rosas proporcionaban una base para un pájaro rojo y verde: algo terrible, algo cuya elaboración había dado bastante trabajo y que se logró combinando varios tocados inconexos. La señora se contemplaba en la gran luna. Con un pincelito se azulaba los párpados, se ennegrecía las pestañas. Estefanía le tendió la piel de zorro y en ese momento Duma cerró los ojos, dio un ligero grito, un grito ronco, de animal, y cayó hacia adelante como un pintarrajeado muñeco al que le falta el equilibrio. Su cara golpeó la luna y tras una breve vacilación la señora se desplomó en la alfombra, sujeto el sombrero a su peinado por los pinches. Estaba muerta. El doctor Herzberg, que después sería mi maestro, acudió media hora más tarde y no hizo más que corroborar el fulminante fin. Un infarto del miocardio.

No asistí al velorio porque la noticia no apareció en los diarios hasta la mañana del entierro. Fue en el velorio donde sucedió el episodio desconcertante que Trinidad me refirió con una voz de sibila.

Concurrió a él, como al de Sebastián, mucha gente. Los contemporáneos de Duma se movilizaron para ver por última vez a la anciana memorable cuya existencia irregular, quizás por la espectacular jerarquía de sus amores, no la había desterrado de su medio, alejando de ella únicamente al grupo más severo y que menos le interesaba. Lo mismo que la noche de la muerte de su hermano, llegó una hora en que no

quedaron en el departamento más que los miembros de su familia cercana. Ni siquiera el escritor porcino, urdidor de loas fúnebres, andaba por allí. Para él Duma había muerto años atrás. Los parientes estaban reunidos alrededor del féretro, donde Duma reposaba vestida de blanco, enmarcado el rostro por el encaje. Sus manos cruzadas, en una de las cuales resplandecía, al titilar de las velas, la esmeralda pura, sostenían el crucifijo de los suyos que también había acompañado a Sebastián al final de la jornada. Detrás, en los otros cuartos, los solitarios muebles enormes, desplazados por la entrada y salida de tantas personas, trababan el paso con sus ubicaciones insólitas.

A las dos, cuando ya habían desertado todos menos Estefanía, Gustavo, Trinidad, Leonor y la mucama francesa, que nunca se había separado de su ama, asomó en la confusión del moblaje, tímidamente, el estudiante vecino. Estaba —Trinidad me lo subrayó— muy pálido. Balbució que acababa de enterarse de la muerte de la señora y que deseaba rezar una oración junto a ella. Gustavo y las mujeres se miraron y optaron por retirarse al dormitorio de Duma. Permanecieron allí unos veinte minutos, hablando en voz baja. Los impresionaba el curioso vínculo que se había establecido entre su vieja tía y ese muchacho. Era algo romántico, distinto, suficientemente misterioso.

—Duma conservó su poder hasta su última hora —murmuró Estefanía, y todos los ojos recorrieron, sobre la mesa, la galería fotográfica que documentaba el esplendor de su pasado.

Cuando volvieron, el estudiante no estaba allí. Tampoco estaba la esmeralda. Leonor fue la primera en percatarse y lanzó un grito. El estudiante había robado la piedra.

No acertaron cómo correspondía proceder. ¿Acaso la esmeralda no era suya? Sí, era suya, ellos lo sabían por el escribano; pero él lo ignoraba, y la había robado, la había robado. ¿Qué hacer?

—¡Evitemos el escándalo! —gimió Estefanía con ojos histéricos—. ¡Si la gente se entera, removerán todo, todos se ensañarán! ¡Pobre Duma! ¡Qué desgracia!

Gustavo cruzó a la casa de enfrente. Consiguió, después de llamar un buen rato, que un malhumorado portero le abriera. El ladrón se había esfumado. Sin duda había planeado el golpe desde la mañana, porque nada suyo había en el departamento.

Ya nunca más se supo de él. La familia hizo publicar en los periódicos la noticia de que se lo citaba a comparecer en un estudio por trámites relacionados con la testamentaría de Duma, quien había instituido un legado en su favor, y no se presentó. Tal vez no lo leyó; tal vez temió una celada. Se trocó en un fugitivo a causa de la esmeralda de Duma, ignorando probablemente hasta hoy que la esmeralda le pertenece. ¿Qué habrá sido de él? ¿Dónde estará? ¿Habrá vendido la alhaja por una suma miserable? ¿La tendrá todavía y le quemará las manos al recordarle en qué circunstancias se apoderó de ella, aterrorizado, desesperado, arrancándola del dedo de una mujer que dormía un sueño glacial y no podía defenderse?

¡Qué vida la de Duma! Por ella se mató un artista; por ella, por el libro que ella le regaló, Gustavo precipitó su muerte sin razón; por ella se condenó a vivir muerto un estudiante rubio que leía los códigos entre dos cariátides grises. ¿Y Sebastián? ¿Y los demás? ¿Qué sé yo, qué sabemos de los demás? Ella no tuvo la culpa. Fue, involuntariamente, un agente del destino. El destino le entregó una esmeralda para que ella la entregara a su vez condenando a un hombre; y le dio un libro de tapas rojas para que otro hombre, al recibirlo, enloqueciera; y le dictó las palabras que obligaron a un pintor a quitarse la vida. Y los tres, seguramente los tres, cada uno a su manera, la quisieron, como la quise yo, que la odié a veces.

III

FABRICIA

Creía yo que había cerrado estos cuadernos para siempre; que ya había dicho en ellos cuanto me vincula con Gustavo y con su mundo. Y, sin embargo, ahora debo reabrirlos, supongo que por última vez. Si estuviera escribiendo una novela en lugar de referir episodios reales, le hubiera puesto fin en la primera parte de estas memorias, la que atañe estrictamente a la relación de Gustavo con *Los Ídolos*; o la hubiera concluido en la segunda, que explica el medio en el cual Gustavo se formó y que obró como un clima propicio para el desarrollo de su obsesión. Pero no planeamos la vida de antemano, como las novelas. Estamos seguros, mientras vivimos, de que hemos clausurado un período de la misma, generalmente gobernado por una figura central cuya influencia lo diversifica de los restantes, y de repente, cuando lo aguardamos menos, nos enteramos de que el proceso se vuelve a actualizar y de que acontecimientos y personas que considerábamos «juzgados» y hasta archivados en lejanas fojas, vuelven a ocupar el primer plano, a solicitarnos, a requerir nuestra atención más lúcida y a ser el centro de nuestra inquietud porque son nuevamente «la vida». Eso otorga a la vida, como tema, una invariable superioridad sobre las tramas de la imaginación: esa permanente posibilidad de lo imprevisto que nos enseña que todos nuestros pleitos siguen tramitándose hasta el final, que nunca nos asiste aquí la certeza de haber terminado algo, de haber terminado definitivamente con alguien.

Hace dos años que escribí la parte de mis recuerdos de Gustavo, en la que evoco a su familia y en especial a Duma, su tía abuela. Había guardado los cuadernos bajo llave, en el fondo de un cajón. No se me pasó por la mente la idea de que tendría que regresar a ellos. Gustavo ha muerto cuatro años atrás y ahora, porque la vida, gran organizadora de sorpresas, lo quiere así, aquí estoy una vez más, como hace cuatro años, como hace dos años, con la pluma sobre las carillas manoseadas que describen mi adolescencia regida por él, tratando de aclarar por qué secretos designios la sombra de mi amigo de infancia sigue proyectándose sobre mí que soy un hombre maduro, que ya he cumplido treinta y dos, y me obliga a mirar hacia él con remozada porfía, a través de seres inesperados, ignorados hasta hace muy poco, que la vida me reservaba en un recodo del camino como un irónico prestidigitador.

* * *

El proceso se reabrió una tarde del invierno último, la tarde en que inauguraron junto al lago el busto de Lucio Sansilvestre.

Anunciaron los periódicos que en la base del monumento se descubriría una placa de bronce consagrada a la memoria de Gustavo, el discípulo que había muerto en el

Avon, junto con el autor de *Los Ídolos*, en 1948. Fui allá, pues, a rendir homenaje a las dos personas cuya existencia estuvo, por circunstancias tan singulares, en momentos distintos que terminaron superponiéndose, íntimamente ligada con la mía.

Había llovido la noche anterior y hacía bastante frío. No me sorprendió que la ceremonia —ignoro por qué no la postergaron— hubiera congregado en el parque tan poca gente. Algunos escritores, algunos artistas, una distraída delegación escolar, rodeaban la escultura cubierta por un paño mojado. Del lago vecino, de los árboles, del lodo y del césped, alzábase una tenue neblina que se espesaba en lo apretado del follaje y que los charcos dejados por la lluvia aclaraban aquí y allá. Flotaba en el aire, en el silencio sin pájaros cortado por las bocinas de los automóviles distantes que buscaban su rumbo en la bruma, una tristeza gris cuyos velos caían uno a uno sobre las plantas, se desgarraban y tornaban a tejer su tela de vapor.

Conseguí deslizarme hasta el palco protegido que ocuparían los oradores, y al principio no reconocí a nadie porque la luz amarilla de los focos del paseo, arrojada por la niebla, apenas nos iluminaba. En el palco fueron surgiendo poco a poco, envueltos por las pieles y los emplumados sombreros, los rostros de algunas señoras imponentes, que supuse parientas de Gustavo, pues no hay que olvidar que su familia es muy grande y se multiplica en ramas que enlazan los nombres de nuestra sociedad. Temblaban de frío. Y había también señores que tosían con el pañuelo en la boca, y, de tanto en tanto, alguna cara de mujer elegante, bonita, impaciente porque aquello terminara. Delante, cerca del micrófono, distinguí a Estefanía, a Leonor y a Trinidad. Las tres vestían de negro; las tres emergían del pasado como las ilustraciones de un viejo libro leído en la niñez. Un anciano grueso conversaba con ellas deferentemente, y transcurrieron varios minutos antes de que lo identificara con el escritor de cuello corto y rasgos porcinos a quien conocí en casa de Laura, cuando yo contaba quince años, y a quien volví a ver la noche del velorio del tío Sebastián, afanándose por obtener referencias para su oración fúnebre. Lo llamaré Steen, porque prefiero callar su nombre verdadero y deberé mencionarlo varias veces en la narración. También él, con ser tan carnal, lograba una condición distinta por obra de la bruma en la que nos desplazábamos sin ruido, incorpóreos, como si todo fuera una gran placa velada.

Me pareció que ese día inhospitalario, de melancólica hermosura, al crear una atmósfera tan irreal, tan misteriosa, era el que convenía más para la inauguración del monumento a Sansilvestre y, mirando al desdibujado parque, pensé con una mezcla de orgullo y de desazón, cuánto se hubieran asombrado los graves oradores que habían redactado muchas carillas, y las señoras aristocráticas y tiritantes, y el público fantasmal, si hubieran presumido sólo una parte mínima de lo que sabía yo acerca del autor de *Los Ídolos*. Mientras pronunciaban el primer discurso, gocé una voluptuosidad extraña al valorar mi posición única. Fragmentos de frases pomposas entraban en el campo de mi conciencia, y precisamente la singularidad de mi posición me impedía escuchar como los otros. Por fin descubrieron el busto, que se destaca sobre un macizo de laureles.

El escultor no ha dispuesto, para guiarse, de más documento que el retrato «oficial» de Lucio Sansilvestre, el mismo que yo le regalé a Gustavo, y se ha limitado a reproducirlo con una exactitud casi fotográfica. Allí estaba ese rostro inolvidable, a escasos metros del palco: la cara nórdica de pómulos acusados, la barba, el pelo revuelto... y debajo la inscripción escueta:

A LUCIO SANSILVESTRE
1879-1948
AUTOR DE LOS ÍDOLOS

Sentí que me miraba a través de la neblina que pronto corrió su gasa sobre el bronce, pero al esfumarse sustituí a esa cara con otra, más afinada, más burilada por el tiempo; una curiosa cara de pájaro alerta, nerviosa e indecisa, que yo había visto en su biblioteca de Warwick, cerca del clavecímalo; y en lugar de ese fondo de laureles espectrales, quiméricos, y esas vagas bufandas y paraguas balanceados, se insinuó detrás un paisaje estival, luminoso, alegre, de madre selvas, de pimpinelas y de primulas, jubilosamente erguidas junto a un río inglés. Para completar la impresión, aproximáronse por el lago cuatro cisnes, y el Avon shakespeariano fluyó ante mí.

El segundo orador, un hombre muy joven y muy retórico, nos explicaba a su manera el fenómeno del libro de Sansilvestre, con interpretaciones que a nadie interesaban ni convencían, y yo veía al viejo poeta, con su capa corta, su voz atiplada, su tic y sus manos de fino cincel, avanzar cojeando por el puente romano de Warwick, inquieto, «vivo», más vital aún por contraste con las palabras huecas que revoloteaban alrededor de su estatua, y por contraste con esa estatua en cuya muerte yo no lo podía reconocer. Deletreé la otra inscripción:

A GUSTAVO DE N.....
1920-1948
DISCÍPULO DE SANSILVESTRE,
MUERTO CON ÉL EN EVESHAM,
GRAN BRETAÑA.

Se me llenaron de lágrimas los ojos. ¡Qué rara sensación me causó ese nombre familiar grabado ahí, para siempre! A los demás, con toda seguridad, también les causaría extrañeza la relación definitiva del apellido sonoro, ilustre, tan denso de alusiones históricas y frívolas, con el nombre del poeta. Yo no pensaba en ello. Meditaba en la paradoja de que Gustavo debiera compartir la gloria de Sansilvestre, tanto cuanto duraran el bronce y la piedra: él, que había sido el único que había alzado el velo de su equívoca personalidad, el único que había dudado del maestro; pero advertí después que no era un absurdo que el nombre de Gustavo permaneciera al pie del de Sansilvestre, como un noble, heráldico lebril junto a su dueño, por las centurias y las centurias. AUTOR DE LOS ÍDOLOS era lo que se leía más próximo al

nombre de mi amigo, en la otra placa. ¿Acaso no había sido Gustavo el admirador más fervoroso, el discípulo más fiel, del autor de *Los Ídolos*? ¿Acaso no había muerto por serlo? ¿Qué valor tenía la figura de bronce —la barba, el pelo desordenado— que no fuera el valor de una alegoría, de una imagen? El monumento legítimo era otro, invisible, que se empinaba encima de aquel esculpido simulacro y crecía entre los jirones de niebla y las ramas de los laureles y subía más que las copas de los árboles, más alto, más alto, rumoroso de versos que cantaban al amor y a la muerte y a la belleza que no puede cambiar, siempre joven. En ello pensaba y pensaba en Gustavo y en mí: en Gustavo, dorado, fino; en sus ojos negros cuando los entreví por última vez en la estación de ferrocarril de Warwick; en Gustavo y en mí hacía tres lustros, asomándonos a las almenas del castillo que ya no pertenece a su familia, para observar, en la terraza, el vestido celeste de Duma.

Ahora hablaba el tercer orador. Era Steen. Ya debía andar cerca de los ochenta años. Lo habían embozado con toda suerte de abrigos por miedo a la tarde traicionera, y se dijera que su voz pastosa brotaba de un subterráneo, por angostos corredores de franela y de lana. Se ahogaba a veces y se pasaba la mano por el pelo transparente, teñido de rubio, que había conservado por una distracción de la naturaleza. Para elogiar al autor de *Los Ídolos*, infló las metáforas como globos y las echó a volar, pesadas. En tanto que el público reunido en el palco lo aprobada con solemnes movimientos de cabeza, recordé el tono burlón con que, cuando lo conocí en casa de la madre de Gustavo, había recitado el soneto de la Noche de Lucio Sansilvestre.

Y por fin el propio soneto a la Noche estremeció el aire con su cadencia maravillosa. Lo declamó un niño, un escolar, y aquella gente disparatada, que estaba allí por razones que en la mayoría de los casos nada tendrían que ver ni con Lucio Sansilvestre ni con Gustavo (las delegaciones, los parentescos, los compromisos, hasta la curiosidad) quedó durante unos minutos como hechizada, porque lo que en esos instantes veía, milagrosamente, era el otro monumento, el verdadero, mientras las estrofas ascendían entre los grandes árboles taciturnos en los que las gotas de agua relampagueaban, súbitas, como diamantes.

No bien concluyó la ceremonia, se desbandó la concurrencia. En la parte delantera del palco, los oradores se quitaban los guantes y daban apretones de mano. Me aproximé a las sobrinas de Duma, abriéndome paso entre las señoras formidables que, libres ya, partían hacia el refugio feliz de sus calefacciones. Estefanía, Leonor y Trinidad me abrazaron.

—¡Qué suerte que haya venido! —dijeron simultáneamente las mellizas.

—Usted es de los nuestros —agregó Trinidad.

Era evidente el placer que mi presencia les daba. Comprendí que para ellas yo representaba algo así como un sobreviviente del naufragio en el que habían perecido Gustavo, Duma y Sebastián; un emisario del mundo muerto que podía atestiguar la hermosura de la estancia, la majestuosa trascendencia de Duma, la elegancia de

Sebastián, la gracia de Gustavo, lo que ellas mismas habían sido en los vastos salones del castillo, todo lo que ya no existía sino en el recuerdo y cuya mención tropezaría pronto con escépticos y con indiferentes, de tal modo que para conservar la seguridad de que no había sido un sueño o una invención vanidosa nunca serían bastantes los testimonios.

El tiempo había acentuado la semejanza de las tres mujeres. Trinidad, que tenía veinte años menos, más parecía hermana que sobrina de las otras dos, las sesentonas, quienes me miraban con idénticas emociones en las caras mustias.

—¡Pobre Gustavo! —exclamaron, volviéndose hacia el busto del poeta—. ¡Pobre, pobre Gustavo!

—¿No conoce a nuestros sobrinos? —me preguntó Estefanía después de una pausa en la que se pasaron los pañuelos por los ojos.

Sólo entonces me percaté de que una pareja que permanecía junto a ellas, al amparo del toldo, formaba parte del grupo.

—Son los hijos de nuestro hermano Pedro —añadió Leonor—. Ahora viven con nosotros... Fabricia y Andrés...

Estreché sus manos, pero apenas los distinguí en la oscuridad y en la confusión provocada por la gente que nos empujaba para salir y para acercarse a Steen, el escritor, quien recibía las felicitaciones desde su impenetrable abrigo.

Sí... el hermano Pedro... el mayor... yo lo había oído nombrar, hacía años... Gustavo me había hablado de él... el hermano de las mellizas que vivió en Italia y murió allí... ¿Así que éstos eran sus hijos, los primos de Trinidad? ¡Cuánto más jóvenes! A pesar de la escasa luz, se advertía la juventud ágil de los dos cuerpos largos, de igual estatura.

—¿Por qué no viene a almorzar un día de esta semana con nosotros? —propuso Estefanía—. Charlaremos del buen tiempo pasado.

Acepté. Iría el jueves siguiente. Me despedí y el cambio de posición al que nos obligó la llegada de Steen, quien se adelantó como un buzo enorme entre la gente y la niebla, me permitió ver, un segundo, la cara de Fabricia: el pelo rubio mate que escapaba de su pequeña boina, los ojos negros, rasgados, la extraña expresión orgullosa, la semisonrisa que entreabría su boca un poco grande.

Descendí del palco y me alejé hacia la avenida. La bruma se había acentuado con el avance de la noche y el paisaje correspondía, más que nunca, a la insólita impresión de placa velada. Era la atmósfera que convenía al recuerdo de Juan Romano, el muchacho sin rostro, el del retrato desvaído. Juan Romano... Juan Romano... probablemente nadie más que yo lo evocaría la tarde del triunfo de Sansilvestre, que acaso fuera su ignorada victoria... Juan Romano... sin duda su espectro rondaría por el parque, alrededor del monumento levantado al autor de *Los Ídolos*... ¿Sería la suya esa sombra delgada que se perdía entre los árboles? ¿Sería la de Gustavo aquella otra que vacilaba en el vaho de la niebla?... tal vez anduvieran los dos por el jardín borrado... ¿Qué diría el doctor Herzberg, mi bondadoso maestro, si

podiera adivinar mis reflexiones? ¿Qué pensaría de un médico destinado a sucederle, a continuar su obra, y entregado al inútil fantasear? Ésa había sido la herencia secreta que Gustavo me había transmitido: la que en ese instante me obligaba —a mí, hombre de laboratorio, de microscopio, de probeta, de exactas demostraciones científicas— a caminar por un parque oscuro con la doble sensación inexplicable de no estar solo y de estar muy solo, muy solo, porque mi juventud me había abandonado y se había quedado atrás, y ahora sí para siempre, junto a una estatua y a un laurel.

* * *

Vivían las señoras en la casa del barrio del Sur que había sido de los bisabuelos de Gustavo, la casa donde Sebastián residió largamente y donde murió el año 1935. Yo había estado allí una sola vez, en el velorio del tío novelista. La hallé muy cambiada. Las grandes habitaciones frías, cuya desnudez me había impresionado diecisiete años atrás, estaban ahora llenas, excesivamente llenas de muebles y de objetos. Arañas de titilantes caireles las iluminaban. Adivinábase, a pesar de tantos indicios suntuosos, que por debajo de ellos andaba la pobreza en puntas de pie, o si no la pobreza —pues las moradoras habían heredado los restos de Sebastián y de Duma, ávidamente roídos por los gravámenes sucesorios—, una disfrazada modestia que no alcanzaba a redondear el presupuesto exigido por ese marco. Y eso se adivinaba, se presentía, a través de otros indicios aferrados al desgaste de ciertos géneros que imploraban su reemplazo; en la rotura de las porcelanas sobrevivientes; en las manchas de humedad que, encima del esplendor de las arañas a las que les faltaba la mitad de las bombas, veteaban los cielorrasos.

Mis invitantes me aguardaban en la biblioteca, la cual apenas se había modificado desde que pasé en ella una noche de angustia, junto a Gustavo dormido, a pocos metros del ataúd en el que Sebastián descansaba con el hábito frailuno. El retrato de Duma había vuelto a su sitio de honor sobre la chimenea: cumplía así una etapa más del destino errante que lo había conducido de la mansión de Duma al puesto de Teresa, en la estancia; de allí a lo de Sebastián, después del incendio; luego nuevamente a lo de Duma, al departamento donde refugió su decadencia lunática; y ahora una vez más a lo de Sebastián bajo el dominio de sus parientes... y quién sabe cuántos sitios debería recorrer aún, hasta trocarse en el retrato de una mujer desconocida, con una aureola inexplicable, enigma de revendedores oscuros... quién sabe, al carecer de descendientes directos, si lo mejor no hubiera sido que las llamas lo devoraran en el incendio de «Las Rosas», y que hubieran desaparecido víctima de una radiante purificación...

Las tres mujeres de luto, curiosamente anticuadas por obra de sus peinados y sus vestidos, se pusieron de pie y avanzaron hacia mí sonrientes. Detrás, al lado del fuego, quedaron los dos sobrinos. Estefanía, Leonor y Trinidad no disimularon el

gusto que les daba mi visita. Hablaban las tres a un tiempo, preguntándome por la salud de mi madre a quien nunca habían visto; asegurándome que comería muy mal porque la cocinera se había enfermado y ellas mismas habían debido aderezar las salsas; disculpándose de que su invitación pudiera distraerme de mis ocupaciones, a mí, «un hombre tan importante», «un médico famoso». Y seguían hablándome, felices, alborotadas, viejas, encantadoras, irreconocibles, lo opuesto del recuerdo discreto y casi inmóvil que yo conservaba de ellas en la época en que rodeaban a Duma como un friso apagado. Pronto deduje que la desaparición sucesiva de Sebastián, de Duma, de Laura y hasta de Gustavo, de los parientes ricos, principales, que aun sin proponérselo las recluían en un plano penumbroso, las había desplazado hacia adelante, hacia una zona de luz. Ahora eran ellas quienes ostentaban sin rivales el apellido célebre, vinculado con tanta gloria —porque las otras ramas, como creo haber dicho ya, las de posición opulenta, lo llevaban en segundo término—, en lugar de ser un séquito indefinido que marchaba a la zaga de la tía ilustre y del sobrino mimado, por corredores de hoteles y galerías de estancias. Y lo notable era que Estefanía hasta había conseguido, en cierto modo un poco caricaturesco, suplantar a Duma, cuyo turbante de gasa había adoptado. Aludía a Biarritz, a Carlsbad, a Deauville, a Baden-Baden, a Niza, donde ella había acompañado tantas veces a Duma, y era como si ese pasado compartido, del cual sólo le había tocado un tibio reflejo, hubiera sido esencialmente suyo, de tal manera que quien no la hubiera conocido antes y la oyera disertar sobre el mundo de las *villes d'eau* cosmopolitas y nombrar al Príncipe Brandini, reproduciendo con un mimetismo quizás inconsciente los ademanes majestuosos de Duma, le hubiera adjudicado una vida a la cual en verdad se había asomado apenas con la resignación bullente de las comparsas. Pero eso lo fui notando más tarde. Demasiadas emociones me solicitaban en ese momento.

Estreché las manos de Fabricia y de Andrés, que sus tías y su prima volvieron a presentarme con mucha alharaca, riendo, queriendo saber enseguida si ella me parecía bonita y él buen mozo; insistiendo en que teníamos que ser muy amigos; repitiéndoles a ambos lo que seguramente les habían explicado hasta el cansancio desde que les anunciaron mi visita: que yo había sido como hermano de Gustavo, a quien tanto, tanto habían querido, de Gustavo el escritor. Así que entré con todos en el comedor semiaturdido, porque había que almorzar de inmediato, pues ellas comprendían que no habían que robarme a mi laboratorio, a mi precioso tiempo.

Allí, por imposición de la desmesurada tardanza con que los platos llegaban a la mesa, llevados por una muchachita torpe, con la consiguiente inquietud y reclamos de Estefanía, aquello pareció calmarse un tanto y adaptarse a un ritmo más lógico.

Mientras Leonor inquiría si había reconocido los muebles góticos de la estancia, que montaban guardia en la habitación, yo trataba de clasificar exactamente la impresión que me habían causado los dos jóvenes. Casi no había oído su voz, pues las señoras volvían a tironearme de aquí para allá con sus preguntas.

¿Me acordaba que Laura, cuando estuvimos todos juntos en el castillo, el año... el

año... hace tantos años... el año 1936, había querido que serrucharan el aparador —«ese aparador, y felizmente no se hizo»— para transformarlo en un cofre? ¿Sabía que Sebastián le había dejado la casa y la biblioteca? Me prestarían los libros que necesitara. Había miles.

¿Sabía que Estefanía había heredado los muebles de tía Duma, lo que de la estancia se había salvado? Luego me mostrarían, en el salón, los sillones que parecían de oro, espléndidos.

No... no... naturalmente no me había olvidado... naturalmente recordaba el trinchante gótico, alucinante, digno de la Reina Victoria, con talladas figuras de trovadores... y también el inmenso sofá barroco que vería después.

¿Y el retrato de Duma? ¿Se acuerda del incendio y del pobre Sebastián corriendo entre las brasas?

Sí... me acordaba... me acordaba...

Y las salsas iban y venían, demasiado picantes, ofrecidas por las señoras vehementes, en plena euforia de posesión, ellas que nada habían tenido. Y yo observaba, por encima de los candelabros del centro de mesa, a Andrés y Fabricia.

Fabricia representaba unos veinticuatro años y Andrés algo más. Aunque su parentesco con Gustavo era remoto (hijos de primos segundos), el aire de familia se evidenciaba en una semejanza que quizás procedía del color de la piel, que no era blanquísima, como la de Duma, sino dorada, como la de Gustavo; de la forma de la cabeza, un poco pequeña; y sobre todo del modo en que la erguían sobre el cuello armonioso, y también de algo, más imprecisable, que se relacionaba con el esqueleto, con sus largos cuerpos enjutos de una elegancia instintiva, y con su aparente desdén por esos cuerpos ceñidos que, lo mismo que Gustavo, abandonaban, volcaban en las sillas.

—¿Y el tapiz de Bayeux —interrogué—, lo terminaron ustedes?

Leonor quebró el silencio que sucedió a mi pregunta; uno de esos silencios sólidos, densos de reticencia, de posibilidades, que caracterizan a la raza de Gustavo, y que yo había acechado desde mi infancia, pues en los míos (mi madre, mi abuelo) todo es claridad: de repente se «establecían», como una mancha de aceite, en el frívolo oleaje de las conversaciones, y a través de ellos, metiéndose en una zona secreta, era posible percibir como un eco mudo de las otras regiones en las cuales transcurría la vida de esa gente de exterior tan común; las regiones herméticas, «mágicas» debiera decir al no hallar otro vocablo para calificarlas.

—¿Cómo? ¿No lo sabía usted? —respondió Leonor alisándose la corona de trenzas—. Terminamos el tapiz el día de la muerte de Gustavo: exactamente el 7 de agosto de 1948.

—Fue algo muy raro, muy raro —intervino Trinidad, desde la orilla del silencio—. Yo estaba ayudándolas en esa época a Leonor y a Estefanía, así que trabajábamos en el bordado las tres juntas. Cada una hacía una sección de los metros finales en que se pinta la muerte del Rey Harold y la dispersión de los ingleses...

—El 9 de agosto —cortó Estefanía, imperiosa— recibimos un telegrama de Londres, en el cual se nos avisaba que dos días antes había ocurrido la tragedia. Y dos días antes habíamos terminado el tapiz.

—¡Muy raro, muy raro! —repetí maquinalmente.

Quedé como suspendido sobre la reunión; en tanto que la charla proseguía, aliviada, estrepitosa, borrando la mancha de aceite. Del lado opuesto de la mesa, Fabricia me miraba con sus rasgados ojos negros semejantes a los de Gustavo. Por suerte nos levantamos y pasamos a la sala a tomar el café.

Las tres mujeres enlutadas, que tan poca importancia habían parecido otorgar a mi emocionada sorpresa ante la coincidencia entre la muerte de Gustavo y el fin de ese paño larguísimo que se relacionaba estrechamente con su memoria, vigilaron en cambio con infantil curiosidad mi reacción frente al gran aposento de recibo.

Habían copiado en él, ajustándolo a proporciones más reducidas, el salón del castillo, distribuyendo en su ambiente los sillones dorados, solemnes como sitiales de príncipes, el piano, los cortinajes de damasco quemados por el sol, el arpa y hasta algunos cuadros de la estancia.

—¿No es cierto que está igual? —me decían sonriendo—. ¿No es cierto que está igual?

—Sí... está igual...

—¿Y mis miniaturas? ¿Qué le parecen mis miniaturas?

Trinidad me arrastró a la pared en la que había ubicado las imágenes ancestrales pintadas por ella. Eran muchas, quizás treinta, y tuve que ir de la una a la otra con la taza de café temblando peligrosamente en mi mano. Las caras tristes, impersonales, de damas y caballeros, rodeaban un escudo coloreado por Trinidad.

—Son las armas de la familia —aclaró Estefanía—: la torre ardiendo en campo de oro.

La torre ardiendo... Yo la había visto en una piedra incrustada sobre la chimenea del *hall*, en el castillo, y en el juego de platos de porcelana de Limoges que Laura utilizaba en ocasiones especiales. Las llamas salían de las ventanillas de ojiva azul y envolvían la torre. Pensé en la quemazón de «Las Rosas» y en Sebastián abrazado al retrato de Duma; pensé en el padre de Gustavo, el sádico, el enfermo, quemándose a fuego lento en su cama de altas columnas negras; en Duma y en Gustavo cuyas existencias habían ardido por razones distintas, por sensualidad, por orgullo, por locura, por loco amor a un libro hermoso; en Fabricia, que como los demás pertenecía al clan de la torre en llamas. ¿Cómo sería, qué sería Fabricia? ¿Estaría destinada a arder como los otros? ¿Arderían acaso las otras, las tres mujeres de quienes nada sabía aunque las trataba hacía tanto tiempo?

Me señalaban las miniaturas: —Éste es el bisabuelo, el general, el que murió peleando frente a la estancia, en la gran batalla del río... éste es... éste es...

Entre las tres enumeraban a los señores de peluca, de patillas, de uniforme, y me parecía que aleteaban a mi alrededor como tres pájaros impacientes.

Fabricia me preguntó si quería más café. No, no era bonita: era más y menos que bonita. Había en sus facciones una evidente irregularidad que corregía su boca grande, plena, roja.

—Por primera vez conozco a alguien que se llama así —le dije—. Fabricia... Fabricia, como Fabricio del Dongo, el de «La Chartreuse de Parme»...

Ella se echó a reír mientras me servía el azúcar. Su risa era rápida, un poco cortante:

—Es que yo me llamo Fabricia por Fabricio del Dongo —me contestó, y entonces noté que pronunciaba el español con un ligero dejo italiano—. Mi padre adoraba a Stendhal. Siempre lo estaba leyendo. Coleccionaba sus ediciones. Ahora... se han perdido...

—Yo —continué— leí «La Chartreuse de Parme» el mes pasado. ¡Qué admirable libro! Todavía estoy bajo el influjo de Fabricio del Dongo.

Las mellizas y Trinidad andaban en torno, aleteantes.

—¡Qué bien se hubiera entendido con mi hermano Pedro! —dijo Estefanía—; para él ningún novelista se compara a Stendhal.

—¡Ah, «La Chartreuse de Parme»! —recitaron las otras dos entremezclando las voces, como un coro que acompañara nuestro diálogo—, ¡qué maravilla!... ¡la Duquesa Sanseverina!... y el pobre Fabricio del Dongo, siempre enamorado, encerrado en la Torre... en la Torre...

—...en la Torre Farnese —concluí yo, que tenía fresco el relato en la memoria.

—¡En la Torre Farnese! —gritó Estefanía—. Y Parma... Parma... ¡qué maravilla!... el Duomo... el Battistero... el museo lleno de cuadros del Correggio... ¡las... las violetas de Parma!... estuvimos allí hace veinte años...

Se expresaba en plural, de modo que un interlocutor poco avisado hubiera podido creer que había realizado el viaje con Trinidad y con Leonor, quienes nunca habían salido del país; o hubiera podido creer que se expresaba así, en plural, como las reinas, porque era una reina de teatro. (Y Duma se diluía, se evaporaba, hasta que volvía a aparecer, victoriosa, en la gasa de ese turbante, en ese entrecerrar de ojos miopes, en esas «elles», en ese imitado dramatismo señorial.)

Andrés permanecía alejado de nuestro grupo que había avanzado hacia el centro del salón. Se recortaba, espigado, vestido de gris, con las manos en los bolsillos, el pelo rubio mate como el de su hermana, echado hacia atrás, la nariz altanera, excesiva, de medalla del Renacimiento, teniendo por fondo el escudo de la torre ardiendo, que bien pudo ser la torre donde se consumió de amor Fabricio del Dongo. Nos observaba con una expresión entre burlona y arrogante, que trajo a mi memoria la que descubrí en el rostro de Fabricia cuando la entreví en el palco de los oradores.

Las señoras me hicieron sentar. No querían que me fuera todavía. Me hablaban de Gustavo.

—Estuvo con Gustavo en Gran Bretaña, poco antes de su muerte —decían, dirigiéndose a sus sobrinos, como si yo pudiera dudar de que éstos lo supieran.

Me vi obligado a referir nuestra visita a Sansilvestre, pero, lo mismo que otras veces, callé lo demás: las cartas de Gustavo, el secreto que me había transmitido.

Fabricia y su hermano me escuchaban con los labios entreabiertos. Sí... Fabricia (casi he escrito: Fabricio del Dongo) no era bonita, pero poseía algo muy especial, muy propio. Estiraba las piernas ágiles, abandonada en su asiento, y presentí que aquel delicado mecanismo estaba aceitado como ninguno, que la pureza frágil y segura de los tobillos correspondía a un ajuste total, perfecto, del que participaban los pechos pequeños, altos, la cintura breve, los hombros, el rostro triangular, egipcio, la cabeza graciosamente colocada sobre la línea rítmica del cuello que el pelo medio ocultaba con su rodete bajo.

—Tiene que volver pronto —me pidió Estefanía—. Lo llamaremos un día de sol para que vea el tapiz. Lo tenemos guardado arriba, en el altillo del mirador... es tan largo... setenta metros... lo colocaremos en los patios para que lo vea...

Me acompañaron hasta la cancela forjada. Al pasar por la biblioteca, abarqué con una mirada furtiva el retrato de Duma por Philibert Chénier y su extraña aureola, y la amplia fotografía del séquito de Juana de Arco por Arman Jean. ¡Qué mundo excepcional el de Gustavo y cómo me atraía! Los años transcurrían; morían unos, surgían otros; y ese mundo seguía conservando la calidad que desde la infancia me había seducido, un área de exquisita penumbra que encerraba tanto al Conde de Armagnac, enamorado de su hermana Isabeau, como a Sebastián, esclavo de su hermana Duma; a la torre incendiada del escudo y al fantasma cortesano de Fabricio del Dongo y a las tres Parcas bullangueras cuyo tapiz se entretejía con la vida enigmática de Gustavo; y a Gustavo también y al inasible Lucio Sansilvestre y sus *Ídolos* eternos; y a Duma triunfante y vencida y triunfante de nuevo desde la majestad de un retrato embadurnado por una loca; y a Fabricia, a quien creo conocer ahora, mientras escribo estas líneas confusas, y de quien en realidad sé tan poco, casi nada.

* * *

Algunos días después, Trinidad me llamó por teléfono para invitarme a almorzar. El tiempo había mejorado y un pálido sol destañaba el cielo. Me dijo que sus tías, Fabricia y ella habían colgado el tapiz en los patios. Steen iría a almorzar también, pues había expresado en varias ocasiones su deseo de que se lo mostraran.

A mediodía vi la obra famosa en la casa del barrio del Sur. La sostenían centenares de argollitas doradas. Las señoras la habían desdoblado a partir del primer patio, junto a la cancela; luego, siempre adherida a la pared, entraba en el segundo a través de un abovedado corredor, y era tan larga que no sólo se extendía hasta el término mismo de la casa, sino todavía, dando vuelta en ángulo recto sobre el muro medianero del fondo, rodeaba en su totalidad ese espacio holgado, con su franja de tinturas violentas.

¡Qué desconcierto causaba el friso medieval al avanzar entre las enredaderas

invernales y sus clavos herrumbrosos, entre los tinajones y las jaulas de pájaros! A veces, sobre un armado guerrero de escudo triangular, retorciéndose una hoja seca; las ramas del mustio jazmín asomaban detrás de la escena en que el mensajero comunica a William la llegada de Harold; y en todas partes, en toda la amplitud del paño de medio metro de altura por setenta metros de largo, los «temas» más propios de nuestras viejas casas —el aljibe, el alero, el piso de ladrillos, los malvones— mezclaban su presencia familiar con la fantasía caballeresca, con el bestiario fabuloso, con los trenes y edificios que evocaban las miniaturas de los códices casi milenarios, con la gran batalla feroz que corría hacia el segundo patio, tumultuosa, erizada de lanzas, de dardos, de hachas y de banderines. La yuxtaposición de lo de siempre, lo cotidiano, lo sabido, lo muy resabido —concretada en ese aljibe, esos jaulones de cardenales y canarios y esas macetas—, y lo quimérico, rebosante de alusiones remotas, legendarias —que simbolizaba el paño de Bayeux—, el maridaje de los dos «rasgos» aparentemente contradictorios que caracterizaban con invariable insistencia a la familia de Gustavo, lograba ese mediodía, en un tranquilo caserón del sur de la ciudad, su expresión más rotunda. Hasta la inmensa inutilidad de ese paño sin sentido, del esfuerzo de años y años que significaba su ejecución, correspondía exactamente a un aspecto muy hondo de la psicología del clan, y entroncaba por estrechos lazos con la novela enorme y estéril de Sebastián, de «Jehanne» inconclusa, y con la devoción exhaustiva consagrada por Gustavo a *Los Ídolos*, equiparable a la de los *sephorim* judíos cuando copian en la Thora la palabra divina, trémulos de fervor, con infinitas precauciones, durante su vida entera.

Dimos la vuelta al colosal bordado, y a cada paso era menester renovar las muestras de admiración estimuladas por las señoras. Estaban allí las mellizas, Trinidad, Fabricia, Andrés y también Steen, enfundado en un gabán de tenor con cuello de pieles. Vuelvo a oír, como si sonara junto a mí ahora, el crujido de las galochas del escritor obeso cuando se movía con lentitud y resollaba:

—¡Los normandos!, ¡qué paciencia! (de modo que era imposible saber quién había sido el paciente: si William, al realizar su conquista, o las señoras, al reproducir el tapiz histórico).

Mientras los otros —con excepción de Andrés, que siempre mantenía su distancia— hablaban a la par sobre las dificultades que impiden conseguir tales o cuales lanas y obtener un determinado tono en el teñido, Fabricia se me acercó. Vestía un traje blanco y azul, deportivo y simple.

—Para mí —le dije—, este tapiz está lleno de recuerdos.

Y le fui señalando, en tanto acompañábamos el desarrollo de los episodios militares hacia el interior de la casa, los fragmentos a cuya elaboración había asistido: la parte en que William recibe a Harold en su palacio de Normandía, y que es la que estaban bordando en el castillo cuando yo tenía catorce años y vi el tapiz por primera vez; la parte en que Harold cabalga con el halcón al puño, inseparable para mí del incendio de «Las Rosas», porque Estefanía me la enseñaba cuando sonaron los gritos

de auxilio en la terraza; la parte en que la flota cruza el canal, cuyo dibujo reposaba sobre el bastidor cuando visité a las señoras en el departamento de Duma, después de la muerte de la tía abuela de Gustavo.

—Es como si Gustavo y yo anduviéramos entre estos barcos y estos caballos... dos chicos... casi los veo...

—Usted lo ha querido mucho a Gustavo, ¿no es cierto? —me preguntó.

—Sí. Fuimos muy amigos.

—Yo lo he querido también.

Nos miramos un segundo en el fondo de los ojos, pero no pude proseguir la conversación. Estefanía se aproximó y, tomándome del brazo, dijo que ya era hora de almorzar.

—Cruzaremos mi celda —añadió.

Para llegar al comedor, pasamos por su cuarto, atiborrado como un desván.

—Es un cuarto de vieja —nos comentó, estirando los flecos de un mantón veneciano que cubría un canapé—. Tengo aquí mis recuerdos, mis nostalgias.

Sus principales nostalgias consistían aparentemente, pues no era sencillo discriminar entre tanto marco de felpa, tanto almohadón y tanta lámpara torcida, en un señor desconocido, rapado, cuya efigie colgaba de la pared —y que según me explicó enseguida había sido su marido, mención que me confundió un instante, pues como todos olvidaba la viudez de las dos mellizas—; en vistas coloreadas de Florencia, de París, de Granada, de Montecarlo, de Wiesbaden; y en las fotografías de los amigos célebres de la tía Duma, distribuidas en una consola, debajo del retrato de aquel caballero rígido, el marido muerto, con quien nada tenían que ver. Estefanía fue diciendo los nombres de esas suntuosas amistades a Steen, y acompañaba cada uno con una sonrisa o un retoque del turbante de gasa.

—Lady Westborough... el Príncipe Brandini... Marco-Antonio Brandini... Usted tiene que haberlo tratado, Steen...

El escritor gruñó vagamente.

—Tenía en Roma un palacio magnífico —añadió Estefanía—. Nos recibía mucho... algo maravilloso... con pinturas del Veronese... ¿no lo ha conocido?, ¡qué raro!... recibía mucho...

Entramos en el comedor y seguía perorando. Steen limitó su desquite a decir, mientras desplegaba la servilleta:

—Sí... me acuerdo... era muy amigo de Duma... Duma me ha hablado de él... ¿Usted habrá estado con Duma en Roma?

Fabricia y yo, que habíamos sido ubicados frente a frente, nos miramos por encima de la mesa y sonreímos.

La charla fue tan copiosa como la comida, pero yo hablé poco, acaso porque aquel tapiz, cuyo final coincidió tan fascinadoramente con el de Gustavo, había removido en mí antiguas memorias alegres y tristes, y porque, como creo haber dicho ya, cuando una emoción me embarga me cuesta salir de ella; o porque Fabricia, que

esa vez me pareció decididamente bonita, acaparó mi atención. De todos modos, Steen, a quien Leonor y Trinidad se dirigían con timidez, embarullando las palabras ansiosas, como si hubiera sido Bernard Shaw, acaparó el diálogo informándonos, sin perdonar prolijidades, sobre su reumatismo, sobre la edición de sus obras completas que la academia preparaba, sobre la Legión de Honor que acababan de otorgarle («oficial... no caballero... oficial»), y sobre la ignorancia del público, «que prefiere una novela de cualquier mequetrefe inglés o francés a un buen libro nuestro».

«Yo lo he querido también», me había dicho Fabricia refiriéndose a Gustavo. ¿Qué significaba eso?, ¿cómo lo había querido?, ¿lo había amado, había sido su amiga? Ese pensamiento comenzó a trabajarme, iniciando su «establecimiento» dentro de mí como el ahogado ronroneo de un motor que empieza a funcionar y cuyo ruido crece y crece a medida que cobra fuerza, hasta que acaba por dominar a los demás sonidos. El tironear de la conversación no me dejó dedicarme a él como hubiera deseado, pero mientras duró la comida sentí que estaba ahí, vigilante, esperando su momento, porque su importancia era tan grande que exigía una atención total, no compartida.

No me fue posible, al abandonar la mesa, cambiar con Fabricia unas palabras. Me reclamaba el laboratorio, donde debía entrevistarme con el Dr. Herzberg muy temprano. Salí con Steen, prometiendo volver pronto.

El escritor se apoyó pesadamente en mi brazo y juntos caminamos las dos cuadras que nos separaban de los tranvías.

—¡Qué mujer, Estefanía! —murmuró para tirarme de la lengua—. Es como para creer que Duma no ha existido jamás.

Opté por no seguirle la corriente que nos conduciría a regiones muy obvias, y se me ocurrió que ese octogenario comadrero de tan pasmosa vitalidad, que andaba metido en todos lados y había hecho un arte de la caza a las invitaciones, seguramente podría darme algunos datos sobre Fabricia y sobre Andrés, sobre su padre, sobre su vida en Italia, pues la verdad es que yo no sabía absolutamente nada de ellos y —lo que era extraño— que a pesar de la intimidad que me había vinculado a Gustavo y a los suyos nunca los había oído nombrar.

Steen se detuvo en la acera, clavó en mí sus ojitos de cerdo, con auténtica sorpresa, y exclamó:

—¿Qué me cuenta?, ¿así que no sabe nada?

—¿Nada de qué?

—De ellos... del escándalo...

—¿De qué escándalo?

Dejó transcurrir unos segundos, amoratado, como si le faltara la respiración, pero se advertía en su carota espesa, lampiña, el gusto que le procuraba el privilegio de «informar», de ser el que sabe lo que los escogidos (entre quienes evidentemente no me hallaba yo) deben saber.

—Esos muchachos son los hijos naturales de Pedro, el hermano mayor de Leonor

y Estefanía.

—¿Naturales?

—Sí. ¿No le dije que hubo un escándalo? Usted es muy joven...

Se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo lacio, volcado sobre la oreja:

—La madre ha sido una señora de una ilustre familia italiana. Espere usted... Sforza... Colonna... no... Doria, eso es, Doria... de la gran familia de los Doria... Pedro la conoció en Roma. Ella era casada. Dejó al marido para fugarse con él. Poético, ¿eh?... y nacieron estos dos chicos... No pudieron casarse; ella no obtuvo el divorcio por influencia del Vaticano, según dijeron... el marido era hermano de un cardenal o algo así... Fueron inútiles los empeños de Duma, que sin embargo contaba con el Príncipe Brandini, figurón de la Orden de Malta... Y ella murió al nacer la chica, la menor... Pedro murió después... era un bohemio, simpático, difícil, un bohemio... Así que las tías los trajeron para acá... Creo que no tienen un centavo...

Lo ayudé a trepar al tranvía, resoplando, y antes de que el vehículo arrancara se inclinó hacia mí desde la plataforma y exclamó entre las pieles del cuello alzado del abrigo:

—¡Los Doria! Imagínese... los Doria... ¡quién le iba a decir a uno!

Toda esa tarde, mientras estuve en el laboratorio, y luego cuando asistí con el Dr. Herzberg a dos consultas, la imagen de Fabricia rondó a mi alrededor, con su ancha boca sensual y sus rasgados ojos negros. Su imagen no era una obsesión de esas que perturban y quitan el sosiego —como las que suscita la fuerza del amor al nacer—, sino una presencia vigilante y quieta, que aparecía y desaparecía. Las últimas palabras de Steen, la revelación del origen preclaro y turbio de Fabricia —tan cabalmente encuadrada dentro del «clima» novelesco y romántico cuya irrupción en la vida diaria ejerce sobre mí una profunda seducción— fueron tejiendo en torno suyo, a medida que el día declinaba, una urdimbre de sutiles prestigios.

Por la noche, cuando regresé a casa, busqué en la biblioteca los libros que compré en Florencia cuando estuve allí en 1948. Recordaba que entre los álbumes y las obras sobre temas de arte, había algunos fascículos de una enciclopedia ilustrada, dedicados a las familias italianas célebres, con muchas fotografías. Los había puesto en la biblioteca, apenas ojeados, y habían quedado en un estante. En él los encontré: «I Borgia», «Gli Sforza», «I Medici», «I Farnese», «I Doria». «I Doria», por Teresa Luzzatto Guerrini, un folleto de sesenta páginas, editado en Firenze, en la Via Faenza, el año 1937...

Encendí la lámpara junto al fuego y abrí la monografía.

—He aquí los Doria —me dije—, a los Doria de Fabricia. Esta gente anda por su sangre.

Y de repente su imagen asumió una actitud hierática, y su perfil se destacó sobre una lejanía de cipreses y de columnas, y más allá se balancearon los velámenes de las galeras que colmaban al librillo de gloria navegante. Fabricia... ya no pensaba yo en Fabricio del Dongo encerrado en su torre, recluso en la Cartuja de Parma, sino en

Fabricia Doria a orillas del Mediterráneo, nieta del mar.

Hasta tarde leí, tropezando con mi mal italiano. Los personajes antiguos compusieron su orla alrededor de la prima de Trinidad: Oberto, Corrado, Ansaldo, Odoardo, Lamba, Rosso, Filippo, Pagano Doria, con fluviales barbas, con armaduras, con cascos, como si hubieran sido contemporáneos de los Césares, tal cual los pintó Perin del Vaga en la Loggia de los Héroes del palacio de Génova; y Andrea Doria, el más insigne, remedando a Neptuno con su tridente; y Gian Andrea, el de Lepanto; los almirantes, los *condottieri*, los embajadores, los escritores, los grandes prelados... centenares de figuras que venían del fondo del tiempo hacia Fabricia, la muchacha de una casa del barrio del Sur.

«Yo lo he querido también.» «Yo lo he querido también a Gustavo.» ¿Cuándo, cuándo lo había querido? Y Gustavo, ¿la había querido a ella? Existe un largo lapso de la vida de mi amigo que conozco muy poco. En realidad, desde que empecé a colaborar con el Dr. Herzberg, en una época en que Gustavo y yo contábamos veintidós años y cursábamos nuestras respectivas facultades, hasta que lo volví a encontrar en Stratford-on-Avon, seis años después, Gustavo se me perdió; cada uno siguió su rumbo. ¿La había amado él a Fabricia entonces? —me preguntaba yo en mi cuarto, junto a la lámpara. Y súbitamente sentí como si me faltara algo, importantísimo, porque de Gustavo y sus amores, si amores tuvo aparte de su pasión por *Los Ídolos*, lo ignoraba todo. ¿Y cómo no iba a haberlos tenido? ¿Por qué no? ¿Con qué derecho había resuelto yo, subconscientemente, que *Los Ídolos* bastaban para nutrir la necesidad de amor de Gustavo? ¿Se ama a unos versos como a una mujer? ¿Se ama a un espejismo, a una música? Pero —me argüía yo contrariamente—, ¿acaso la existencia de ese amor «típico» es ineludible? Yo, yo mismo, ¿a quién he querido fuera de mi estudio y de mis recuerdos? ¿A quién he querido espontáneamente, en verdad, fuera de mis recuerdos, pues el estudio y la ciencia llegaron a mí como algo sugerido, impuesto por mi madre, que se ha ido apoderando de mí poco a poco? Mis recuerdos... si algo he amado yo está en la bruma de esa lejanía. Pero Gustavo... ¿le habrán bastado *Los Ídolos*?

Fabricia asomó una vez más la cabeza pequeña en la última lámina del libro ilustrado. Pensé que yo era capaz de amarla, que quizá la amaba en ese momento; lo pensé entre irritado y feliz. Y los Doria seguían alzándose de las sesenta páginas leídas, ligados a Fabricia, la que llevaba su sangre en las venas a causa de un pecado, a causa de la locura de una mujer, de su madre, que había sacrificado tantos héroes, como si cortara un árbol de siglos y siglos, al amor.

* * *

Para que se entienda bien lo que sigue, debo insistir sobre algunos rastros de mi carácter. ¿A quién dirijo, en verdad, estas memorias?, ¿para quién escribo? Las empecé con el objeto de explicarme a mí mismo, de aclararme aspectos esenciales de

mi formación en torno de Gustavo. Escribí para mí. Y ahora siento que estoy escribiendo para otros. Pero yo, yo mismo, ¿acaso no soy «otros»? ¿Acaso el que soy hoy y el que era cuando conocí a Gustavo y cuando lo perdí, son el mismo? ¿Soy yo el que caminaba junto a Duma, en su aura, por la terraza del castillo gris y rosa? Mi público soy yo. Escritor y lector en mí conviven. A mí mismo, al lector, al observador del que fui, me dirijo esta noche.

La sugestión que de las personas emana por razón de su «atmósfera», de las múltiples implicaciones que crean su mundo —un mundo del cual participan vivos y muertos, memorias, objetos y paisajes—, a menudo puede más sobre mí que las personas mismas, reducidas a la limitada significación de un físico más o menos perfecto o de una gracia más o menos atrayente. Cuando entreveo la posibilidad de una atmósfera propicia para mi capacidad de imaginar, enseguida, no bien descorren su velo, entro en ella. Siempre he sido así, dado al fantaseo. Gustavo lo activó, lo facilitó, lo encauzó, pues su fantasía era grande y contribuyó a «revelarme» ante mí mismo. Lo que Gustavo me sugirió desde la niñez, el mundo confuso y bello que adiviné a su alrededor y que luego fui conociendo, me inclinó a acercarme a él —el mundo del poeta, del castillo, de Duma— y también me inclinó a ello el cultivo de mi don de fantasía, que a su lado hice, y que se «fijó» gracias a él. He sentido, desde pequeño, una especie de hambre, de avidez, de esas «resonancias», de esas «indicaciones» que marcan rumbos hacia lo invisible que flota en torno, y que tanto puede ser la figura brumosa del Príncipe Brandini, ubicado en el fausto de «Las bodas de Caná» del Veronese, como la presencia de Lucio Sansilvestre, musical y secreta, o como el reflejo rojo de la terrible batalla del río, desarrollada frente al caserón de la estancia, y cuyo estrépito llegó hasta mí a través de la serie de miniaturas ancestrales pintadas por Trinidad, que se originan en el antepasado muerto en ese combate histórico, y también, con tintas de leyenda, a través del tapiz de Bayeux, tejido en ese mismo lugar e inseparable para mí de su recuerdo. Acaso esta actitud constituya una reacción mía contra la aséptica nitidez de mi círculo, de mi casa, de mi madre, a quien sin embargo adoro, de mi aire sin sombras, sin alusiones, sin herencias poéticas o dramáticas. Gustavo me ofreció en la infancia la posibilidad de hacer fructificar y florecer esa tendencia innata a rodear a los seres de alegorías, a ponerles de fondo, como los maestros antiguos, perspectivas en las que otros seres muy diminutos, vestidos a veces con trajes de otros tiempos, se movían sutilmente. Él mismo, al penetrar en la ciudadela de *Los Ídolos* de Sansilvestre y al aislarse allí de lo cotidiano, como un loco-sabio que resolviera amurallarse en un maravilloso jardín ajeno, me dio el ejemplo de una «fuga» que si en su caso se concretó, estrictamente, a un encierro cuyo ahogo causaría su muerte, en el mío se expresó al revés, por medio de la busca, en todas partes, derribando paredes, de cuanto participara de la magia de ese jardín. Mi madre, prudente, sagaz, advirtió desde temprano los riesgos de mi inclinación a enriquecer a los demás, a decorarlos, a exaltarlos a expensas de la realidad presente, la inclinación que fue estimulada primero por las similitudes comprensivas que hallé

en Gustavo y luego por la «materia» que su mundo brindó a mi necesidad de fantasía. Inteligentemente, se aplicó a guiarme hacia las cosas exactas. A ella le debo mi vocación, la impuesta vocación que llegó a dominarme. Sin ella no hubiera estado tanto tiempo junto al Dr. Herzberg y me habría extraviado entre espectros. Aun hoy, hoy mismo, en esta etapa tan curiosa de mi vida, quién sabe dónde estaría yo si la fuerza de esa educación científica no actuara como un ancla que tira de mí y me ata todavía a las nociones sólidas, imperturbables.

Pero, de todos modos, en el estudioso que he sido de lo que únicamente se alcanza y demuestra por medio de experimentos de fiscalización severa, el otro, el que anda en lo más íntimo de mi naturaleza, pugnó de continuo por asomar y muchas, muchas veces se me escapó y me arrastró con él. Siento que la eficacia de las ataduras de la ciencia —como todo lo que es incorporado, adventicio— actualmente no consigue defenderme por completo de mí mismo, de mi tendencia a dejarme ir en pos de la sombra de Gustavo, pero también siento que sin esas ataduras la entrega sería más plena, y que les debo la especie de equilibrio que he conservado.

Anoto todo eso, que quizás sea poco interesante y no se entienda plenamente, para explicarme mi conducta frente a Fabricia. Fabricia no fue para mí «sólo» Fabricia. Lo fue en las dos primeras ocasiones en que la vi: el día de la inauguración del busto de Sansilvestre y el día en que me mostraron el tapiz de Bayeux en la casa del barrio del Sur. Desde entonces, desde la revelación de Steen, su figura creció, y más que su figura su «fondo», su complicado fondo de cúpulas y de pinos, de naves y de palacios, con viejísimos puentes por los cuales, como en el que aparece entre las columnas finas, detrás de la «Madonna del Canciller Rolin», de Van Eyck, avanzaban en procesión centenares de siluetas brillantes, algunas de las cuales reconocía yo: Isabella di Branca, la que cantó entre los poetas provenzales; Orietta Doria, la que defendió a Metelino de los turcos, cubierta con una armadura; Branca d'Oria, el que, según el Dante, vaga por el infierno, mientras su cuerpo sigue en el mundo, habitado por un demonio; Lamba Doria, el que hizo prisionero a Marco Polo; Pagano Doria, el que transformó el mar en una hoguera; Andrea Doria, el que encadenó al corsario Dragut y fue como un dios del Mediterráneo; y el Papa Pamphili, de Velázquez; y Giuseppe Doria, penúltimo dux de Génova... Una infinita, ondulante procesión de personajes microscópicos que subían y bajaban por las gibas de los puentes romanos... No: Fabricia, bautizada por Stendhal, no ha sido solamente Fabricia para mí. Fue la que encabezaba un séquito que los demás no veían pero que para mí estaba presente cada vez que ella pasaba por mi recuerdo, un cortejo que en ciertas oportunidades colmaba con sus visiones y con su gran silencio acechante las salas y los patios de la casona del bisabuelo de Gustavo, bajo las arañas huérfanas de bombas, entre las porcelanas sin manos y sin pies, los relojes sin agujas, las alfombras descoloridas y las jaulas donde piaban, intrusos, los pájaros modestos. Y Fabricia fue también, hasta que supe la verdad, la que había amado a Gustavo, mi amigo, la que acaso había sido amada por él. Esos dos elementos, esos dos «temas»

musicalmente enlazados, compusieron una Fabricia que sólo existió para mí.

* * *

Volví a menudo a casa de las señoras. Llegaba a almorzar y partía inmediatamente para el laboratorio. Me bastaba con la hora que transcurría entre los muebles testigos de mi adolescencia, cerca de esas mujeres cordiales, solícitas, obsequiosas, que insistían para que las visitara cada vez que me fuera posible, mirándome un poco inquietas, como si temieran, después de haberme reencontrado en el parque la tarde de la inauguración, que yo desapareciera de nuevo. Comprendí, a raíz de esos diálogos, que se habían quedado bastante solas como consecuencia de la muerte de los seres que habían vivido en lugar de ellas, que habían «fabricado» sus vidas, y que su entusiasmo estrepitoso podía ser una forma de disfrazar, frente a los otros y frente a sí mismas, ese deprimente vacío. Aparte de Steen, de algunas vagas parientas y de Baltasar Corigliano, nadie se acordaba de la casa del barrio del Sur. Este Baltasar Corigliano, marqués, de quien oí hablar abundantemente aunque lo vi muy poco, era sobrino del Príncipe Brandini y, según me enteré, se había radicado en la ciudad después de la caída en Italia del régimen fascista, que lo había contado entre sus adherentes incondicionales. Se dedicaba a los negocios (algo, si no entendí mal, relacionado con aceites) y le iba muy bien, pues vivía con lujo. En una ocasión topé, ante la puerta del caserón, con su deslumbrante automóvil, en el cual las señoras, felices, habían dado una vuelta. Andrés era amigo suyo, y aunque frecuentemente se me dijo que el hermano de Fabricia acababa de estar con el italiano invisible —cosa que Andrés ni siquiera se tomaba el trabajo de corroborar, pues seguía comiendo, mudo—, sólo en una oportunidad breve me crucé con él en el gran salón dorado. En cuanto a las parientas —las parientas conspicuas cuyo vínculo se deseaba mantener a toda costa— las vi apenas, porque llegaban a la casa raramente y a horas distintas de las mías, pero cada vez fui informado punto por punto sobre sus presencias reconfortantes.

¿Qué me movía a volver a casa de las señoras, robándome minutos en una época en que estaba excepcionalmente ocupado?; ¿era sólo Fabricia, con quien pronto anudé una amistad que fue quizás una forma del amor?; ¿o eran también —y sobre todo— esa casa llena de recuerdos donde el tiempo se había detenido, y esas mujeres parlanchinas por cuya conversación, acaso para atraerme, acaso porque era ineludible, Gustavo pasaba a cada instante?

Hacía más o menos un mes que concurría allí asiduamente, cuando Estefanía me comunicó su propósito de hacer publicar la «Jehanne» de Sebastián.

—Lo merece, el pobre... —me dijo—, ¡cuánto trabajó en esa novela!... ¿se acuerda de cuando se encerraba en la estancia, durante horas, a escribir?

—Yo creía —contesté— que el libro no estaba terminado.

—No... es decir que no sé si está concluido o no... el manuscrito es enorme, y

cuando he tratado de leerlo me he perdido dentro de él.

Recordé que la noche del velorio de su autor yo había hojeado a escondidas la abultada carpeta, y un segundo anduvo por mi memoria aquel montón de papel cubierto por una caligrafía delicada, en el que las notas interceptaban el texto con sus carillas densas.

—¿Podrá interesarle a un editor? —pregunté, porque presentí en «Jehanne» un terrible novelón fuera de moda, al estilo de los del siglo XIX.

—Naturalmente; no le quepa la menor duda. Tío Sebastián era muy inteligente. Usted lo sabe.

No, yo no sabía si el Tío Sebastián había sido muy inteligente: discreto sí había sido y siempre estuvo como atemorizado. Pero Estefanía disipó mi escepticismo con un gesto digno de Duma, admirable de seguridad:

—Sebastián era uno de los nuestros y nosotros interesamos.

La conversación se desarrollaba en la biblioteca donde se había compuesto la mayor parte de la obra. ¿Estará aquí Sebastián? —pensé—, ¿nos estará escuchando? E inconscientemente dirigí mis ojos a la copiosa estantería, a los pálidos cortinajes.

Las otras señoras asistían al coloquio, y al observarlas, tiesas, atentas desde sus sillas pero sin intervenir en el diálogo, sospeché que tramaban alguna conspiración.

Trinidad se puso de pie y cruzó el cuarto hacia los anaqueles. Regresó con la carpeta de blanco pergamino, atada con cordones rojos, que puso en el sillón a mi lado.

Fabricia vino desde el fondo de la sala, silenciosa, con una segunda taza de café. Caminaba estupendamente, como si se deslizara.

—Nosotras —agregó Estefanía palmeando el libraco— quisiéramos pedirle un favor. Hemos pensado que sólo usted puede ayudarnos.

Adopté la expresión que juzgué más propicia para reflejar mi deseo de ser útil, pero entre tanto comenzó a intranquilizarme con su cosquilleo la idea de que dentro de un instante iban a proponerme algo que seguramente me incomodaría, y que no conseguiría zafarme de la carga que se aprestaba a caer sobre mí. Pero Fabricia me serenó, porque permaneció detrás de sus parientas y no apartaba de mí sus bellos ojos, como si agregara su súplica a la de las demás.

—Claro —continuó Estefanía— que el libro no se puede llevar así a un editor. Habrá que ordenarlo, probablemente suprimir ciertas cosas y hasta completar otras en el final. En mi opinión vale la pena.

Hubo un silencio. Yo seguía aguardando.

—Y... —añadió Estefanía—... como estamos tan solas y somos demasiado poco expertas para ocuparnos de eso... se nos ha ocurrido... se nos ha ocurrido que usted nos auxiliaría.

Protesté débilmente, por fórmula, en realidad por apaciguar mi conciencia, pues sabía que ya estaba en el corazón de la trampa. Sugerí que la colaboración de Steen, hombre del oficio, sería más eficaz, pero las tres se incorporaron para rebatirme. Se

ve que lo esperaban.

—¡No!, ¡no! Steen está demasiado viejo y cansado. Tiene ochenta años. Además... es un escritor tan importante... eso no quiere decir que usted no sea importante... —y sonrieron—... en absoluto... no... pero usted lo conoció tanto a Sebastián y ha sido tan amigo de Gustavo... —Habían utilizado el argumento irrefutable.

—¿Y qué habría que hacer?

—Pues... leer esto con un lápiz, marcando aquí y allá lo que a su juicio se deba quitar...

—No sé si seré capaz de hacerlo. Es mucha responsabilidad.

—¡Nada de eso! El manuscrito es nuestro; lo hemos heredado. Podemos disponer de él. ¿Le parece más justo que permanezca aquí indefinidamente, olvidado, perdido?

Se oyó la voz de Trinidad:

—Fabricia puede ayudarlo. Esas tareas se realizan mejor entre dos; así son menos monótonas.

Su tono me hizo desconfiar, por lo meloso, como si encerrara alguna alusión al ritmo de mi relación con Fabricia, pero no me alcanzó el tiempo para analizarlo, porque Estefanía estaba hablando de nuevo, y además Fabricia me sonreía junto al cuadro de Aman Jean, la cabalgata milagrosa de la cual ya parecía formar parte.

—Yo tengo la convicción —dijo la señora— de que después de esos arreglos no será difícil encontrar un editor. El Marqués Corigliano conoce gente en todos los círculos y nos secundará. Ha prometido hacerlo. El nombre de Sebastián (no el suyo, el de la familia) es suficientemente conocido para constituir una propaganda. Y tengo la certeza de que «Jehanne» puede hasta ser un negocio, de que se venderá mucho.

Me asombró la ingenuidad de la señora. Aislada de la realidad, creía firmemente lo que decía: que un editor iba a publicar el mamotreto por el solo hecho de que Sebastián, cuyo nombre era desconocido en el mundo de las letras, llevara un apellido asociado con personajes históricos y con fundadores de asilos y de escuelas, y que su libro iba a ser un éxito. Los prejuicios propios de los suyos se mantenían intactos en ella, con una naturalidad que desarmaba, casi convincente. Supongo que para ella Sebastián debía ser un escritor como había nacido, «por la gracia», y que cualquier cosa que apareciera refrendada con su nombre (con el nombre de las cuatro mujeres que me rodeaban en la casa el barrio del Sur) «debía» atraer por la sola virtud de su prestigio.

¿Cómo desilusionar con argumentos a alguien que, dentro de ese campo estricto, estaba pertrechado contra toda desilusión? Por lo demás yo hubiera dado lo que no poseía para evitarle una desilusión: si se producía, otros serían los encargados de causársela; no yo: no yo, que veía en ella al remedo de Duma y en todas ellas a las moradoras de un castillo donde había sido feliz y al que ya no se podía llegar porque, como en los cuentos, las plantas crueles habían crecido sobre su sendero, borrándolo.

Acentuó su ingenuidad al subrayar:

—En verdad... en estos momentos, algún dinero no nos vendría mal. ¿Por qué no aprovechar el trabajo de nuestro tío? De este modo rendiremos un homenaje a su memoria, que «Jehanne» consagrará, y ganaremos unos pesos muy necesarios. Claro que para eso tenemos que contar imprescindiblemente con su ayuda.

—Sí —apoyó Trinidad—, Fabricia y usted, juntos, deben ayudarnos.

Por segunda vez era ella quien mencionaba a Fabricia. Quise replicar, pero me rodearon las tres mujeres enlutadas y pensé que iban a abrazarme.

—Será suficiente —concluyó Estefanía— con que usted venga aquí dos o tres días por semana, de noche... ¿no le parece mejor de noche?... y habrá terminado la tarea muy pronto.

—Yo trabajaré con usted —dijo Fabricia—, lo haremos entre los dos.

Salí a la calle malhumorado. Es cierto que la tarea que me habían impuesto me facilitaba las ocasiones de acercarme a la intimidad de Fabricia, pero la perspectiva del laberinto medieval que me aguardaba en las hojas de la carpeta bastaba para estremecerme.

—Lo empezaré —dije para mí— y luego veremos qué sucede.

Y mientras regresaba al laboratorio, se me ocurrió que el plan de «vivificar» algo tan espeso, tan engorroso y tan fundamentalmente inútil como «Jehanne», dedicándole horas y horas que restaría de mis investigaciones serias, no podía parecerles ni absurdo ni estéril a esas personas, sólo a esas personas, porque en cierto modo el proyecto enmarcaba dentro de los esquemas peculiares de sus vidas: el de unas señoras entregadas a copiar un tapiz tan colosal como superfluo (puesto que está reproducido, metro a metro, en colores, en varios álbumes), y el de ese muchacho, su sobrino, aplicado a desmenuzar un libro de poemas, a volverlo del derecho y del revés, y a escudriñar la existencia de un hombre, Lucio Sansilvestre, que tal vez ni siquiera lo haya compuesto. Pero al mismo tiempo se me antojó que al proceder así, al internarme yo también, aunque fuera un rato cada día, en una enrarecida zona, suntuosamente árida, semejante a aquellas dentro de las cuales habían transcurrido sus existencias, se me ofrecía la oportunidad de aproximarme espiritualmente a la gente de Gustavo, de participar de su atmósfera —tan «imposible», tan injustificada para quienes no fueran ellos mismos—, y resolví consagrarme a «Jehanne». De esa manera, además, quizás consiguiera quedarme más a solas con Fabricia, pues hasta ahora siempre andaba alguna de sus parientas alrededor de nosotros, y, aprovechando esa soledad oportuna, quizás me fuera dado averiguar lo que todavía no lograba discernir y que me perturbaba ya, aunque levemente, como un susurro que me anunciaba lo que esa perturbación sería al madurar, si yo no la definía antes; qué sentía Fabricia por mí y qué sentía yo por ella.

* * *

Creo que dediqué a «Jehanne» seis o siete noches. Con Fabricia, cuya

colaboración se reducía a escucharme, leí en voz alta, durante una hora y media cada vez, la novela de Sebastián. La letra perfilada, nítida, facilitaba la lectura, pero párrafo a párrafo debía detenerla, pues las notas intercaladas la interrumpían. Opté, pues, como primer paso de la tarea, por aislar las acotaciones del resto del texto, con gruesos trazos de lápiz azul que las fueron encuadrando. No me había equivocado al calcular: «Jehanne» era una de esas novelas históricas cuyo tipo abundó durante el pasado siglo. Evocaba los libroles de Fernando Patxot, de Cánovas del Castillo, del mismo Castelar, que se titulan «Fra Filippo Lippi», «La campana de Huesca» y «La dama del Conde Duque», y que mi abuelo conservaba siempre al alcance de su mano, al lado de la cama, sobre una mesilla. Naturalmente, el extraordinario afán de documentarse, el «flaubertismo» del tío Sebastián, al obligarlo a recorrer una serie de autores de primer orden, había influido sobre la calidad de su obra, afinándola, elevándola, y también había contribuido a ello su posición de «esteta», de «orfebre» (la familia siempre sostuvo que Sebastián era «un orfebre de la prosa»), y en especial había contribuido —¿por qué no mencionarlo?— eso, más impreciso, que es la propia distinción: pero con todo «Jehanne» seguía siendo, a mi entender, un engendro indigerible. Claro que yo no soy un gran juez, ni siquiera uno mediano. Todavía «Jehanne» va a resultar una obra importante; pero aburre.

Trabajábamos en la biblioteca, junto al fuego innecesario porque la tibieza de setiembre temblaba ya en el aire y desperezaba las plantas en los patios. Aunque las señoras no nos acompañaban, no estábamos solos. Andrés se sentaba en una mecedora, en el extremo de la habitación, bajo la lámpara, y hojeaba algún libro de imágenes.

En esos días me percaté de la hostilidad de Andrés hacia mí. Yo creía que su actitud orgullosa y como distante era algo inherente a su personalidad (una distancia así pero de otra índole, más «suntuaria», imponía Duma, su parienta), pero poco a poco varios indicios me fueron demostrando que frente a mí esa disposición se acentuaba. Y noté también que si hasta entonces no había podido estar a solas con Fabricia, ello se debía no tanto a sus tías y a su prima como a su hermano, quien, aunque callado y logrando con su quietud y su silencio que lo olvidaran, casi no se apartaba de ella. Esa vigilante postura me irritó mucho. Ahí estaba yo aprisionado por un trabajo que no me interesaba, y ni siquiera podía gozar de la conversación de Fabricia sin testigos. La actitud no había sido tan marcada antes, cuando el entrar y salir de las señoras en la sala, en el comedor y en la misma biblioteca, había disimulado lo que la situación pudo tener de enojoso; pero ahora era evidente. Una vez que Andrés nos abandonó durante un rato, alcé los ojos de la carpeta y le pregunté a la muchacha:

—¿Nunca será posible que nos veamos fuera de aquí? Quisiera conversar con usted tranquilamente, sin... sin extraños alrededor...

Ella me miró como asustada y dijo:

—No sé... no sé adónde podríamos ir... y además, Andrés...

—¡Oh, Andrés, Andrés, siempre Andrés! ¿Acaso le tiene miedo?

El hermano entró en ese momento, y yo, furioso, proseguí la lectura. Pero no me importaba nada el diálogo de Juana de Arco y del capitán Robert de Baudricourt, enmarañado con la descripción de una coraza y de un yelmo que Sebastián introducía a lo largo como un *leitmotiv* increíblemente fatigoso. Me importaba esa mujer que permanecía junto a mí, escuchando.

¡Qué diablos! —me decía yo—. Fabricia ya no es una chica. Debe tener unos veinticuatro años. Y además es europea e hija de un bohemio que no la habrá educado por cierto como una monja. Y entonces, ¿a qué viene esto, esta reclusión, esta dependencia frente al hermano? Cualquier mujer de esa edad es libre, puede ir y venir, y ella, tan luego ella, no.

Fabricia debió comprender lo que pasaba dentro de mí, porque suspiró levemente, de modo que yo pudiera oírla y Andrés no, y ese suspiro, al unirse al relato de la dulzura de la Doncella de Domrémy cuando insistía ante el airado capitán de Vaucouleurs para que la condujera ante el Delfín de Francia, me conmovió hondamente. Hay que recordar cómo soy yo para entender mis reacciones, para valorar lo que para una sensibilidad como la mía —y que tanto me ha incomodado y avergonzado— puede representar algo tan intrascendente como un suspiro (la solidaridad, la complicidad que en ese caso el suspiro implicaba, su mensaje de impotencia y de tristeza también), un suspiro de una joven mujer italiana, a quien yo consideraba misteriosa y bella, y más aún si ese suspiro se exhala en un cuarto como esa biblioteca henchida de memorias, sobre la cual flotaba el retrato de la tía Duma, que en sí mismo era extraño e inquietante, y más todavía, en mi caso, si ese suspiro nacía de los labios de alguien que me había dicho alguna vez que lo había querido a Gustavo, y con eso lanzó a volar mi imaginación. Para completar el ambiente favorable, en la gran sala vecina Leonor tocaba el arpa y Trinidad el piano, como cuando yo era pequeño.

A menudo, mientras concurrí a la casa del barrio del Sur de noche, a trabajar en la novela, la música de Leonor y Trinidad giró alrededor de nosotros. Cierro los ojos ahora y escucho nuevamente las melodías familiares: el entreacto de «Lucía»; la «Canción del Sauce» que Desdémona canta en el último acto del «Otelo» de Rossini; la «Plegaria» del «Moisés». Una música así, tan italiana, tan de ópera, tan poblada de trinos y de cadencias elegiacas, convenía más que ninguna otra a Fabricia, al personaje de Fabricia que me había ido construyendo yo, a Fabricia, la descendiente de los Doria antiguos que pudieron avanzar en los proskenios sobre el ondular de las orquestas, transformados en tenores, en barítonos y en bajos, con mucho casco y pluma, o en sopranos y en contraltos, con redecillas de perlas, a gorjear sus hazañas de guerra y de amor. Lo que en cambio nunca volví a oír es aquella composición hermosísima, tan vieja, tan galana, que ambas señoras tocaron en el castillo el día de mi encuentro con Teresa y su atroz familia en el bosque. En mi recuerdo permanece como algo muy cortesano, en verdad palaciego, que hace pensar en Glück —en

«Orfeo», en «Armida»—, y una noche, cuando leía perezosamente el segundo capítulo de «Jehanne» (en el cual comienza a insinuarse la sospecha folletinesca de que la pobre pastora es la hermana del Delfín Charles), me sobrecogió de repente una gran nostalgia de esa melodía. Sin contenerme, ante la sorpresa de Fabricia y de Andrés, atravesé el cuarto y entré en el salón, pidiendo que la tocaran. Pero ni Trinidad ni Leonor se acordaban de ella.

—¿De Glück? ¿Algo que parece de Glück?

Era difícil explicarles lo que yo conservaba en la memoria: la sensación de algo simultáneamente complicado y simple, que se resolvía en una serie de reverencias.

Trinidad se quitó los anteojos:

—No, no la conozco. Nosotras no hemos tocado eso.

Y apiló las partituras, buscando para complacerme.

—No —corroboró Leonor con su crespón y sus trenzas—, usted debe estar trascordado. Nuestro repertorio de arpa y piano es muy corto. Siempre tocamos más o menos las mismas cosas.

Volví a la biblioteca y reanudé la lectura. Pero el recuerdo, no ya de aquella composición inhallable sino de la sensación que ella me había dejado, no me permitió reconcentrarme. ¿Será —pensaba— que yo he inventado ese recuerdo? Es decir: ¿será que yo, utilizando como base, como punto de partida, algo que hoy me resultaría despojado de poesía y de sugestión, o por lo menos «distinto», lo he ido elaborando con el andar del tiempo, hasta crear un recuerdo poético de una categoría diferente, que en verdad carece de fundamento real? Y entonces, si es posible proceder así con una música, de tal manera que al transcurrir los años un «entreto» de Donizetti puede reformarse en la memoria hasta trocarse en una pavana inspirada en uno de los ceremoniosos movimientos de «Armida» (cuya existencia yo ignoraba por completo en 1936 cuando estuve en el castillo, de modo que no podía «recordarlo», ubicándolo en esa época), ¿no será factible asimismo que los otros recuerdos se conformen y adapten a lo que nosotros aspiramos que sean? La vida en el castillo; el propio castillo gris y rosa; la estupenda, raciniana, gloriosa Duma; el tío Sebastián que la seguía como un esclavo, con su secreto; las mujeres neblinosas que tejían el tapiz de Bayeux, hilando el destino de Gustavo; y Gustavo también y su poder sobre mí, ¿no habrán sido en buena parte, tal como los «veo» con los ojos del recuerdo, elaboraciones mías? Si me fuera dado regresar ahora quince años atrás y revivir aquello tal cual fue, pero con mi lucidez actual (¿y cuál es, exactamente, mi «lucidez»?), ¿con qué me encontraría? Y eso, esa diferencia, ese cambio de valores, ¿se debería sólo a la circunstancia de que quien entonces acumulaba memorias para paladearlas después era un niño, y como tal no podía apreciar el alcance, el contorno justo de las personas, de los lugares y de los hechos, o se debería a un proceso posterior de enriquecimiento y de adecuación, realizado involuntariamente por mí, dentro de mí mismo, a fin de que el mundo de Gustavo, que me atrae con tanto sortilegio, coincida con la mayor precisión posible con el de mis sueños, y no me

defraude?

Así, entrecortadas de evocaciones, de imágenes, transcurrían mis noches junto a Fabricia en la biblioteca de Sebastián. Se había planteado una situación tan angustiosa como ridícula. Independientemente de la tarea de leer el libraco, que había llegado a ser casi mecánica a pesar de la minucia que debía exigirnos, sentía yo que entre nosotros se había establecido una tensión cuyas verdaderas razones no habían sido definidas aún. Quizás, si Andrés no hubiera estado ahí siempre, espiándonos, pronto para intervenir en nuestra intimidad, esa atmósfera no se hubiera producido, porque al hablar, al proceder naturalmente, se habría aclarado la especie de bruma que nos envolvía, pero esa misma fuerza rechazante, al acercarnos por reacción, actuaba como un elemento más, principalísimo, en la creación del clima que me crispaba y me cautivaba.

¿Serán celos? —me preguntaba yo a veces—. ¿Estará Andrés celoso de mí? ¿El cariño que siente por su hermana será tal que lo encrespa frente a cualquiera que trate de aproximarse a ella? Y la sombra monjil de Sebastián, de Sebastián siguiendo a Duma por los corredores del castillo, pasaba por mi memoria. ¿O será orgullo? ¿Será su orgullo el que lo impulsa a proceder de ese modo? ¿Qué represento yo para el descendiente de Andrea Doria? Nada, un pequeño médico cuyo mérito único finca en haber sido amigo de Gustavo, porque esta familia lo reduce todo a su órbita y para ella nada vale sino en función de sus miembros. La idea me encabritaba, como es de suponer. ¿Qué se creen estos hijos naturales —me argüía—, injertados en una casa ilustre que no los reconoce? ¿Qué se creen? Y volvía, colérico, a los discursos de Regnault de Chartres, del Arzobispo de Reims, prometiéndome de una vez por todas abandonar ese trabajo disparatado y esas salas absurdas donde los gusanos que yo había imaginado cuando murió Sebastián debían haber devorado ya los libros y ahora comenzaban a corromper el aire.

Una noche, Fabricia me acompañó hasta la puerta. Sus tías se habían acostado después de comer, y su hermano, por excepción, quedó en la biblioteca. Tal vez deseaba probarnos, sorprendernos, saber adonde habían llegado, concretamente, unas relaciones que no existían más que en su mente y acaso también en la nuestra como un espejismo. Era una noche muy hermosa. Lo mismo que en la estancia, donde las flores de glicina trepaban hasta mi balcón, los perfumes palpitaban en el patio blanco de luna. Por un momento tuve la impresión de que estaba en el castillo, de que aquélla era una de esas noches del castillo, olorosas, las noches del arpa y del piano, en que Duma me hablaba de Maeterlinck y de D'Annunzio, o Gustavo caminaba conmigo hasta la ribera, entre los talas. Después de la opresión del escritorio, allí se respiraba con delicia. Aproveché la oportunidad que se me ofrecía. En el instante en que la muchacha abrió la puerta le pregunté (y ahora, al ordenar mis recuerdos, advierto que eso era lo que me interesaba ante todo):

—¿Qué pasó entre Gustavo y usted, Fabricia?

Ella me miró con extrañeza.

—Nada... absolutamente nada...

Me impacienté:

—Usted me dijo que lo había querido a Gustavo. Acuérdesse. Fue aquí mismo, el día en que vinimos con Steen a ver el tapiz. Usted me lo dijo.

Pero ella no parecía recordar. Frunció las cejas y apretó los labios. Luego, como si cambiara de idea, murmuró, nerviosa, mezclando en la frase las palabras italianas:

—Sí... *è vero*... lo he querido...

—Pero ¿cómo? ¿Cómo? Se quiere de muchas maneras. ¿Estaba enamorada de él? Y él, ¿la quiso?

Andrés empujó la puerta de la biblioteca que comunicaba con el patio y se destacó en su zona de luz. Todavía pude, durante unos segundos, buscar la respuesta en el rostro de Fabricia. Ella se limitó a inclinar la cabeza afirmativamente.

En la calle me formulé por fin el interrogante que hasta entonces rehuía: ¿no me estaré enamorando de Fabricia a causa del amor que ella pudo sentir por Gustavo y del que Gustavo pudo sentir por ella? ¿Qué es lo que persigo aquí: a ella, sólo a ella, o a lo que está más allá de ella, a mi primera juventud y sus sensaciones perdidas que a través de ella vuelven a mí? ¿Estaré condenado a andar entre fantasmas? ¿Dónde comienza y dónde termina lo real, lo inmediato? ¿Dónde comienza Fabricia, Fabricia sin su leyenda, sin sus Dorias, sin su amor antiguo, sin Gustavo? ¿Existe sin ellos, existe para mí? Pero no —me repetía—; debo actuar con prudencia. No debo estimular una pasión capaz de crecer y de desarrollarse por motivos extranjeros a esa pasión misma. Debo ubicar a cada uno en su sitio: a Fabricia, a Gustavo, a Duma también y a los hermosos antecesores italianos que velan alrededor de Fabricia, que componen su perspectiva alrededor, porque para mí Fabricia no consigue ser una persona determinada, delimitada, definida, sino casi una abstracción, como esas alegorías que en esta casa he encontrado, una abstracción formada por todos esos seres. Fabricia es Orietta Doria y es Fabricio del Dongo y es Duma y es Gustavo... y entonces, ¿dónde está Fabricia, la real, la que sería sólo mía? ¿A quien le daré un amor capaz de florecer, de ahogarme, de hacerme sufrir?

* * *

La vez siguiente llegué un poco más temprano que de costumbre a la casa del barrio del Sur, con la esperanza de que Andrés hubiera salido y de encontrar sola a Fabricia, pero ambos estaban todavía afuera. La mucama, que me consideraba ya como uno de la casa, me dijo que Trinidad trabajaba en el salón y a él me dirigí. La hallé en ese cuarto extrañamente familiar, con sus dorados sillones, su arpa coronada por un capitel corintio y sus damascos, que me devolvía entero uno de los escenarios más bellos de mi adolescencia. Trinidad estaba sentada bajo el escudo de la torre en llamas y la colección de miniaturas. La luz de la lámpara puesta en la mesa caía sobre su pelo rubio que empezaba a tornarse ceniciento y hacía relampaguear sus grandes

anteojos, cuando la señorita se inclinaba con el pincel encima de una pequeña lámina de marfil. Al lado, apoyado en unos libros, había un retrato de Gustavo.

Alzó la cabeza al oírme entrar y me saludó sonriendo:

—Estaba ocupándome de su amigo —me dijo—. Las tías me pidieron que lo agregara a las miniaturas. ¿Qué le parece?

No, en verdad no reconocí a Gustavo en ese rostro duro, impersonal, monótonamente semejante a las caras nimias que llenaban la pared. Pero tampoco lo reconocí en la fotografía que servía de modelo, aunque ésta había sido sacada en la época en que más cerca de él estuve, la época de los veraneos en el castillo. La pintura de Trinidad reproducía sus rasgos, claro está, su pelo negro, sus ojos negros, su color dorado, pero nada recordaba en esa imagen la que yo conservaba vívida en la memoria. A menos... a menos que allí también, como en la recreada música de Glück o de quien sea, yo hubiera ido elaborando una imagen mía, «componiendo» involuntariamente algo propio. No quise detenerme a pensarlo. Ese tipo de ideas me desazonaba y demasiadas inquietudes, hijas de la inmediata realidad, me perseguían, para que me conviniera forjar otras nuevas.

Elogié la pintura y Trinidad suspiró:

—Estamos solos; las tías deben llegar en cualquier momento. También Fabricia y Andrés. Han salido con Baltasar Corigliano.

Hubo un silencio. Opté por aguardar a que ella hablara porque presentí que tenía algo que decirme. Reclinado sobre los libros, Gustavo nos miraba con unos ojos desconocidos, sin expresión.

—¡Pobre Fabricia! —murmuró Trinidad sin levantar los suyos de la miniatura.

Dejé pasar unos segundos.

—¿Por qué «pobre Fabricia»? ¿Qué le sucede?

—Andrés quiere casarla.

—¿Y eso? ¿Qué hay de malo en eso? Ya está en edad de casarse.

Ella entrecerró los ojos miopes y se aplicó sobre el retrato:*

—Una cosa es casarnos y otra que nos casen.

De repente le temblaron las manos, dejó el pincel y se enfrentó conmigo, roja, turbada:

—No quisiera... no quisiera que le pasara a Fabricia lo que me pasó a mí.

Y ahí mismo, con palabras entrecortadas, como quien se desahoga por fin, me contó lo que yo ignoraba: su niñez de chica pobre transcurrida a la sombra de una opulencia que no le pertenecía; el afán de Estefanía, desde que cumplió diecisiete años, porque se casara con alguien «digno de ellos», digno de Duma, de Laura, de todos ellos; su encuentro con un muchacho, un buen muchacho, de quien se enamoró; el descubrimiento hecho por las tías; la gran escena, porque «no era digno»..., «y en verdad era un muchacho encantador, se lo aseguro, que estudiaba botánica»; y luego la intervención de Duma, juez inapelable, quien declaró que «eso era imposible» y que ya se ocuparía ella, cuando llegara la ocasión, de buscarle un muchacho «como la

gente»; la ruptura, el dolor de la ruptura... Un año más tarde supo que se había casado con otra, y Duma... ¿acaso tenía tiempo Duma ni nadie para dedicárselo a ella? Para destruir sí, para destruir aparecía en seguida, armada de argumentos... Y Estefanía veló desde entonces, resuelta a que no se repitiera el episodio. Se lo había ordenado Duma, «porque Duma... Duma era capaz de ser muy cruel... acuérdesse de lo que pasó con aquel pobre pintor, con Philibert Chénier...».

Trinidad lloraba, refiriéndome su historia patética y trivial.

—Fue como si me cortaran las alas, como si me mutilaran para siempre... Si no hubiera existido el tío Sebastián, que me comprendía, que me ayudaba a vivir al lado de mi caja de colores, no sé qué hubiera sido de mí... Y a Sebastián también lo sacrificó Duma... Si no hubiera sido por Sebastián... quién sabe... tal vez yo hubiera terminado como el pintor...

Se secó las lágrimas, se sonó la nariz y concluyó:

—Perdóneme este cuento estúpido... A veces no doy más... y sobre todo ahora que veo que con Fabricia están haciendo lo mismo...

—¿Qué le sucede a Fabricia?

—¿No lo sabe? ¿Todavía no se ha dado cuenta? Andrés quiere casarla con Baltasar Corigliano. Andrés es una serpiente... es un resentido... Cree que con ese casamiento va a obtener una especie de rehabilitación de su madre... que la familia de su madre, que nunca ha querido saber nada de ellos, se va a entusiasmar con la alianza del Marqués Corigliano, rico y noble... Y tampoco... tampoco se trata de rehabilitar a su madre, ni de la felicidad de Fabricia, sino de rehabilitarse a sí mismo, porque no piensa más que en él, siempre en él, como Duma, y no le importa sacrificar a su hermana para conseguirlo...

Hablaba como una histérica, delineada sobre la pared en la que ardía el escudo y desde la cual me miraban docenas de ojitos idénticos, como me miraba Gustavo desde el retrato impersonal.

—Y las tías... ¿Qué piensan?

—Las tías están viejas ya... y pobres... y vencidas. Estefanía, con sus aires de gran señora, lo único que pide es que la dejen en paz, entre sus cosas, que no le quiten lo que tiene. Yo sé que a veces sueña que Duma va a volver y la va a despojar de su inútil libertad y de estos desgraciados muebles y que, como cuando Duma vivía en el departamento, al final, tendrá que ir a servirle de mucama, a teñirla, a depilarla, a lavarla en el cuarto de baño, a repetirle hasta el cansancio que nadie es más hermosa que ella y que la juventud no significa nada, que lo único que importa es la hermosura... No... Estefanía no piensa en Fabricia... Andrés... sólo Andrés es quien se ha propuesto lograr ese noviazgo. Y yo sé que Fabricia no lo quiere a Corigliano... porque... porque lo quiere a usted...

Se había puesto de pie detrás de la mesa, abochornada. Pero su expresión cambió súbitamente, porque en ese instante Estefanía y Leonor entraron. Volvió a sentarse y fingió que reanudaba su pintura.

—¡Ah! —exclamó Estefanía, casi sin dejarme tiempo para recobrar la serenidad —, *cher... cher ami...* ¡el gran cumplidor! ¡El gran colaborador de Sebastián!

Se quitó los guantes con largos ademanes y se acercó, perfumada, llenando la sala con el prestigio de su frivolidad aprendida, mientras Leonor desaparecía hacia el interior de la casa.

Estefanía se retocó el turbante y prosiguió:

—¿Qué tal la miniatura de Gustavo? Muy buena, ¿eh? Y el trabajo, ¿cómo anda? ¿Cómo anda ese trabajo —y produjo una imitación más o menos perfecta de la risa de Duma—, *ce travail* que nos hará ricos cuando lo publiquemos?

Comenzaba a explicarle que ya habíamos leído la mitad de la novela, cuando se abrió la puerta nuevamente y Fabricia y Andrés aparecieron, escoltados por un hombre bastante mayor.

—¿No se conocen todavía? —preguntó Estefanía, grandiosa—. Es el Marqués Corigliano, sobrino de nuestro amigo el Príncipe Brandini.

Baltasar Corigliano besó la mano tendida de la señora, estrechó la de Trinidad y medio me abrazó, pues sin soltarme los hombros en los que aferró sus largos dedos, pronunció las palabras:

—¡*Caro* mío! ¡Al fin nos conocemos! ¡He oído hablar tanto de usted!

Era un hombrón de anchas espaldas, de pelo negro echado hacia atrás, luciente de brillantina. Me sonreía con toda la cara desagradablemente lisa, con los ojos a flor de piel, con los dientes sólidos. A pesar de que la primavera avanzaba, llevaba un sobretodo amplio y claro, de camello, con botones demasiado grandes. Me soltó y empezó a caminar por el cuarto, deteniéndose ante los cuadros mediocres y las tristes miniaturas como si estuviera en un museo. Por otra parte, lo dijo:

—Uno se creería en un museo. ¡Qué magnífico! *E il lampadaio!*

Las cabezas se irguieron hacia la araña gris de polvo a la que le faltaban bombas y caireles. Miré a Fabricia y vi en su rostro la expresión que a veces me había desconcertado, equívoca, indescifrable, entre orgullosa y tímida. Tuve la impresión fugaz de que presenciaba una escena de teatro, de que todos los presentes —y yo también, por supuesto— éramos miembros de una compañía teatral de segundo orden, y estábamos representando una pieza no sé si dramática o cómica, con ese Baltasar retórico, enriquecido en el comercio de aceites, de primer actor. Y me acordé súbitamente de Stendhal, de «La Chartreuse de Parme» por cuyas páginas hubieran podido pasar el Príncipe Marco-Antonio Brandini, el Marqués Baltasar Corigliano y Andrés, hijo de una Doria *qui avait mal tourné* (como hubiera dicho Duma), adoptando actitudes majestuosas y tejiendo intrigas oscuras.

—¡Qué lástima —agregó el marqués— que tengamos que partir! Me hubiera encantado la charla con este amigo de ustedes, pero los negocios reclaman.

Andrés me observó, vacilando, y gocé secretamente ante su titubeo. El otro lo apuraba para que salieran.

—Volveré temprano —anunció.

El hombrón me abrazó nuevamente y me inundó de olor a agua de Colonia.

—Es un caballero —comentó Estefanía cuando su sobrino y el visitante abandonaron la sala—. ¡Me recuerda tanto a Marco-Antonio!

En el comedor, la conversación no fue fácil. Dijérase que el italiano estruendoso se había llevado con él toda la capacidad de entusiasmo de la casa. Fabricia, Trinidad y Leonor comían sin hablar y yo me limitaba a dar algunas réplicas breves a Estefanía, quien desarrolló un monólogo a lo Duma, en el cual la Riviera francesa brindó motivo para deshilvanadas descripciones.

De repente oí que Estefanía me interrogaba sobre la miniatura que Trinidad estaba pintando, y me oí responder que yo hubiera deseado tener algún retrato de Gustavo, pues no poseía ninguno.

Trinidad levantó el rostro del plato, ruborosa, y dijo:

—Creo que debiéramos regalarle algún recuerdo de Gustavo, que fue tan amigo suyo. En el altillo del mirador hay un montón de libros y de fotografías que le pertenecieron.

—¡Es verdad! —exclamó Estefanía—. ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? Por cierto que se los ha ganado con el espléndido trabajo que está haciendo. En el altillo hay muchas cosas que todavía no nos hemos resuelto a ubicar en la casa, sobre todo los libros. Los tíos maternos de Gustavo nos las mandaron. ¡Ja, ja! Ellos se quedaron con los campos y nos mandaron los libros. ¿Para qué querían los libros esos paisanos? En fin... Dios sabe lo que hace... Podemos bajarlos aquí uno de estos días y usted elige lo que le interese.

Entonces se oyó la voz de Leonor y nos sorprendimos todos porque solía permanecer callada durante horas. Hablaba lentamente. Era como si de repente se hubiera puesto a hablar una pintura antigua, el óleo de una marchita mujer con trenzas cuyo impertinente pendía de una cadena de oro.

—¿Y por qué bajarlos? Él puede ir allí con Fabricia y elegir lo que le guste.

—Pero... —intervino Estefanía un poco amoscada, pues no consentía que su hermana tuviese ideas—... si en el mirador no hay luz... Hace años que se quemó la electricidad y siempre nos olvidamos de hacerla componer... Y además, aquello debe estar tan desordenado... *une horreur!*... un revoltijo...

—¡Claro, claro! —aprobo Trinidad, estimulando a Leonor con un gesto—. Es una noche de luna estupenda y Fabricia puede llevar el candelabro.

—Bueno... —Estefanía se dejó convencer—, será más poético. ¡Ah juventud!... que lleve ese candelabro que, según Duma contaba, sirvió en la Comédie Française para la representación de una obra de Alfred de Musser.

Fue así como, después del café, Fabricia y yo subimos al desván por la escalera de caracol, mientras las otras permanecían en la sala haciendo música. Mi amiga iba delante, en alto el candelabro de plata con sus cuatro velas encendidas. Nunca olvidaré la escena. Hoy, cuando pienso en Fabricia, la imagen que acude a mi memoria es la de una muchacha esbelta, de piernas largas, con el pelo rubio mate,

ceñidos los pechos breves por un *sweter* azul; una muchacha separada de mí por la distancia de tres o cuatro escalones, que gira en mi dirección la cabeza en la que la oscilación de las llamas pone reflejos de cobre. Encima distingo su brazo arqueado y el candelabro de la Comedia Francesa que es como una planta de metal bruñido, y más allá la estrecha escalera se curva, se revuelve sobre sí misma y trepa y se hunde en la sombra. Fabricia me sonríe y sus gruesos labios se entreabren. Alrededor, la música del arpa y del piano nos envuelve y asciende con nosotros. Es, en mi evocación, aquella música ceremoniosa de mi infancia que ahora quieren que yo haya inventado como si nunca hubiera existido. Yo voy detrás, alucinado por las gráciles cadencias y por los ojos negros de Fabricia. Vamos por la escalera de caracol hacia el recuerdo de Gustavo.

* * *

El cuarto del mirador era grande, rectangular. Hace cuarenta o cincuenta años, según supe después, Sebastián lo hizo ampliar ganando varios metros sobre la azotea. Cuando entramos, a las luces del candelabro se sumó la claridad de la luna, de manera que el caos que en la habitación reinaba —y en el cual poco a poco comencé a identificar los elementos principales— se suavizaba y lograba cierta armonía, cierta comunidad de rasgos, gracias a la iluminación pálida, lechosa, que llegaba a través de cuatro ventanitas turbias, y a la que el temblor de las llamas del candelabro agregó una dorada vibración. Pensé enseguida en el comedor de Teresa en el puesto de «Las Rosas». Ello se debió probablemente a que tropecé con una silla de cuero en la que reconocí las iniciales del juego del hermano mayor de Duma que ardió, casi completo, en el incendio de la casa de los locos. También es posible que se debiera al hecho de que, paso a paso, fui metiéndome dentro de una decoración descabellada en la que asomaban aquí y allá, como en los cuadros de los pintores surrealistas, los objetos familiares, corrientes, exaltados a una jerarquía mágica. Esa magia, que de inmediato ejerció sobre mí su peregrino influjo, venía del fondo de mi niñez, de mi adolescencia, y precipitaba a mi alrededor las imágenes más capaces de conmoverme. Avancé en el desván y fue como si me internara en el pasado cuyas «piezas» distintas se me ofrecían para que armara el cuadro de los episodios perdidos.

Los muebles del escritorio de Gustavo, apilados los unos sobre los otros, puesto el sillón sobre la mesa, me rodeaban por todas partes como si quisieran impedir que los dejara de nuevo solos. Los libros se amontonaban contra los muros y encima de los muebles; los había en el hueco de las ventanas y formando torcidas columnas. Las velas del candelabro, al movernos, revelaron en la pared una cantidad de platos chinos colgados sin orden. Eran las famosas porcelanas del castillo, que Duma no quería. Como la tarde en que me sentí tan cerca de Gustavo, en el subterráneo de la barranca, frente al río, desde los paisajes de platos y fuentes me alistaban ahora con sus ojos terribles los gordos peces violetas, amarillos y púrpuras. Descubrí también

una cómoda del castillo, y en un rincón, cojo, desgarrado el raso gris cuya herida dejaba escapar una lana sucia, el canapé que Laura atribuía a Monsieur de Talleyrand. Era como si de repente hubiera entrado en una cueva de Alí Babá en la que en vez de esparcidas riquezas, de alhajas, de tesoros, me esperaban los recuerdos, tan deslumbrantes en su profusión como las maravillas del relato. Vuelto súbitamente a la época de mi vida en que fui más feliz, solicitado por las memorias que me atropellaban, que me intoxicaban, me olvidé de Fabricia. Me había entregado por entero al goce de «revivir», e iba de acá para allá, entre los objetos acumulados, removiendo una serie de estampas de Duma que yacían apoyadas contra el muro; abriendo y cerrando los libros en el interior de cuya tapa se repetía el ex-libris de Gustavo: la torre en llamas y, debajo, la primera estrofa del «Canto a la Muerte» de *Los Ídolos*; pasando la mano sobre la madera del canapé; buscando el plato aquel, hexagonal, rajado, en el que había una barca navegando entre lotos, el cual había presidido mi aventura con Gustavo en el subterráneo del castillo.

Las notas del piano y del arpa se mezclaban de tal modo que se dijera que partían de un solo instrumento, de un clavecímalo, del clavecímalo inolvidable sobre el cual Lucio Sansilvestre dejaba vagar sus manos en la biblioteca de la casita de Warwick; y andaban alrededor, desenroscando su melodía frágil de caja de música, formando un todo con los objetos dispares que el destino había convocado allí.

De repente la voz de Fabricia sonó en mis oídos. Me volví hacia ella, la vi entre las formas caprichosas, blancas, como enfundadas, y durante unos segundos me pareció una intrusa porque no tenía nada que hacer en el mundo cuyas reliquias desafiaban a la ingratitud del tiempo en el mirador, hasta que, más calmo, reflexioné que sí, que sí tenía que ver, puesto que me había dicho que Gustavo y ella se habían querido, y Gustavo estaba presente en esa vasta habitación en la que cada mueble, cada grabado, cada porcelana, cada una de las tres estatuas alegóricas de bronce que yacían en un rincón, era el espectro de algo muerto hacía años y que había estado muy cerca de mi amigo.

—Encontraré las fotografías de Gustavo —dijo Fabricia— en el cajón del escritorio.

Apartó los libros y la silla encima de la mesa, colocó sobre ella el candelabro y me ayudó a abrir el cajón.

Había en él muchas cosas, evidentemente desplazadas por el ajetreo de los traslados del mueble: viejos lápices sin punta, gomas de borrar muy usadas, cuadernos... Debajo de uno de estos últimos aparecieron las fotografías: la de Lucio Sansilvestre que yo le había regalado a Gustavo cuando cumplió diecisiete años; la del propio Gustavo igual a la que había servido para la miniatura de Trinidad; y una en la que sólo después de un rato reconocí a Duma, y eso gracias a la inscripción puesta a un costado, con altas letras imperativas: «Duma, Biarritz 1913, *bal de têtes* de Lady Westborough.» Era el retrato de una mujer espléndida, con los hombros desnudos, sobre cuya frente se alzaba un tocado espectacular de bailarina siamesa,

una especie de cúpula de templo con decoraciones aladas superpuestas a los lados. En el mismo cajón hallé el ejemplar de *Los Ídolos* encuadernado en cuero rojo. Lo saqué junto con las fotografías y lo puse sobre la mesa.

¡Cuánto necesitaría ahora ser un escritor de verdad, en vez de un médico que cuenta su vida como puede (lo que más le importa de su vida), con la torpeza de quien no se ha educado y formado para escribir sino para tareas muy distintas! Noto que me faltan las palabras y que, más aún que en otras ocasiones a lo largo del relato, no consigo transmitir mi emoción de esa noche, en ese gran cuarto denso de fantasmas míos. Gustavo sí, Gustavo hubiera sabido expresarlo, pero Gustavo ha muerto y aquí estoy yo, mirando en mi dormitorio las tres fotografías y el libro que traje del atillo y tratando vanamente de decir lo que sentí entonces: eso muy dulce y al mismo tiempo desconsolado que fue creciendo dentro de mí y colmándome como se llena un recipiente, hasta que, con los ojos borrosos de lágrimas, giré hacia Fabricia y la vi de pie en el espacio blanco-azul que invadía la luna.

Quizás para disimular mi confusión ella señaló hacia el otro extremo del cuarto, donde había algo así como un diván cubierto por lonas remendadas:

—Es el tapiz de Bayeux —dijo—. Después que se lo mostramos a Steen y a usted, lo doblamos y lo guardamos allí. Parece mentira que ocupe tanto sitio. Parece mentira que haya costado tanto trabajo, tantos años, para terminar ahí, en medio de esas cosas inútiles...

Hablaba, voluble, y yo tomé las tres fotografías y el ejemplar de *Los Ídolos* y me acerqué a ella. La luz del candelabro dio plenamente sobre mi cara y Fabricia, sorprendida, retrocedió hacia el rincón donde el bulto del enorme paño plegado desaparecía en la sombra. Un impulso incontenible me movía hacia ella, hacia el único ser vivo que me acompañaba en esa habitación de muertos, hacia el otro superviviente a quien hallaba en la playa después de la tormenta, entre los fragmentos de algo que ya no se podría reconstruir, porque ella lo había amado a Gustavo, había sido de Gustavo, y por eso pertenecía también a nuestro mundo extinguido cuyos restos se hacinaban en torno.

Por fin, Fabricia no pudo retroceder. Entre ella y el muro no quedó más separación que la copia del tapiz de la Reina Matilde, tan misteriosamente ligada al destino de Gustavo. Las tres fotografías y el volumen rojo cayeron sobre el género que yo conocía desde mi infancia y que ocultaba debajo de la agujereada lona su largo friso de ilustración de libro de caballerías. Nos abrazamos, nos besamos desesperadamente. La boca de Fabricia era grande y tibia. Sentí que me hundía en ella. Rodaron por el suelo unas naftalinas y, por encima del hombro de la muchacha, entreví sobre el improvisado diván los rostros que me espiaban desde lo hondo del tiempo: Gustavo, Lucio Sansilvestre, Duma.

Lejos, sonó el golpe de la puerta de hierro. Nos incorporamos. Callaron el piano y el arpa. Andrés venía por los salones, metiendo ruido, preguntando por Fabricia. El eco de una sensación muy distante se asoció súbitamente con la impresión que me

sobrecogía. Hice un esfuerzo para ubicarla y entonces volvió a mí, como si floreciera nuevamente: era la emoción que me había estremecido en el castillo, en el subterráneo de las porcelanas orientales, cuando el tío Sebastián surgió de repente en los peldaños musgosos, llamándonos. Recogí los retratos y el ejemplar de *Los Ídolos*, Fabricia tomó el candelabro y descendimos la escalera de caracol. Cuando Andrés, afilado de sospechas, se dirigió a mí, apenas le contesté y me fui, llevándome mis tesoros, sin escuchar a Estefanía, a Leonor y a Trinidad, quienes me siguieron hasta el patio repitiéndome que podía llevármelos, que podía llevármelos, que podía llevármelos, que estaban encantadas de dármelos, como si no hubieran sido míos desde antes de que yo conociera la existencia del mirador donde dormían olvidados, y también la existencia de los nietos de la familia Doria que en ese momento, cuando me volví a mirarlos detrás del grupo de sus tías, me parecieron casi idénticos y además marcadamente extranjeros, gente de otra parte.

* * *

Recibí la visita de Andrés a la tarde siguiente, en el laboratorio. Yo había presentido que alguien iría a verme, pero no imaginé que sería él. Antes pensé que quien se presentaría en la sala de espera del Dr. Herzberg sería Trinidad, informada por Fabricia de lo acontecido, o la propia Fabricia, que se habría esmerado para burlar la vigilancia de Andrés y llegar al laboratorio. Y tan confundido estaba que no sabía si desear o no encontrarme con la mujer a quien había besado. La verdad es que la imagen de Fabricia, que durante un tiempo había parecido crecer, y ocupar en mi espíritu una posición central, de tal modo que lo demás se le iba subordinando y comenzaba a «situarse» en función suya, palidecía ahora, porque la turbación que se apoderó de mí desde que entré en el desván del mirador no me abandonó ya y me mantuvo como aislado de lo que me rodeaba, recogido dentro de mí mismo, pues no quería perder nada de lo que entonces había sentido, hondo, y que seguía bañándome en su tibieza antigua y familiar.

—¿Qué tienes? —me preguntó mi madre—. Pareces un sonámbulo.

Y el Dr. Herzberg también me dijo algo que no comprendí, sonriendo, sobre mi distracción.

Tanto mi maestro como mi madre me habían llamado la atención varias veces, en los últimos tiempos, sobre la rareza de mi carácter, que yo no advertía, señalándome que ya no dedicaba tanto cuidado a los trabajos del laboratorio y que en casa, cuando comía allí, estaba entre dormido y despierto. Y si bien yo no me percataba totalmente del cambio en mi actitud al cual se referían —en particular en mi casa, donde paraba muy poco y donde solía meterme en mi cuarto a leer—, sentía, sí, por indicios pequeños, triviales, que algo extraño sucedía, pues aunque cumplía mis tareas diariamente en el laboratorio, yo mismo me daba cuenta de que éste ya no constituía el eje de mi interés, de que el eje se había desplazado.

Andrés me habló largamente. Sin embargo tardé un rato en entender qué me decía, porque la modificación que en sus rasgos físicos se había producido como consecuencia del odio que sentía hacia mí, lo había transformado en un ser casi irreconocible, de cuyo rostro habían desaparecido las expresiones que afirmaban su parentesco con la familia de Gustavo y de Duma. Era esa mañana un italiano de color oscuro, con una nariz como un pico de ave de rapiña, uno de esos italianos convencionales de ópera (¿un Iago?) que alzan un cortinaje teatral y observan. Lo veía yo independientemente de lo que me decía, como si él y lo que él me hablaba fueran dos entes separados, y como si lo que me iba diciendo fuera pasando por el fondo, como el rumor de un invisible río revuelto, para que delante se destacara la silueta del italiano del cortinaje, tendido, rabioso.

Hasta que por fin entendí, en medio de aquellos borbotones de palabras roncadas, que lo que Andrés me estaba revelando era que me había oído, la noche en que Fabricia me acompañó hasta la cancela en la casa del barrio del Sur, la noche en que yo le pregunté a la muchacha qué había sucedido entre ella y Gustavo y en que ella me contestó que lo había querido, que sí, que sí, que lo había querido. Nada me costó imaginar a Andrés, semioculto por la puerta de la biblioteca vecina, detrás del cortinaje —siempre el cortinaje, su ineludible cortinaje—, escuchándonos, espiándonos. Había sido una noche muy hermosa. Las flores de glicina perfumaban el patio blanco de luna, erguidas contra el muro donde había estado expuesto el tapiz de Bayeux.

(—Usted me dijo que lo quiso a Gustavo —insistí yo entonces, dirigiéndome a la muchacha—. Acuérdesese, fue aquí mismo, el día en que vinimos con Steen a ver el tapiz. Usted me lo dijo.

Y ella respondió, después de una pausa:

—Sí... *è vero*... lo he querido...)

Andrés se reía quedamente, silbando por lo bajo, y me apretaba las manos con sus dedos filosos:

—Se ha burlado de usted, se ha burlado —me repetía (y no conservaba ya absolutamente nada del noble señor del Renacimiento que alguna vez creí reconocer).

»Se ha burlado —agregaba como un estribillo—, se ha burlado. Cuando Fabricia quiere conseguir algo, es astuta y nadie la detiene.

Lo obligué a soltar mis manos y añadió:

—Fabricia nunca pudo estar enamorada de Gustavo, y menos pudo estar Gustavo enamorado de Fabricia.

—¿Por qué?

—Porque apenas se conocieron. Fabricia y yo llegamos de Italia dos meses antes de que Gustavo se embarcara para Inglaterra. Ésa es la verdad, que le corroborarán las tías. Y durante esos dos meses casi no lo vio. Gustavo parecía un loco. No hablaba más que de ese libro, *Los Ídolos*, *Los Ídolos*, *Los Ídolos*, nada más que de *Los Ídolos*; a Fabricia ni la miró, aunque ella lo buscaba bastante. Se lo aseguro.

Las palabras de Andrés me conmovieron profundamente, pero lo que hizo que me sobrepusiera de inmediato, dominándome, fue la irritación que me causó el italiano al demostrarme que valoraba exactamente la trascendencia que para mí encerraba el hecho de que Fabricia y Gustavo se hubieran amado o no, de que quizás hubieran sido amantes.

—¿Y eso qué importancia tiene? —pregunté con altivez.

Él sonrió, descubriendo los dientes blancos:

—Tiene... tiene importancia... para usted tiene mucha importancia... debe tenerla... ¿Acaso —y acentuó la sonrisa hipócrita—, acaso no está usted enamorado de Fabricia? ¿Cómo no va a tener importancia, entonces, la posibilidad de que haya amado a otro hombre?

Sí... tenía importancia... tenía una enorme importancia. En este momento advertí con brusca claridad que jamás había sentido celos de Fabricia y de su amor supuesto por Gustavo. Jamás había sentido celos de Fabricia. Al contrario, la posibilidad de ese amor pasado me había acercado a ella. Eso sí tenía una importancia fundamental. Ahora lo veía con extraordinaria nitidez. Andrés parecía haberlo comprendido así antes que yo, pues su sonrisa desmentía sus palabras. Me exasperó esa sonrisa y no di mi brazo a torcer:

—Lo importante —le contesté— es que Fabricia me quiere a mí. Los muertos están muertos y no significan nada.

—¿Nada?, ¿y es usted quien lo dice? Además, ¿quién le ha contado a usted que Fabricia lo quiere? Fabricia no quiere a nadie.

—Entonces tampoco quiere al Marqués Corigliano.

—Tampoco; pero si aspira a conseguir que usted la quiera es precisamente «a causa» del Marqués Corigliano. ¿Para qué se lo voy a disimular si ya lo habrá adivinado? La alianza con el marqués sería muy ventajosa para mi familia; la necesitamos ambos: Fabricia y yo. Ella ha ido a usted por orgullo, exclusivamente por orgullo. Si en vez de usted hubiera habido otro hombre joven, cualquier hombre joven, cerca, ése hubiera sido el elegido. Al casarse con Baltasar, Fabricia tiene la sensación (estúpida, por otra parte) de que se vende, cosa que su orgullo le prohíbe. En mi familia somos terriblemente orgullosos: el mío va por otros caminos. Entonces, antes de casarse con él se casaría con usted, no porque lo prefiera sino porque a usted lo ha elegido ella, cosa que satisface su orgullo. Todo lo demás... el amor de Gustavo... es invento de Fabricia para conseguirlo a usted y derrotarme a mí. Pero no me derrotará.

Yo lo oía desarrollar los argumentos en la salita de espera del laboratorio, blanca, pequeña, aburrida, y notaba que en vez de seguirlo en sus explicaciones psicológicas y en el cálculo del pro y el contra del éxito del marqués o mío, que planteó durante largo rato, lo único que me interesaba en su conversación era saber que entre Fabricia y Gustavo no había habido nada. Andrés continuó hablando, vehemente, entrecerrando los ojos, alzando una ceja, mordiéndose los labios, juntando el pulgar y

el índice, multiplicando las expresiones sagaces y taimadas, pero yo no lo acompañé en la evolución de sus razonamientos. Fabricia me había mentido: Gustavo y ella no se habían amado. Eso sí me interesaba por encima de todo.

Cuando Andrés partió, salí detrás de él. Necesitaba tomar aire y ordenar mis pensamientos. Subí a un ómnibus, sin mirar qué dirección llevaba, y me acomodé junto a una ventanilla. Mucho anduve. Continuamente, en el cristal, a la sucesión de barrios monótonos se sobrepuso la complejidad de mis ideas.

Recordé que una vez me había preguntado si no estaría enamorándome de Fabricia a causa del amor que ella pudo sentir por Gustavo y del que Gustavo pudo sentir por ella, y que me indigné entonces por lo que eso implicaba de alejamiento de la realidad, de meterme dentro de un mundo de fantasmas; y observé, paradójicamente, que en cambio ahora, al enterarme de que ese sentimiento había sido un invento de Fabricia, de que jamás había existido, Fabricia había dejado de encantarme: es decir que antes temí que ese amor actuara como un espejismo y no me dejara amar libremente, y ahora, al contrario, comprobaba que aquel amor previo constituía una condición ineludible para mi amor de hoy. Pero claro está que no se desecha así, repentinamente, fríamente, lo que nos ha atraído y ha ido madurando dentro de nosotros, elaborándose con todas las características —por lo menos externas— del amor; lo que había sucedido es que las palabras de Andrés obraron como un golpe de gracia, como un definitivo empuje, pues ya la pasada noche, en el altillo del mirador, supe que Fabricia me importaba menos que la recuperación de las sensaciones de plenitud feliz que me habían envuelto en la época remota de mi intimidad con Gustavo; y supe también que si de algún modo Fabricia pudo figurar dentro de ese cuadro (y hasta aspirar a ser uno de sus elementos primordiales), fue por el vínculo que la había asociado con Gustavo y que nos aislaba a los tres —a ella, a Gustavo y a mí— dentro de una misma atmósfera: pero si ahora resultaba que ese vínculo no era más que la mera fabricación arbitraria de una mujer orgullosa, entonces Fabricia perdía todo poder sobre mí, puesto que su ubicación dentro del mundo de mi adolescencia —el mundo hacia el cual yo tendía más y más, a medida que transcurría el tiempo— era sólo un engaño y ella carecía de lugar en él.

El guarda me tocó el hombro y me dijo que el ómnibus había llegado al final de su recorrido y que debía bajarme. No quedaba casi nadie en el vehículo. Salí a la tibieza del atardecer, ya medio crepuscular, y a la hermosura un poco triste de un parque verde y gris de eucaliptus y de palmeras. Eché a andar.

Tenía, de repente, la impresión de haberme liberado. La supresión de algo que no era todavía el amor por Fabricia sino la probabilidad de su florecimiento —el cual ahora me parecía absolutamente imposible— me inundaba de una sensación de paz tan franca que no comprendía cómo podía haber pensado en amarla alguna vez. Miré dentro de mí mismo y fue como si me asomara a una habitación amueblada perfectamente, en la que cada objeto ocupa el sitio justo que le corresponde y a la que no se puede agregar nada sin romper la exacta armonía que reina allí. ¿Qué tenía que

hacer Fabricia ahí dentro? Su sola presencia, su presencia muda, la mera presencia de su imagen, desordenaría aquel equilibrio tranquilizador en el que rostros y cosas emergían de una suave bruma.

Respiré profundamente el perfume de las glicinas que se enredaban a una glorieta herrumbrosa, y seguí por el parque. Destacada sobre la negrura de un macizo de laureles, junto al lago que rayaban los cisnes, apareció la cabeza de bronce del poeta de *Los Ídolos*. Me acerqué, trémulo, turbado por la coincidencia con que el destino me había guiado, en una hora tan extraña, hasta el monumento de Lucio Sansilvestre y de Gustavo. Me senté en un banco frente al busto, y dejé que la serenidad entrara en mí, corriera en mí, por mis venas. Ya no necesitaba, ya no quería yo a nadie más en mi vida. A mi vida le bastaba, para nutrirse, con lo que había tenido.

Cuando emprendí despacio el camino de mi casa, vi que la noche estaba alrededor. Entré en nuestro departamento de puntillas, para no despertar a mi madre. En mi cuarto, encendí la lámpara. Los tres retratos me miraron desde la biblioteca: el de Sansilvestre, el de Gustavo y el de Duma. Abrí el volumen rojo de *Los Ídolos* y empecé a leer.

Desde entonces no he leído otra cosa. Voy al laboratorio automáticamente y dicen que cumplo muy bien, que sobrepasaré al Dr. Herzberg. Dicen... hablan de mi seriedad, de mi contracción severa que nada distrae. Y yo regreso a casa, enciendo la lámpara y leo *Los Ídolos*, lentamente, gustando cada verso, cada palabra, como si fuera una droga.

Fabricia me ha escrito, confesándome que lo que su hermano me contó es verdad, pero que su mentira no debe inquietarme, que todo puede arreglarse, que vaya a verla. Me escribió tres veces... cuatro veces... y a través de su tono he notado que, en el fondo, mi ausencia no encierra para ella mucha importancia. Fabricia... Fabricia del Dongo, en su prisión, entre sus tías y su prima y Andrés... Y Trinidad me escribió también sin mencionar a Fabricia, preguntándome sólo si he resuelto abandonar el trabajo de «Jehanne». Le he contestado que por ahora sí, que mis tareas me impiden dedicarme a él con la intensidad que quisiera, que ya volveré... Y volveré, más tarde, cuando Fabricia se haya casado con su Marqués Corigliano o con quien sea. Volveré a ver el tapiz de Bayeux, los muebles góticos del comedor, las miniaturas, el arpa. Antes será menester que Trinidad y Fabricia pongan fin a su larguísima conversación sobre mí, sobre lo que Fabricia me dijo, sobre lo que yo le dije a Fabricia, y si yo creía esto o lo otro, y por qué, por qué, por qué... Sí, me gustaría ver de nuevo el tapiz que es una especie de biografía misteriosa de Gustavo, una biografía compuesta en clave con hilos de color.

Por ahora me basta con *Los Ídolos*. El soneto a la Noche... la elegía de los adioses a la juventud... «La Duda»... «La hiedra»... los sonetos de amor... el «Canto a la Muerte»... Siento, cuando volteo las páginas, como si Gustavo estuviera leyendo junto a mí. Y a menudo no leo.

—¿Qué haces? —me grita mi madre desde su cuarto, donde cose todo el día.

—Leo —le respondo.

Pero a menudo no leo. Mis ojos siguen las líneas largas y cortas sin leer, como si recorrieran viejos caminos. Aquí y allá, alguna palabra musical me detiene, como si en mitad de la ruta se hubiera levantado un árbol hermoso, y entonces, detrás de los versos, detrás de esas líneas desiguales, veo pasar a Lucio Sansilvestre, delicado como una figura de porcelana, con su esclavina y su bastón; y a Matilde, su mujer, que se ha perdido en la niebla de Inglaterra con su secreto; y a Duma, como la conocí en el puente del barco que nos conducía a su estancia, vestida de blanco, el libro sobre Mme. du Barry en las faldas; y veo al tío Sebastián con el hábito franciscano, y a Estefanía remedando a Duma, y a Leonor, a quien jamás entenderé completamente, y a Trinidad, la que no pudo realizar su destino, y al estudiante que robó la esmeralda de Duma, ignorando que le pertenecía, y a Philibert Chénier, con el revólver, y también a Fabricia, de pie en la escalera de caracol de la casa del Sur, en alto el candelabro de la Comedia Francesa; y a Gustavo, lo veo a Gustavo llamándome, como cuando éramos muchachos, y en ciertas ocasiones su imagen se confunde con la imagen amarilla de Juan Romano, de suerte que ya no sé quién escribió *Los Ídolos*, porque los pudo escribir él, que los amó tanto, y cuando miro hacia su fotografía, parada entre la de Sansilvestre y la de Duma, observo que se va poniendo amarilla, que se va cubriendo de pequeñas manchas, como pecas, mientras las otras dos siguen intactas.

A menudo no leo, es verdad, y permanezco hasta tarde en mi cuarto al lado de la lámpara prendida con *Los Ídolos* entre las manos. Entonces siento como si sus tapas fueran dos manos abiertas.

Nadie debe enterarse de estas cosas. ¿Para qué?, ¿y a quién le interesarán sino a mí? Son demasiado raras y demasiado sencillas. Quizás el Dr. Herzberg las adivine, porque es viejo y sabio y me conoce, pero no me lo dirá. *Los Ídolos*... Antes, Fabricia pareció ser mi guía hacia Gustavo, hacia la eterna juventud de Gustavo; ahora lo son *Los Ídolos*. Con *Los Ídolos* no me perderé. Cualquiera día puedo morirme con *Los Ídolos* entre las manos y será como si continuara leyendo. Ni me daré cuenta. Será como si continuara leyendo, con Gustavo junto a mí.

2 de setiembre de 1951 - 6 de octubre de 1952